



CUESTIÓN PSICOLÓGICA

(BOCETO.)

Vago enjambre de vanos fantasmas,
De formas diversas, de vario color,
En cabras y sierpes montados y en cuervos,
Y en palos de escobas, con sordo rumor,
Baladros lanzan y aullidos,
Silbos, relinchos, chirridos,
Y en desacordado estrépito
El fantástico escuadrón
Mueve horrenda algarabía,
Con espantosa armonía
Y horrisona confusión.

(Diablo Mundo.)

I.

Los excesos de credulidad en la oscura noche de la Edad Media se achacan de ordinario á un vulgar axioma; se cree que la superstición fué siempre y exclusivamente hija de las épocas de ignorancia; pero el estudio de los hechos puede confirmarnos en otra idea. El hombre ignorante y el entendido, el de los tiempos pasados y el de los presentes, se halla ordinariamente inclinado á lo sobrenatural, desorientado por la imaginación en el laberinto de las dudas, y perdido en el confuso

caos y en las utopías sin cuento que siempre produjo el incomprendible problema de la vida.

Pero no es esto sólo; es el caso que la credulidad se presenta á veces con tan sorprendentes caracteres, con tales pruebas y tantos adeptos, que bien puede hacer vacilar la razón y conseguir triunfos. ¿Está acaso deslindado lo que realmente hay de subjetivo y objetivo en nuestras sensaciones? Problemas existen que podemos llamar de estética trascendental, ciencia de la sensibilidad, no bastante dilucidados.

Es también cierto que la fuerza imaginativa tuvo eternamente en el mundo manifestaciones más ó menos asimilables. Ficciones absurdas subsisten aún en determinadas comarcas.

No es nuestro objeto traer á examen la creación de los mil seres sobrenaturales con que la fantasía pobló la tierra: los duendes perturbadores de la tranquilidad del hogar, ó los gnomos de aspecto horrible y de hermosa consorte escondidos en las entrañas de la tierra; los vampiros, chupando la sangre de las bellas, ó las seductoras wilis del lago, rindiendo en vertiginoso baile á los enamorados viajeros; los radiantes genios protectores, ó los implacables y temibles demonios adversos, espíritus destinados á ser la preocupación y el tormento de las gentes sencillas. Se trata del fundamento de las ciencias llamadas *ocultas*, ciencias de que alardearon, y lo que es más, alardeán personas de crédito y aun algunas tenidas en el mundo por muy sensatas.

Seres reales, como los magos y las sibilas de la antigüedad, cuyos prodigios nos refieren los poetas y de que dan fe algunos trozos bíblicos; los augures, á quienes atribuía Cicerón carcajada de embaucadores, y todos los hombres ó mujeres dotados de supuesta ciencia más ó menos misteriosa, capaz de imponerse, dominando las imaginaciones, no sólo tuvieron sus representantes en las brujas, en los vulgares hechiceros, astrólogos y curanderos de la Edad Media, sino también en los discípulos de Mesmer y de Allan Kardec en nuestros días.

Sin pecar de escepticismo, debe reconocerse que, en todos los casos prodigiosos que ligeramente vamos á recorrer,

la imaginación llevó siempre la mejor parte, imponiéndose no pocas veces á la incredulidad, y lo que es más, á la moderna cultura.

No cabe manifestar extrañeza ante el recuerdo de los supuestos milagros de los tiempos medios, de aquellas sociedades en embrión y en perpetua lucha para constituirse sobre las ruinas del imperio romano, sin más luz que los rojizos destellos de bruñidas armas; ni más ciencia que la de algún ignorado asceta, guardador de los pergaminos del saber humano en el oscuro fondo de un claustro. También el siglo XIX, en medio de todo su descreimiento, ha ido en busca de lo sobrenatural, y más de una vez se ha parado pensativo ante fenómenos que aun nadie se explica sin conceder lo que es suyo á las alucinaciones de la fantasía.

No con irrefragable propiedad pueden suponerse en Mesmer ciertos caracteres y circunstancias de hechicería; pero es lo cierto que este nombre trae á la memoria preocupaciones misteriosas é ideas de lo sobrenatural, aun no del todo desvanecidas.

Recordemos ligeramente quién era Mesmer.

Antonio Mesmer de Merseburgo, que se había dedicado á cultivar las dolencias nerviosas, dice el historiador César Cantú, pretendió probar que los planetas influyen sobre los nervios, y aplicó en Viena el imán para ciertas curaciones. Pero habiéndole acusado un fraile llamado Hell de que le había plagiado su método, Mesmer declaró que no necesitaba imán, bastándole el magnetismo animal excitado de cierta manera. Aquel método se puso muy en boga. Es cierto que distinguidos sabios lo desaprobaban, pero otros sabios de no menor fama lo sostuvieron algún tiempo; y Mesmer hizo dormir, curó la opilación, quitó una oftalmía al profesor Bäuer, de Viena, y una parálisis al director de la Academia de Ciencias de Berlín. Hombre elocuente y de simpática figura, sedujo las imaginaciones; el principio único de todas las enfermedades, proclamado por él, pareció admirable, y todos aplaudían en Viena á aquel amigo de la humanidad, que prometía emanciparla de los médicos.

Pero pronto surgieron los contradictores, y Mesmer se fué

á París. Allí creció su reputación, como todo lo que es de moda. Numerosísima fué la concurrencia á sus reuniones, y él magnetizó unas veces aisladamente por los procedimientos comunes y otras á varias personas juntas, haciéndoles formar la cadena en la *sala de las crisis* alrededor de una varita de la que salían los conductores de hierro, por los que llegaba el magnetismo á las personas. El Gobierno francés llegó á ofrecerle una renta vitalicia de veinticuatro mil francos si quería comunicar su secreto á tres sabios; pero Mesmer creyó sin duda que la renta que se le ofrecía no valía la pena, y rechazó aquella miseria...

Examinemos ahora sus teorías.

La idea iniciada por algunos antiguos astrólogos había sufrido en el cerebro de Mesmer varias incubaciones antes de manifestarse de una manera más ó menos comprensible. Según sus discípulos, todos los cuerpos, y en particular los que tienen órganos, se distinguen por la propiedad de ser accesibles á la influencia de los astros y de los objetos y seres que les rodean. Esta propiedad reside principalmente en un fluido que se parece mucho á la electricidad, si ya no es una modificación suya. El hombre está sometido á esta influencia, y en caso de enfermedad, el fluido transmitido con inteligencia y en corrientes determinadas puede producir modificaciones felices y la curación completa.

Nadie ignora el procedimiento.

Sentado el magnetizador enfrente del doliente, vuelta la espalda al Norte y en contacto pies con pies y rodillas con rodillas, pasaba suavemente los dos dedos pulgares, uno al lado del otro, sobre el estómago del enfermo; luego con las yemas de los dedos rozaba suavemente la piel, y de esta suerte las iba paseando en direcciones calculadas hasta producir el efecto deseado. En la magnetización por fuertes corrientes, arrojaba el fluido en grandes cantidades sobre el enfermo, ya por medio de una varita de hierro ó de cristal, ya con todos los dedos agrupados.

Podía la operación ser todo lo cómica que se quiera y excesivamente ridícula; pero es el caso que se manifestaban resultados, y ante el éxito cesaba la burla. Mientras algunos

de los magnetizados eran insensibles al fluido, otros presentaban síntomas innegables; se contraían sus músculos, se echaban á reír sin motivo, sufrían desvanecimientos, suspiraban ó acababan por dar gritos de dolor. Principalmente las mujeres sentían extrañas emociones, y á veces, convulsas, parecían víctimas de notables trastornos, teniendo el operador que combatir á toda prisa el efecto producido, pasando los dedos en sentido inverso, como para descargar á la paciente de la acumulación del fluido.

Tantas y tantos solicitaban el tratamiento magnético, que Mesmer empezó á magnetizar á los concurrentes por grupos.

En un vasto salón cuyos cortinajes estaban artísticamente dispuestos para dar una luz dudosa, se sentaban doce ó quince personas alrededor de una mesa redonda colocada sobre un cubo de madera conteniendo agua hasta cierta altura y con limaduras de hierro mezcladas con vidrio. La mesa tenía agujeros por los que salían varitas de hierro y de cristal, que por un extremo tocaban al cubo y por otro se retorcían para ponerse en contacto con los pacientes; y para hacer más fácil el paso del fluido, se tomaba una larga cuerda que partía también del cubo y pasaba de un enfermo á otro rodeando su cuerpo.

Seis años, de 1778 á 1784, duró en el voluble París la moda del magnetismo de Mesmer. La celebridad de Mesmer crecía; andaba en discusiones en academias y sociedades sabias; se le afiliaban personajes importantes y elegantes señoras concurrían al cubo, dando al hecho mayor interés y un atractivo más picante ciertos maliciosos rumores que con insistencia circularon y fueron bastantes para poner en tela de juicio la moralidad de la *sala de las crisis*.

Pero todas las modas tienen su época y desaparecen. En los momentos en que Mesmer defendía calurosamente su curación más ruidosa, el infortunado enfermo cometió la torpeza de morirse, y los periódicos dieron la noticia, diciendo que Mr. Court de Gobelín había muerto *curado* por el magnetismo animal... Mesmer dejó entonces París para seguir recorriendo la Europa.

¿Qué ha sido desde entonces el magnetismo? La teoría,

bajo su forma más razonable, es un caso particular de la gran teoría de los fluidos, según la cual, los fenómenos nerviosos, eléctricos ó magnéticos son producidos, ya por otros tantos fluidos particulares, ya por un mismo fluido que se transforma según los medios y las condiciones en que es llamado á obrar. Pero este fluido ¿es susceptible de transmitirse, como pretendieron los magnetizadores, á antojo y de un sér ó un cuerpo á otro? ¿Puede dar origen á los hechos que se citan? Esto es lo que la ciencia ha negado rotunda y constantemente, fundándose en las observaciones y el racionio.

¿Cómo explicar entonces los singulares fenómenos y las curaciones obtenidas por el magnetismo? Unicamente se explican por la poderosa influencia de la imaginación. Esto han opinado constantemente las corporaciones científicas encargadas de estudiar los hechos; y á la verdad, basta leer sus dictámenes para comprender que no se han dado con ligereza.

Nuestro siglo es rehacio á lo sobrenatural, y lo analiza y quiere explicárselo finalmente todo á la luz de la ciencia.

El magnetismo animal ha quedado, pues, reducido á una transformación de la hechicería y de la cábala de la Edad Media.

II.

Paradoja parece, pero para penetrar en los misteriosos antrós de lo sobrenatural, carácter que tuvo su prototipo en las hechicerías de la Edad Media, nos es forzoso reconocer la innegable influencia de la filosofía, ó mejor dicho, de la restauración de la filosofía platónica.

Al derrumbarse el imperio cristiano de Oriente, viniendo los tráfugas de Constantinopla á reanimar las letras y las artes de Italia, dieron cuerpo á las ficciones de los tiempos bárbaros, prestando cierto tinte científico á las vaguedades y supersticiones de la ignorancia que prevalecieron en anteriores siglos.

La historia está de acuerdo en achacar influencia precisa á las sutiles teorías del platonismo.

Los escritos del ilustre Boecio, último presente del siglo que precedió á la barbarie, hubieran bastado, según dice un filósofo, para recordar, bajo ciertos puntos de vista, ya el espíritu que se respiraba en la Academia, ya las costumbres observadas en el Liceo. Pero esas tradiciones llegaron á la Edad Media mutiladas y desfiguradas. Aristóteles, aunque su autoridad parecía reinar de un modo absoluto en las escuelas, aunque todo se enseñaba en su nombre, no hubiera podido reconocerse á sí propio en la filosofía que se le atribuía. En los escritos de San Dionisio el Areopagita se creyó estudiar á Platón; el platonismo, reanimado en el siglo XII por Hugo y Ricardo de San Víctor, y por Alaín de Lille, se había combinado al mismo tiempo con el peripateticismo de los árabes. Por lo demás, casi sólo habían sobrevivido los dos grandes príncipes de la filosofía griega.

La restauración de las doctrinas platónicas en Italia vino, pues, á provocar una marcada tendencia á lo sobrenatural. En fuerza de huir del realismo, remontábanse tanto los platónicos á las regiones imaginarias, que no dejaron al entendimiento humano otra aspiración más que la de familiarizarse con los espíritus puros, franqueando luego las puertas de lo desconocido por medios extraordinarios.

De la exageración del platonismo no había más que un paso para llegar á la cábala y á la magia, y el paso se dió fácilmente.

Los filósofos platónicos buscaban directamente el sumo bien, y no tardaron otros en vincular todas las felicidades en la salud y en las riquezas. De ahí la cábala, los amuletos y recursos empíricos para conseguir una juventud lozana y larga vida. De ahí la alquimia, empeñada en encontrar en sus oscuros laboratorios la piedra filosofal, el importante secreto para fabricar oro á montones. Era la prueba más evidente de que el espíritu humano, pidiendo su vuelo al águila para remontarse á lo etéreo y querer arrancar al infinito el secreto de lo ideal, viene á caer casi siempre en la torpe materia que le envuelve, y de la que en vano pretende despojarse.

La maravillosa alquimia, los remedios empíricos y todas

las preocupaciones vulgares, tomaron el nombre de *ciencias ocultas*, nombre tolerable si hubiese querido expresar una ciencia embrionaria, pero inadmisible significando procedimientos misteriosos y desconocidos á la generalidad de las gentes, como en nuestros días sucede con el espiritismo, que también se nos presenta con los atavíos de una supuesta ciencia.

Las tendencias á generalizar la fe en las relaciones inmediatas entre los hombres y los seres sobrenaturales por virtud y gracia de este ó de aquel espíritu no se mantuvieron mucho tiempo á la altura de los que se dedicaban al estudio, pues se adaptaron á todo, alcanzando también á los ignorantes y tomando las formas que mejor se acomodaban á cada clase y á los instintos de cada individuo.

La salud y el oro tenían amigos en todas las clases sociales, y hé aquí cómo el objeto degeneró, viniendo á tomar completa preponderancia el elemento material. Pensóse menos en la verdad, y la imaginación hubo de fijarse en la panacea, que había de curar todos los males, y en la piedra filosofal, que había de producir inagotables riquezas. Bien puede decirse, señalando el pasajero imperio del platonismo en Italia, que aquella generación estuvo mal dispuesta para permanecer en las encumbradas regiones del sutil idealismo, porque la perfección suma y la belleza suma se avienen mal con las generaciones que dan su cuerpo al materialismo de los goces.

Recordemos algunos instructivos detalles.

Marcos Bragadino, titulado inventor del secreto filosofal, se hacía dar el nombre de *Mammon*, ó sea genio del oro; llevaba consigo dos perros con collar de dicho metal, y decía que eran dos demonios que estaban á su servicio.

Cristiano Rosencreutz se decía poseedor de una verdadera panacea y de la piedra filosofal, y sus adeptos pretendieron curar todas las enfermedades por la fe y la imaginación.

Paracelso se hizo dar el nombre de *Teofrasto*, ridiculizó todo estudio, declarando que no había abierto un libro en diez años, y dijo que para obtener curaciones confiaba exclusivamente en la iluminación, ó sea en la revelación divina.

Jerónimo Cardan se creía con la virtud de quedarse en éxtasis siempre que quisiese, pudiendo contemplar entonces lo que fuese más de su agrado. Aseguraba que en sueños preveía los sucesos futuros, y que le era también fácil vaticinarlos por ciertas manchas que le salían en las uñas.

Interminable sería la lista de los ilusos ó embaucadores que pretendían hallar en los sueños y en supuestas revelaciones sus métodos curativos. La mayor parte eran acogidos con agrado por magnates y poderosos, y aun agasajados como eminencias científicas. El pueblo rudo imitaba á los ilustrados, y al amparo de la ignorancia se propagó la fe en las influencias ocultas, en la intervención de los espíritus, que lo mismo para el bien que para el mal se suponían activos y eficaces. Y así se extendió con diferentes nombres la creencia en sortilegios, se enaltecó la magia y se dió importancia á los estudios cabalísticos, arraigándose de tal suerte las preocupaciones entre el vulgo, que aun en nuestros días no han podido desterrarse por completo.

A tal extremo había llegado la creencia en brujas, hechizos y encantamientos, que ya en los más triviales actos de la vida se quiso reconocer la mala influencia de un espíritu. Muchos cuentos tomaron el carácter de tradiciones históricas, y hasta las novelas caballerescas ridiculizadas por Cervantes contribuían en gran manera al crecimiento de las preocupaciones populares.

Pero ¿por qué tomaban el nombre de ciencia esas ridículas invenciones, en las que nadie acierta á ver principios absolutos ni apariencias de formal estudio siquiera?

Concretémonos tan sólo á dejar sentados los hechos. La magia y la cábala tuvieron pretensiones científicas, aspiraron á establecer sistemas y principios que pudieran justificarlas, y lo habrían conseguido, si lo ridículo y lo absurdo no apareciese desde luego en las teorías que por entonces se revelaron.

III.

Pero detengámonos algo más en los oscuros siglos de la Edad Media, siglos de fe ardiente, en que con erróneas ideas del derecho, suponiendo las pruebas materiales falibles y arriesgadas, llegó á apelarse al *juicio de Dios*, con las vulgares pruebas del agua hirviendo, del fuego y del hierro candente, pruebas terribles de las que salían sin embargo algunos acusados triunfantes. La historia tiene curiosidades sin número.

Veamos el origen de las brujas.

En aquellos días del feudalismo, cuando el siervo de la gleba se hallaba aherrojado al terrón que enriquecía al señor, se verificaron reuniones nocturnas provocadas por la miseria, alentadas por la degradación y el afán de olvidar una pobreza irremediable y horrible, lejos de toda vivienda, de castillos y monasterios, y en los sitios más desiertos del áspero monte. Allí, á la claridad de la luna, en alguna hondonada oculta á todas las miradas del profano y protegidos por seculares árboles de ramas frondosas, disponían los hambrientos y míseros labriegos conjuraciones, hogueras y manjares arrebatados tal vez á la codicia de sus amos.

Los anales de Francia y Alemania principalmente abundan en detalles sobre aquellos nocturnos y misteriosos complots, celebrados clandestinamente en odio al orgulloso feudalismo.

Pero no siempre el espíritu de conspiración promovía tales reuniones. No tuvieron éstas muchas veces otro móvil que los goces materiales más groseros; el afán de olvidar en la embriaguez y en la orgía las desdichas de la suerte. El voraz apetito se saciaba entonces con carne prohibida, carne de las reses arrebatadas á costa de mil peligros y toscamente condimentadas, y el banquete solía terminar en medio de las más lúbricas escenas. Presidía una mujer, á quien llamaron

bruja, y esta bruja no era precisamente vieja y horrible; se procuraba que la elección recayese en una joven dotada de bellas formas y de todos los atractivos posibles. Ella dirigía la fiesta, dictaba sus órdenes y distribuía con sus propias manos el licor mágico que embriagaba luego todas las cabezas, produciendo alucinaciones y delirios la infusión en bebidas alcohólicas de ciertas plantas venenosas.

En medio de la embriaguez se apuraban los restos del festín; la bruja que presidía daba la señal, y empezaba luego alrededor de la hoguera y á la fantástica luz y al chisporroteo de las brasas una danza vertiginosa, infernal, en la que hombres frenéticos, mujeres descompuestas y hasta niños, demacrados por el insomnio y los excesos, formaban el círculo mágico, dándose las manos y pasando como el torbellino que aturde, ciega y arrebatada, hasta que las fuerzas faltaban y las vueltas del salvaje corro cesaban al caer los bailarines, rendidos y hacinados en confusos montones.

Cuando el odio á la sociedad y el espíritu de insurrección contra los señores promovía muy especialmente estas nocturnas bacanales, los conjurados llegaban á remedar con burlescas y asquerosas ceremonias los misterios de la religión que sus amos invocaron para oprimirles. Ni desmán ni sacrilegio detenía á los congregados, hasta que, rendidos al fin, pero agujoneados por el afán de que nada pudiese descubrir el secreto de aquellas lúgubres expansiones, volvían antes de amanecer á sus tristes chozas y á su miserable vida.

Las mujeres solían ser las últimas en abandonar las apagadas hogueras. Iniciadas en todos los secretos de la hechicería, se quedaban para comunicarse noticias y recetas de conjuros, filtros y pócimas, y para ejercitarse en evocaciones y ceremonias ridículas y extrañas, no siendo lo menos singular y maravilloso que ellas fuesen las primeras en engañarse á sí mismas, acabando por creerse realmente dotadas de sobrenatural virtud. Preparaban aquel unguento mágico con el que, frotándose todo el cuerpo al acostarse, se verían, según tradición y fama, arrebatadas por los aires y podrían asistir al verdadero *sábado*, presidido por el mismísimo Satanás.

Era vulgarísima la creencia de que en estas reuniones par-

ticulares de mujeres se pactaban secretamente con los espíritus infernales los medios de ejercitar malas artes en daño de la humanidad; que las brujas estaban en comunicación frecuente con los demonios, y que de éstos recibían la fórmula de filtros y bebidas para producir variados y sorprendentes fenómenos. Es más: las mismas iniciadas llegaban á tener el íntimo convencimiento de su sobrenatural poder.

En época en que las hechicerías eran severamente castigadas, fué sometida á un magistrado de Florencia cierta mujer, acusada de estar en relaciones con el diablo, y afirmó con imperturbable serenidad que, á despecho de todas las precauciones, asistiría por la noche al *sábado*, con tal que le dejasen ungir su cuerpo con cierto menjurje que figuraba en el proceso como cuerpo de delito. No era el juez hombre muy crédulo ni propenso á alucinaciones, y aceptó el singular reto. Permitted que la acusada emplease el consabido unguento, pero mandó que se la sujetase en la cama, de modo que no pudiese levantarse. Á poco, hubo de quedar rendida con tan profundo sueño, que ni con voces, ni con punzadas, ni con ningún medio análogo consiguieron despertarla, hasta la mañana siguiente en que aseguró que había asistido á la fiesta satánica, relatando tales pormenores que no podía dudarse de su buena fe, tanto más, cuanto daba cuenta de la impresión de las punzadas y otras mortificaciones de que había sido objeto por parte de los encargados de su custodia.

Muchos son los casos que pudieran citarse de llamadas brujas, que ante los tribunales anunciaron que concurrirían al *sábado* y aun volverían de allí volando, refiriendo al día siguiente los pormenores de la fiesta satánica, y manifestándose altamente sorprendidas de oír asegurar que no se habían movido de la habitación donde se hallaban. La ilusión era á veces tal, que, dormidas, se arrojaban de la cama como para emprender su vuelo.

Quiso Gassendi averiguar en el siglo XVII lo que había de cierto en estos sueños; preparó un unguento análogo al de que las supuestas brujas se servían, y convenció á algunos rudos labriegos que se ungiesen el cuerpo antes de acostarse para asistir á la fiesta de que el vulgo contaba maravi-

llas. Así lo hicieron; no tardaron en caer en un profundo sueño, y al despertarse estaban convencidos de que habían asistido al *sábado*, reseñando minuciosamente lo que de buena fe creían haber visto, confesando lo mucho que se habían divertido y no recatando sus deseos de repetir el ensayo.

Estos y otros mil hechos tienen una explicación sencilla. En el siglo XIII hubo un profesor alemán que procuraba visiones á los que iban á consultarle, quemando de antemano en un aposento cierta composición química. ¿Qué tiene, pues, de extraño que, sobreexcitada la actividad del cerebro por una sustancia tóxica, preocupada ya la imaginación con las supuestas maravillas del *sábado*, las llamadas brujas llegasen á creer en la realidad de sus sueños?

Compréndese también que, fortalecida la creencia con la repetición de actos que á cada nuevo ensayo hacían más claro el sueño y la ilusión más completa, fuese tan arraigada y tenaz que ni aun los testimonios más autorizados y convincentes pudiesen destruirla.

IV.

Ya en el siglo V de la Era Cristiana condenan los Obispos ciertas reuniones nocturnas, últimos restos del paganismo, en las que bajo la invocación de los espíritus infernales se realizaban ridículas ceremonias. En este hecho aparece naturalmente la transición de la antigua magia á la brujería.

El carácter más saliente que distingue la hechicería en la Edad Media, es su tendencia á la curación de enfermedades, como ya hemos visto que fueron recientemente los delirios de los astrólogos y luego de Mesmer. Había tomado de la magia el conocimiento de las propiedades de algunas plantas, y, hallándose la medicina en lamentable atraso, no es de extrañar que usurpase un ciego empirismo los fueros de la ciencia.

Las plantas que emplearon las hechiceras eran por punto general venenosas, haciendo temibles sus cacareados filtros, cuando no se aplicaban en dosis prudentes y oportunas. Un miedo fundado y hasta racional, si no hubiese creído el vulgo en sobrenaturales influencias, fué pues en sus comienzos la base del ascendiente que en las imaginaciones ejerció la hechicería.

Es probable que la exageración y el fanatismo abultasen las circunstancias en que se verificaban curaciones de un orden muy natural, cobrando crédito ciertas prácticas absolutamente ociosas y aun cabalísticas formas, á las que tenía que dar valor la ignorancia.

Perseguidos los hechiceros, por repugnar á la religión las virtudes sobrenaturales que se atribuían, vinieron á formar causa común con los judíos, que también gozaban fama en el arte de curar. De los judíos recibieron indudablemente recetas contra el horrible mal de los leprosos, que tan vergonzoso crecimiento llegó á tener en la Edad Media; y provistos los hechiceros de tan escaso saber, llegaron sin embargo á oscurecer á los titulados médicos y cirujanos, que no pasaban de ser empíricos ignorantes y prácticos rudos en épocas de relativo atraso en la ciencia. Prevalidos de su superioridad y de la acogida que el vulgo les dispensaba, diéronse los curanderos á propinar filtros especiales para todos los objetos y la consecución de todos los fines.

Curiosos pormenores nos dan los libros de caballería sobre las bebidas amórosas. Ya un paje locamente enamorado de su señora, ya un caballero obcecado por una pasión culpable ó una dama mortificada por insufribles celos, acudían á los recursos de los hechiceros, que propinaban combinaciones, jugos de hierbas y sencillos narcóticos para producir á veces excitaciones, sueño ó un estado letárgico, satisfaciendo pasiones ó innobles venganzas.

Las imaginaciones excitadas, viendo virtudes sobrenaturales en los farsantes ó en los simples curanderos, propagaron el imperio de la superchería y el supuesto poder de brujas y brujos dotados siempre del doble concepto, benéfico y maléfico, de que gozaron. Mientras el pobre enfermo que

había visto mejorar su salud, llamaba á la bruja buena mujer, el que llegaba á conocer los fatales efectos de los filtros que daban á veces la muerte, la calificaba de mujer mala y vendida al diablo.

En la mayoría de los casos se creía más eficaz la influencia sobrenatural de los expendedores de filtros que la virtud propia de las bebidas y pócimas suministradas por los curanderos. Por lo mismo procuraban éstos acompañar la destilación de las plantas con ciertas formalidades ridículas á las que la necia credulidad atribuía grande importancia, así como también al modo de tomar las bebidas. Y las más extravagantes ritualidades contribuían al mayor crédito de los embaucadores, pues cuando el remedio no producía los apetecidos efectos, cabía siempre achacar la culpa á la omisión de tal ó cual ceremonia ó detalle, tras del que encubría su necesidad el curandero.

Pero no era todo necia farsa: hubo también criminales sortilegios. Acudíase á veces á los hechiceros para satisfacer innobles venganzas y aun dar la muerte á determinada persona, dando al crimen apariencias de complicidad completa. Conocido es el procedimiento que en ocasiones se discurió. Fabricábase con cera una figura que representase á la víctima cuya muerte se deseaba, y se daban alfilerazos, á los que se atribuía cierta virtud mágica, al corazón de la estatua, llevada luego al *sábado* y quemada en medio de sacrílegas ceremonias. La víctima había de morir antes de un año, y á los hechiceros tocaba buscar y hallar los más reprobables y secretos medios para que la predicción se cumpliese con seguridad, dando mayor fama á los sortilegios.

V.

Á descrédito han venido ya en nuestros días los medios imaginarios que se pretendían emplear para conseguir la ciencia, la salud y la riqueza; pero no hasta el punto de que

veamos desterrados por completo los magos y las brujas que, bajo nombres distintos, siguen excitando todavía la credulidad de muchos que se dicen ilustrados.

Mil hechos demuestran que la imaginación real ó ficticiamente excitada es capaz de verdaderos milagros. Basta recordar las ruidosas escenas de que fué teatro el cementerio de la iglesia de San Medardo, á principios del siglo XVIII, y la sepultura del jansenista conocido en la capital de Francia con el nombre de Diácono París.

Varios son los testimonios que afirman que los enfermos tendidos sobre la losa del sepulcro del sectario, á quien muchos llamaban santo, recobraban la salud perdida: los ciegos veían, los sordo-mudos obtenían el uso del oído y de la palabra, y los paralíticos tiraban sus muletas y volvían andando sin dificultad á su casa.

Mujeres de todas clases y condiciones se revolvían por la hierba y la tierra del cementerio, presas de verdaderas convulsiones, y cuando se empleó la fuerza para dispersar á los maniacos, la credulidad tomó creces; las convulsionarias, no pudiendo ir á la sepultura de su pretendido santo, se procuraban tierra del cementerio y esparramándola por el suelo se entregaban á sus convulsiones en una casa particular, persuadidas de que aquellos puñados de tierra tenían la virtud curativa que atribuían á la tumba del Diácono. Sucedían deplorables y escandalosos desórdenes; pero á pesar de ellos y á pesar de la vigilancia de la policía, á pesar de las severas represiones y de los esfuerzos del clero, el mal se propagó de París á las provincias y se fué transmitiendo casi durante todo el siglo XVIII.

Preocupaciones de tal índole no se combaten negándolas, y es preciso admitir la realidad de esas convulsiones, de algunas de esas curas y de muchos de los hechos; porque es innegable que hay en el orden de las realidades verdaderos portentos producidos única y exclusivamente por la imaginación, contándose entre ellos los que nacen en virtud de relación simpática, exactamente lo mismo que sucede con el llanto y la risa.

Las convulsiones de las primeras jóvenes que acudieron á

la sepultura del Diácono París, fueron indudablemente debidas á su estado de exaltación; pero, merced á una relación simpática y al contagio del ejemplo, esas convulsiones se propagaron entre las mujeres que acudirían allá movidas por la curiosidad, por el temor, por la superstición y predisuestas especialmente por naturaleza á la credulidad y á ciertas impresiones en que la imaginación tiene principal parte. Así vemos también que los antiguos guerreros escandinavos, dominados á veces por un acceso de frenesí, corrían al azar como locos, golpeaban con su espada cuanto hallaban á su paso, cogían carbones encendidos y atravesaban por en medio de hogueras sin dar muestras de dolor alguno.

No se den al olvido ciertos hechos fatales ocurridos por única virtud y obra de la imaginación exaltada. ¿No es sabido por ventura que la preocupación, la firme creencia de haber sorbido un veneno, cuando se había tragado solamente una sustancia inofensiva, ha bastado para dar á un hombre todas las convulsiones y sufrimientos propios del envenenamiento, y por último la muerte? ¿No es cosa averiguada que á un condenado á morir por medio de una sangría suelta se le vendaron los ojos, se le dió en el brazo un pinchazo sin consecuencia alguna, hiriendo tan sólo la epidermis, se simuló la caída de la sangre por medio de un chorro de agua tibia vertida sobre el brazo, y que la vida de aquel desgraciado, víctima solamente de su imaginación, fué apagándose, como si realmente vertiese la sangre de sus venas, y dió el último suspiro con las últimas gotas de agua caliente que contenía la pequeña vasija que en su brazo se derramaba? No pueden ponerse en duda los fenómenos debidos á la imaginación excitada.

VI.

Concluyamos, pues, diciendo que las ciencias ocultas fueron efecto de la fuerza imaginativa y que su fecha es remotísima, habiéndose sucedido con nombres varios y tomado á intervalos distintas formas.

Después de la antigua magia, de la brujería, de la cábala y de los astrólogos y curanderos con sus misteriosos filtros; después de los inventores de la piedra filosofal, y de las convulsionarias y milagreras del jansenismo en el último siglo, vino há poco el magnetismo animal de Mesmer, que, si bien fundándose en fuerzas vivas de la naturaleza misma, llegó sin embargo á revestir un carácter asimilable á la astrología de la Edad Media.

Pero pasó también de moda el mesmerismo, reducido en la actualidad á fenómenos naturales que estudia y explica satisfactoriamente la física. No hay problema psicológico en hechos ya aclarados.

Por último, las ciencias ocultas revisten ahora la novísima forma llamada del espiritismo, aspirando á constituir escuela y fundándose en hechos ciertos, como en hechos se fundaron también todas las creencias ó supersticiones antiguas. El poder de la imaginación, el afán de novedades y la propensión á querer explicar de algún modo los misterios de la vida y los problemas de la muerte, ha conciliado adeptos á la doctrina de Allán-Kardec, como todo lo misterioso sedujo siempre los entendimientos, lo mismo en la Edad Media que en los remotos siglos de los Faraones de que minuciosamente nos habló Moisés.

Parece que se desarrolla hoy cierta tendencia fatal á pasar de un escepticismo sistemático á la credulidad en todo. Tal vez dependa de que se quiere prescindir demasiado de la sensación real que arranca de representaciones imaginarias, cuando á nadie se oculta que existen causas fisiológicas internas tan poderosas que pueden ocasionar en el cerebro manías, delirios, locuras, alteraciones, en fin, iguales á las que producen comunmente y en estado normal los órganos de los sentidos.

Merece, pues, estudio todo filósofo y aun todo sectario; pero la pretendida virtud de la pitonisa no tiene más ancha base que el fenómeno psicológico producido por la confusión de lo real con lo puramente imaginario.

Pudiera el espiritismo aspirar á escuela si sólo tuviese un objetivo moral ó sociológico; pero como tendencia á conti-

nuar las tradiciones de esos misterios de las antiguas sibilas, de las hechiceras de los tiempos medios y de las convulsionarias modernas, viene lastimosamente á confundirse en el curioso capítulo consagrado por la historia á las ciencias ocultas.

La nueva secta, con su comunicación espiritual y su *medium*, no logrará que sus milagros pasen de la categoría de fenómenos de la imaginación excitada, constituyendo, en último resultado y en caso de absoluta buena fe, un estado patológico grave, cuyo estudio cabe sólo en el dominio de la frenopatía moderna.

El hombre en comunicación directa con el mundo de los espíritus dejaría de ser hombre.

C. SOLER ARQUÉS.





SITUACIÓN ECONÓMICA

DE LA

FRANCIA ⁽¹⁾

VI.

QTRA clave de la prosperidad de la Francia, en la serie de datos que vamos refiriendo, nos la proporcionará el conocimiento, en muchos años, de las operaciones de su gran Banco Nacional. Data de 1716 el primero fundado en París, por privilegio dado al famoso escocés Law, establecimiento privado, que luego, en 1718, adquirió el de público, y acabó en ruina y desastre general de particulares y hacienda del Estado en 1720. Igualmente estableció Nécker en 1776 la Caja de descuentos de París, que pasó á manos del Gobierno, el cual la liquidó con *asignados* el 24 de agosto de 1793.

Bajo el consulado de Bonaparte, por decreto de 28 Nivose, año VIII (enero 15 de 1800), aunque se constituye el 28 Germinal, año XI de la República, y en vísperas casi de elegirse Emperador Napoleón, créase el gran Banco de Francia, representado por 45.000 acciones de á 1.000 francos cada una, y privilegio exclusivo durante quince años, favor precioso, prorrogado en 1806 hasta cuarenta, renovado en 1840 según ley de 30 junio, hasta 1867, pero con la facultad al Gobierno concedida de limitarle al 31 de diciembre de 1855, aunque el 2 de mayo de 1852 hubo de renunciar el

(1) Véase la pág. 280 de este tomo.

Poder ejecutivo, mediante concesiones y beneficios que obtuvo del establecimiento nacional, á su derecho.

De la naturaleza de las funciones del Banco de Francia se forma juicio sabiendo que, desde 1803 hasta 1843, según los apuntes que nos proporciona en un buen estudio Mr. A. Legoyt, sus operaciones totales suman 271.700.221.085 francos, viniendo á resultar en cada año un término medio de 6.792.505.527. En todo ese tiempo descontó por valor de 24.587.324.878 y anticipó al Tesoro 4.910.967.000 francos.

De las operaciones del Banco de Francia en los años de 1833 á 1843 se puede formar juicio por el siguiente cuadro que tomamos de Mr. Legoyt, á saber:

PASIVO.			
AÑOS.	Billetes.	Depósitos.	TOTAL.
1833.....	478.825.000	318.625.000	797.450.000
1834.....	469.562.000	353.162.500	822.725.000
1835.....	452.540.000	316.512.125	769 052.125
1836.....	447.069.000	356.456.250	802.525.250
1837.....	458.425.000	272.631.250	730.056.250
1838.....	474.376.250	262.768.750	737.145.000
1839.....	442.487.500	196.762.500	639.250.000
1840.....	411.125.000	418.550.000	829.675.000
1843.....	469.775.000	»	»
ACTIVO.			
	Caja.	Cartera.	TOTAL.
1833.....	259.962.000	593.418.750	853.381.250
1834.....	203.301.250	679.012.500	882.313.750
1835.....	161.781.250	698.625.000	860.306.250
1836.....	157.306.250	717.818.750	875.125.000
1837.....	150.619.000	656.162.500	806.781.500
1838.....	242.493.750	560.735.000	803.228.750
1839.....	110.543.750	598.562.500	709.106.250
1840.....	52.650.000	722.850.000	775.500.000
1843.....	374.550.000	»	»

	<u>Descuentos.</u>	<u>Préstamos.</u>
1835.....	306.727.519	133.500.000
1836.....	445.349.698	76.419.116
1837.....	760.874.290	73.250.000
1838.....	756.521.000	87.600.000
1839.....	801.507.000	93.486.380
1840.....	1.047.050.700	150.975.000
1841.....	928.534.417	394.538.480
1842.....	885.790.707	119.706.980
1843.....	943.985.775	79.596.400
1844.....	771.554.465	62.627.000

Baja hasta $2 \frac{1}{4}$ por 100 el tipo del descuento, y sólo tres años llegó á $4 \frac{3}{4}$, 5 y 6 por 100, que ha sido el máximo.

	<u>Francos.</u>
Elevábanse los descuentos hechos por el Banco de Francia en París durante 1847, á la suma de.....	1.332.000.000
En las sucursales á.....	478.000.000
Los descuentos de los Bancos departamentales á.....	851.000.000
<i>Total</i>	<u>2.661.000.000</u>

Descendieron los descuentos del Banco Nacional en París durante 1848, año de la Revolución de febrero y jornadas de junio, á.....	694.000.000
Los de las sucursales y establecimientos departamentales, á.....	950.000.000
<i>Total</i>	<u>1.644.000.000</u>

Baja en 1848 comparado con 1847, de 1.017.000.000 francos en los descuentos de efectos de comercio.

Por necesidad hemos de concretar mucho, pero consignando lo necesario para nuestra exposición.

Había bajado el precio del descuento en 1869 á $2\frac{1}{2}$ por 100, siendo el total de estas inestimables operaciones durante ese año de 6.682.874.500 francos. El pensamiento de un banquero ú hombre de negocios abarcará con delicia, en su rápida acción, ese prodigio de actividad mercantil, muy envidiable y de todo punto curioso. Y sin incluir los bonos del Tesoro, descontó el Banco de Francia en la Caja central 2.773.411 *efectos de comercio*, valor de 2.969.379.797 francos y 2.883.328, importantes 3.706.918.494, en las sucursales.

De los *efectos de comercio* de París y ciudades sucursales, descontados por cuenta de la central, había:

1.455	de 10 francos ó <i>menores</i> .
90.714	de 11 á 50
181.548	de 51 á 100

No pasaba, sin embargo, *la cartera* de París y sucursales, el 30 de noviembre, de 671.900.000 francos, suma máxima del año—lo cual prueba y demuestra su renovación y movimiento constante, teniendo en cuenta las operaciones de descuento durante el año. Eso es ser Banco.

El máximo de billetes en circulación, alcanzado el 30 de octubre, había sido de 1.438.963.000, y resultó, el 27 de enero de 1870, de 1.471.141.650 francos, como sigue:

7 billetes de 5.000.....	35.000
880.111 — 1.000.....	880.111.000
290.556 — 500.....	145.278.000
23.467 — 200.....	4.693.000
3.976.483 — 100.....	397.648.300
858.237 — 50.....	42.911.850
Antiguos, varios.....	464.100
<hr/>	<hr/>
6.028.861	1.471.141.250
<hr/>	<hr/>

En el movimiento general de especies, billetes y giros resulta lo siguiente:

Por giros, etc.	21.692.281.100
— billetes	13.417.059.600
— especies	2.104.407.200
	<hr/>
	37.213.747.900
	<hr/>

En 1881 descontó el Banco de Francia *efectos de comercio* sobre las ciudades sucursales y sobre París, que sumaron 4.825.411, por valor de 5.491.099.391,96 francos, que se descomponen como sigue:

6.588	de 10 francos ó <i>menores</i> .
462.401	de 11 á 50
691.956	de 51 á 100
3.664.466	que pasan de 100

Descontáronse en las sucursales 5.669.438, importantes 5.882.880.500 francos.

Resulta que en 1881 el Banco de Francia ha descontado 10.494.849 *efectos de comercio*, valor de 11.373.979.891,96 francos.

Llegó la circulación máxima de billetes, el 29 de noviembre, á 2.825.481.800 francos. Sumaba, el 26 de enero de 1882, la cantidad de 2.852.316.700 francos, así repartidos, á saber:

5	de 5.000	25.000
1.365.028	— 1.000	1.365.028.000
688.400	— 500	344.200.000
2.823	— 200	564.000
9.626.652	— 100	962.665.200
3.464.329	— 50	173.216.450
24.110	— 25	602.750
233.845	— 20	4.676.900
182.700	— 5	913.500
1.217	antiguos tipos	442.275
	<hr/>	
15.589.109	billetes.....	2.852.316.675
	<hr/>	<hr/>

En el movimiento general de especies, billetes y giros, etc., del Banco de Francia, en 1881, resulta:

Por giros, etc.	45.451.886.900
— billetes.....	19.514.471.300
— especies.....	1.769.233.900
<i>Total</i>	<u>66.735.592.100</u>

Había sido de un total de 50.094.825.000, en 1880.

Bastan, y juzgamos suficientes, los importantísimos datos que referentes al gran Banco de Francia damos, y el lector los tendrá muy en cuenta, como de valor é importancia, pues revelan á las claras la creciente actividad y movimiento en los negocios generales del País, su progreso y riqueza, y explican los antecedentes por nosotros consignados en la detenida exposición que vamos haciendo; vida y vigor que resultará, como en vivísima luz presentada, al narrar seguidamente su comercio exterior.

VII.

Nos guiará Mr. Charles Vogel, cuya obra *Du commerce et des progrès de la puissance commerciale de l'Angleterre et de la France* tenemos sobre la mesa, y nos guiarán también los grandes tomos de la estadística comercial de la Dirección de Aduanas de Francia, perfectamente bien ordenados.

Consigna Vogel, de la estadística general, estos datos:

COMERCIO EXTERIOR DE LA FRANCIA.

	Importación.	Exportación.	Movimiento total.
	—	—	—
	Millones.	Millones.	Millones.
1797 (año V).....	353	211	564
1798.....	298	253	551
1799.....	253	300	553
1800.....	323	271 $\frac{1}{2}$	594 $\frac{1}{2}$
1802.....	465 $\frac{1}{2}$	325	790 $\frac{1}{2}$
1801.....	415	304 $\frac{1}{2}$	719 $\frac{1}{2}$

COMERCIO EXTERIOR DE LA FRANCIA.

	Importación.	Exportación.	Movimiento total.
	—	—	—
	<i>Millones.</i>	<i>Millones.</i>	<i>Millones.</i>
1803	430	346 $\frac{1}{2}$	776 $\frac{1}{2}$
1804	440 $\frac{1}{2}$	380 $\frac{1}{2}$	821
1805	492	375 $\frac{1}{2}$	867 $\frac{1}{2}$
1806	477	455 $\frac{1}{2}$	932 $\frac{1}{2}$
1807	393	376	769
1808	320	331 $\frac{1}{2}$	651 $\frac{1}{2}$
1809	288 $\frac{1}{2}$	332 $\frac{1}{2}$	621
1810	399	365 $\frac{1}{2}$	704 $\frac{1}{2}$

Vense en el precedente cuadro los efectos de la paz con Inglaterra en Amiens, y del sistema continental después, á pesar de lo muy grande que era el imperio de Napoleón, y del natural comercio, por tierra, á que condenaban sus decretos famosos á los pueblos de Europa que regía ó domianba.

De 1815 á 1824 se van tocando poco á poco los efectos de la paz y de la prosperidad en el territorio propiamente francés, según los tratados de París y Viena. Tomamos de Mr. Vogel el estado que sigue:

COMERCIO EXTERIOR DE LA FRANCIA DE 1815 Á 1824.

Valores oficiales de las mercancías en el comercio especial en millares de francos.

AÑOS.	Importación.	Exportación.
1815.....	199.468	422.148
1816.....	242.699	547.706
1817....	332.375	464.049
1818.....	335.574	502.284
1819.....	294.548	460.232
1820.....	335.010	543.113
1821.....	355.592	450.789
1822.....	368.991	427.679
1823.....	317.363	427.185
1824.....	401.018	505.837

Se observa que las exportaciones son constantemente superiores á las importaciones desde 1815 á 1824.

A partir del año 1826 se clasifica el comercio exterior en *general* (comprende el de tránsito) y en *especial* (el propio del País, su consumo y exportación de sus artículos).

Daremos, para abreviar, los términos medios de períodos, y sólo apuntaremos determinadamente el de 1830, último año de la Restauración.

1827-1836.

COMERCIO GENERAL.		COMERCIO ESPECIAL.	
Importación.	Exportación.	Importación.	Exportación.
— Millones.	— Millones.	— Millones.	— Millones.
667,4	698,4	479,9	521,4

1837-1846.

1.088,1	1.024	776,4	712,9
---------	-------	-------	-------

Ya en el período de 1837 á 1846 va resultando mayor la importación que la exportación, lo cual destruye por completo los cálculos y la doctrina de la escuela de los *balancistas*.

En 1830, último año de la Restauración, tan afortunada en la gestión financiera de la Francia, como que es su mayor título de gloria, el comercio general y el especial ofrecen los siguientes resultados:

GENERAL.		ESPECIAL.	
Importación.	Exportación.	Importación.	Exportación.
638,3	572,07	489,2	452,9

En 1847, cuando se acerca el momento de la caída y catástrofe de Luis Felipe, Rey pacífico y ciudadano, suma el comercio general 1.342,8 millones en la importación

y 1.270,7 millones en la exportación, siendo el especial de 975,9 y 891,1.

Viene á resultar el término medio al año, en el período de 1847 á 1856, de 1.467,7 millones en la importación, y de 1.668,4 en la exportación (comercio general), y de 1.000,9 y 1.204,5 millones el especial.

De 1857 á 1861 da 2.306.200.000 y 2.592.576.000 francos el *general*, y 1.468.400.000 y 1.876.200.000 el *especial*.

Los valores de la exportación son superiores á los de la importación en los períodos de 1847 á 1856 y 1857 á 1861.

Cuando se aproximaba el triste desenlace de las aventuras de Napoleón III, en 1869, porque el de 1870 no puede servir de comparación, el comercio general y especial de la Francia era el siguiente:

COMERCIO GENERAL.		COMERCIO ESPECIAL.	
Importación.	Exportación.	Importación.	Exportación
<i>Millones.</i>	<i>Millones.</i>	<i>Millones.</i>	<i>Millones.</i>
4.009	3.994	3.153	3.075

Conviene advertir que el comercio de numerario, del que nada hemos dicho, figura aparte, y para que el lector conozca mejor todo el movimiento de entrada y salida, apuntaremos el tráfico *especial* de tres quinquenios, poniendo separadamente el de pastas preciosas y moneda, á saber:

AÑOS.	MERCANCIAS.		NUMERARIO.	
	Importación.	Exportación.	Importación.	Exportación.
1855.....	1.594,1	1.557,9	504	481
1856.....	1.989,8	1.893,0	576	483
1857.....	1.872,9	1.865,8	670	581
1858.....	1.562,8	1.887,3	717	242
1859.....	1.640,7	2.266,4	940	570
<i>Totales.....</i>	8.660,3	9.470,4	3.407	2.357

Término medio
en el quin-
quenio.....

	<u>1.732,1</u>	<u>1.894,1</u>	<u>681</u>	<u>471</u>
1860.....	1.897,3	2.277,1	604	448
1861.....	2.442,3	1.926,3	420	503
1862.....	2.198,6	2.242,7	536	456
1863.....	2.426,4	2.642,6	533	588
1864.....	2.528,2	2.924,2	734	651
	<u>11.492,8</u>	<u>12.012,9</u>	<u>2.827</u>	<u>2.646</u>

Término medio
en el quin-
quenio.....

	<u>2.298,6</u>	<u>2.402,6</u>	<u>565</u>	<u>529</u>
1865.....	2.641,8	3.088,4	659	433
1866.....	2.793,5	3.180,6	1.065	554
1867.....	3.026,5	2.825,9	849	253
1868.....	3.303,7	2.789,9	687	365
1869.....	3.153,1	3.074,9	647	264
	<u>14.918,6</u>	<u>14.959,7</u>	<u>3.907</u>	<u>1.869</u>

Término medio
en el quin-
quenio.....

	<u>2.983,7</u>	<u>2.991,9</u>	<u>781</u>	<u>374</u>
--	----------------	----------------	------------	------------

Para conocer, pesar y estimar los recursos de un pueblo y de su Tesoro público, cuando llegan los momentos del conflicto, hay que estudiar su comercio, que descubrirá á las claras los que parecen *milagros*, y sólo han sido medios *naturales*.

Durante tres grandes reinados, aunque bien diferentes, se enriqueció la Francia, y basta seguir paso á paso los resultados de la paz y del progreso en la actividad del comercio, que no es otra cosa, después de todo, sino manifestación brillante de la riqueza y vida interior.

Ocupa el pueblo casi hermano de España, posición geográfica ventajosa, como ya hemos dicho, bañado por cuatro mares diferentes, al Norte, Oeste y Sur, desarrollándose sus costas, que miden pasados 2.460 kilómetros, de los cuales 600 en el mar Mediterráneo, sin contar las de Córcega (450 kilómetros) y fronteras casi de igual longitud (2.240 kilómetros), siendo de 580 la de los Pirineos. Rodéanle, del lado del canal de la Mancha, la Gran Bretaña, luego le circunda Bélgica, Alemania, Suiza, Italia y España, y tan venturosa vecindad, pues el lector conoce el comercio general de Francia en 1869, se patentiza á la sola enumeración de lo que ha cambiado en el mismo año con los nombrados, á saber:

COMERCIO ESPECIAL.

1869.

	Importación.	Exportación.
	—	—
	<i>Millones.</i>	<i>Millones.</i>
Inglaterra.....	549,1	904,1
Bélgica.....	315,8	295,0
Alemania.....	230,1	253,4
Suiza.....	133,0	261,3
Italia.....	318,4	220,9
España.....	103,6	96,7

Para el comercio con la Gran Bretaña presenta Francia en el mar del Norte, Paso de Calais y la Mancha, 940 kilómetros de costa. Para el comercio con Bélgica, Alemania, Suiza, Italia y España, 2.240 kilómetros de frontera; del lado de Bélgica y Alemania 910, de Suiza y de Italia 750 y de España 580 kilómetros. El comercio por mar de 69,7 por 100, en el período de 1827 á 1836; de 71,4 por 100, de 1837 á 1846; de 71,8 por 100, de 1847 á 1856, alcanza á ser de 7.186 millones, importación y exportación reunidos en 1880, tocándole á la bandera francesa 2.727 millones, así repartidos:

	Millones.
Navegación con las colonias y gran pesca.....	524
Navegación con el extranjero.....	2.203
	<hr/>
<i>Total</i>	2.727
	<hr/>
Corresponde á la extranjera	4.459

Pero no anticipemos los datos que se refieren á 1880, y limitémonos por el momento á los de los primeros años del comercio francés en este siglo, según los hemos copiado de la obra de Mr. C. Vogel; es decir, limitémonos á estudiar la riqueza interior de la Francia durante ese tiempo, á completar los valiosos apuntes que hemos presentado ya, y así se explicará cumplidamente su progreso y su riqueza.

De carbón de piedra, gran indicador de potencia industrial, explotábase:

	Toneladas métricas.
En 1787.....	215.000
1802	844.000
1825	1.491.000
1850	4.434.000
1859	7.483.000

Del lingote y hierro da Mr. C. Vogel los siguientes datos:

	Lingote.	Hierro
1819.....	112.500	74.200
1847.....	592.000	377.000
1860.....	880.000	559.000
1862.....	1.053.000	700.000

Completa Mr. C. Vogel sus datos sobre minería y fundición, que copiaremos como él los pone:

RESUMEN GENERAL DE LA PRODUCCIÓN DE LAS MINAS
Y ESTABLECIMIENTOS DE FUNDICIÓN DE FRANCIA.

1859.

	Toneladas. — <i>Cantidades.</i>	Valores. — <i>Francos.</i>
Carbones.....	7.483.000	95.000.000
Turba.....	360.000	3.400.000

1858.

Mineral de hierro....	3.933.000	14.200.000
Plomo y plata.....	—	1.545.000
Plomo pobre.....	—	11.000
Manganeso.....	—	416.000

METALES Y PRODUCTOS METALÚRGICOS.

1859.

Fundición bruta y mol- daje de primera fu- sión.....	856.000	117.000.000
Hierro estirado.....	520.000	158.000.000
Carriles.....	106.751	27.874.000
Plancha.....	69.365	31.416.000
Alambre.....	23.555	12.960.000
Acero de forja y ce- mentación.....	19.050	12.320.000

OTROS METALES.

Cobre.....	8.829	23.832.000
Plomo.....	40.513	25.190.000
Litargirio.....	503	274.000
Zinc.....	169	84.000
	Gramos.	
Oro fino.....	76.600	263.000

	Kilogramos.	
Plata fina.....	48.591	10.959.000
<i>Valor total de los metales</i>		
<i>sin los hierros.....</i>		<u>60.602.000</u>

En los cuatro tomos de la estadística oficial de la industria francesa, de 1847 á 1852, se clasifica la producción de la de tejidos como sigue:

	Estableci- mientos.	Obreros.	Producción.
De algodón.....	2.394	244.819	416.000.000 frs.
— seda.....	1.460	165.000	406.000.000 —
— lana.....	2.424	144.146	473.000.000 —
— mezclas.....	1.073	85.121	218.000.000 —
— cáñamo y lino	5.606	56.167	102.000.000 —
			<u>1.615.000.000 —</u>
Con más, por hilos y tejidos fabricados en París.....			106.000.000 —
			<u>1.721.000.000 —</u>

Pero los informes de la comisión francesa de la Exposición universal de 1851 y la estadística de Block de 1860 dan, en el orden anterior, estos otros datos:

Algodón.....	630.000.000 francos.
Seda.....	1.200.000.000 »
Lana.....	921.000.000 »
Mezclas.....	330.000.000 »
Cáñamo y lino.....	250.000.000 »
	<u>3.331.000.000</u>

Block, en el tomo II, pág. 222, presenta de varias industrias francesas este otro cuadro:

	PRODUCCIÓN TOTAL.
	Valores en millones de francos.
Géneros de vestir confeccionados y calzado.	1.369
Artículos de piel y cuero.....	400
Industria ferrera.....	292 ¹ / ₂
Otras industrias metalúrgicas.....	154
Platería, joyería, relojería.....	200
Alfarería, loza, vidrio, cristal.....	86
Papel é imprentas.....	60
Artículos de hueso, marfil, tornería, colas, negro animal, etc.....	30
Carpintería, sin los muebles.....	35
Productos químicos.....	80
Fabricación de materias grasas (aceites, ja- bón, velas, bujías, etc.).....	156 ¹ / ₄
Industrias alimenticias (azúcares, aguardien- tes, licores, sidra, vinagre).....	364 ¹ / ₂
Industria de París del tapicero, ebanistería y muebles, bronces, papel (según la infor- mación de 1847).....	137
Artículos-París.....	128 ¹ / ₂

Hay indudablemente repetición en nuestros datos, porque ya apuntamos, en el artículo anterior, bastantes noticias generales al dar una idea de la potencia industrial de la Francia; pero preferimos recordarlos con sus variantes y todo, por su origen, y ofrecerlos al pie de las noticias sobre el comercio exterior. De un ramo de industria no hemos hablado, sin embargo, y merece dos palabras; nos referimos á la fabricación del azúcar de remolacha. Su producción, insignificante durante el período napoleónico y en los primeros años de la Restauración, llegó á ser de 6.666 toneladas métricas en 1828, bajó á 6.000 en 1830, subía á 53.795 en la campaña de 1846-47, á 64.316 en la siguiente, y es de 146.415 toneladas en 1861 á 1862. Actualmente representa 400.000, más ó menos.

Calculaba el Conde de Chaptal el producto bruto de la

economía rural en Francia, hacia fines del primer imperio, en 4.678 millones de francos, y los de la industria, en 1.404 millones.

El Barón Ch. Dupín dice en su obra *Fuerzas productivas y comerciales de la Francia* (*Forces productives et commerciales de la France*) que de 4.011 millones, en 1780, subieron á 4.655 en 1790, y á 8.800 millones en el año de 1830, y que alrededor de 1826, las de la agricultura sumaban 5.313; cálculo éste parecido al de Malchus, que evalúa dicha riqueza (1826) en $217 \frac{1}{4}$ millones de libras esterlinas (5.262.800.000 francos) y la de la industria en $142 \frac{3}{4}$ millones de libras esterlinas (3.568 millones de francos). Mr. L. de Lavergne, en su conocido ensayo, que muchos han leído, *Essai sur l'économie rurale de l'Angleterre, de l'Ecosse et de l'Irlande*, después de indicar que para esos cálculos conviene dejar de lado los artículos que no son sino medios de producción, y no contarlos, estima el valor medio de la misma, el rural, antes de 1848, en CINCO MIL millones, de los cuales el ramo vegetal en 3.400 millones, y 1.600 el animal ó ganadería, etc. Préstase, como se comprenderá al golpe, á inmensas dificultades y desconciertos el cálculo de la producción industrial, desde el momento en que se tenga en cuenta el deslinde juiciosísimo que indica y establece Lavergne, por la misma multiplicidad infinita de ramos y grados de fabricación que comprende, unidos los unos á los otros, y por esa circunstancia debiendo resultar repetidos sus valores. Por todas estas razones, y atendiendo á cuánto va desarrollado aquí, en larga exposición y variedad de riquezas, parécenos lo mejor volver á la estadística del comercio exterior de la Francia, desde 1871 á 1880, ambos años inclusive, pues todos ellos han sido de paz, y su resumen probará que el extraordinario progreso, fuerza y recursos, aumentando considerablemente, son medios de acción y prosperidad que no cesan, y mal pueden depender definitivamente, en manera alguna, del acaso de cosechas inferiores á las comunes, casos excepcionales, ó de aventuras y calaveradas de la especulación bursátil, plaga y enfermedad de la época, tanto ó más perniciosa que el *oïdium* y la *filoxera*, pero mal crónico á que hay que re-

signarse, no obstante, en nuestros días, y llevarle con paciencia, á cambio de otros beneficios y favores. El comercio *general* de 1871 había sido de 3.953,4 millones en la importación y de 3.278,0 en la exportación; el *especial*, 3.566,7 y 2.872,5 millones respectivamente. En el numerario hubo entrada de 301 millones y salida de 502.

En el quinquenio de 1867 á 1871, suman las mercancías importadas un valor de 19.748,8 millones, y de 18.382,5 en la salida en el comercio *general*, siendo el *especial* de 15.917,4 y 14.365,3. Suma el numerario 2.900 y 1.645 millones. Sale el término medio en cada año á razón de 3.949,87 y 3.676,5 (*general*), 3.183,5 y 2.873,1 (*especial*) y 580 y 329 (*numerario*). Analizando el comercio de 1871, resulta:

IMPORTACIÓN.

	Comercio general. — <i>Millones.</i>	Comercio especial. — <i>Millones.</i>
Materias necesarias para la industria.....	2.108	2.035
Objetos de consumo natural y fabricación.....	1.845	1.532
<i>Total</i>	3.953	3.566

EXPORTACIÓN.

Productos naturales.....	1.519	1.328
— fabricados.....	1.759	1.545
<i>Total</i>	3.278	2.873

Francia exportó de su industria y trabajo, en 1871 (ponemos los diez primeros artículos), á saber:

	Valores de francos en millones.
Tejidos de seda y floretes.....	483,1
— de lana.....	268,0
Vinos.....	235,1
Tornería, muebles, carpintería, etc.....	129,4
Sedas.....	108,1
Lanas.....	105,1
Pieles trabajadas.....	91,0
Pieles curtidas, etc.....	77,3
Azúcar bruto indígena.....	73,7
Azúcar refinado.....	69,7

Y como el comercio de granos con el exterior toma de día en día mayores proporciones en el País vecino, ponemos á continuación un estado de dichas importaciones y exportaciones, y asimismo otro de artículos farináceos alimenticios.

Estado comparativo para el comercio de granos, término medio, en millones de francos:

	Importación.	Exportación.
1840 á 1849.....	50,5	16,4
1850 á 1859.....	91,2	57,1
1860 á 1869.....	142,6	79,7
1871.....	459,6	46,9

Farináceos alimenticios.

	Importación.	Exportación.
1849.....	6.597.000	60.364.000
1859.....	53.651.000	170.439.000
1869.....	84.435.000	89.358.000
1871.....	506.800.000	65.407.000

Para no dar demasiada extensión á este artículo, presen-

tamos á continuación en un cuadro el comercio de la Francia desde 1872 á 1879:

CUADRO GENERAL.

AÑOS.	COMERCIO GENERAL.		COMERCIO ESPECIAL.		NUMERARIO.	
	Importación.	Exportación.	Importación.	Exportación.	Importación.	Exportación.
1872.....	4.501,6	4.756,6	3.570,3	3.761,6	383	334
1873.....	4.576,4	4.822,3	3.554,8	3.787,3	565	492
1874.....	4.422,5	4.702,1	3.507,7	3.701,1	952	159
1875.....	4.461,8	4.807,0	3.536,7	3.872,6	875	219
1876.....	4.908,8	4.547,5	3.988,4	3.575,6	804	159
1877.....	4.569,9	4.370,8	3.659,8	3.436,3	683	142
1878.....	5.088,9	4.111,7	4.176,2	3.179,7	544	189
1879.....	5.579,3	4.269,6	4.595,2	3.231,3	332	424

El último quinquenio de 1875 á 1879 da los siguientes términos medios:

4.921,7	4.421,3	3.993,3	3.459,1	648	227
---------	---------	---------	---------	-----	-----

¿Qué deducirán de tanto guarismo los que los comparen? ¿Podrán inferir que la Francia está en decadencia y crisis económica? Si las importaciones son superiores á las exportaciones, y si han bajado estas últimas considerablemente desde 1872 á 1879, ¿no han aumentado, á la vez, las importaciones de numerario?

Pasemos á ver el comercio de 1880.

Descompónese como sigue:

En el comercio *general*, importaciones y exportaciones reunidas, una suma total de 10.725 millones, ó aumento de 15 por 100 sobre el último quinquenio:

En la importación..... 6.113 millones.

En la exportación..... 4.612 —

Comercio *especial*, importación y exportación, un total de 8.561 millones.

Artículos similares en la *salida y entrada*:

Entrada (que no pagan derechos arancelarios de aduanas).....

2.034.097.000

Salida.....

636.988.000

PRINCIPALES ARTÍCULOS TARIFADOS.

En la importación	1.828.824.000
En la exportación (los semejantes).	2.278.214.000

Mercancías comestibles:

Que no pagan en la importación..	206.747.000
Similares en la exportación.....	237.701.000
Que pagan en la importación....	313.795.000
Similares en la exportación.....	431.745.000

RECAPITULACIÓN.

	Importación. — <i>Millones.</i>	Exportación. — <i>Millones.</i>
I Parte.....	2.034	637
II —	3.829	2.278
III —	313	451
<i>Totales.....</i>	<u>4.176</u>	<u>3.306</u>

No se han incluido arriba los cereales, en razón de lo extraordinario de la mala cosecha, cuyos resultados en el comercio han sido:

Importación.....	856.449.038
Exportación.....	100.940.342
<i>Diferencia.....</i>	<u>755.508.696</u>

Fije el lector la vista, pese y avalore los diez primeros artículos de la importación y los diez primeros de la exportación.

IMPORTACIÓN.

(Especial.)

	Valores en millones de francos.
Cereales	788,5
Lanas en masa	370,2
Seda y borras	322,2
Vinos	313,9
Maderas comunes	278,0
Algodón en rama	215,4
Ganados	177,2
Carbón de piedra	170,1
Pieles y cueros en bruto	170,0
Granos oleaginosos	114,0

EXPORTACIÓN.

(Especial.)

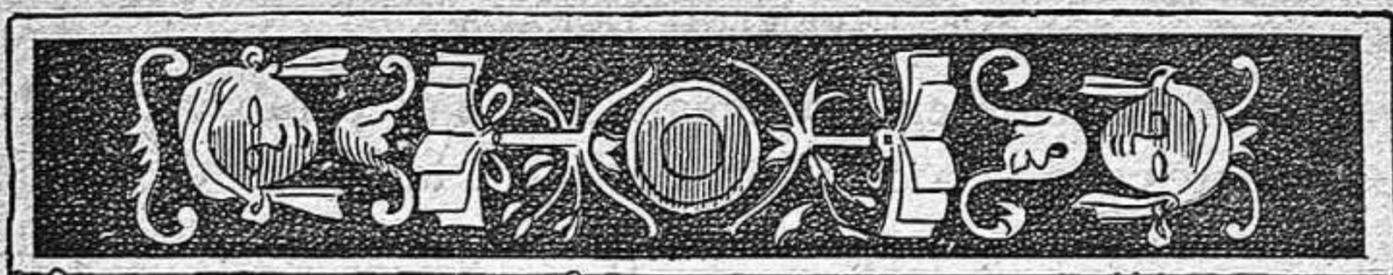
Tejidos de lana	370,2
Vinos	245,1
Tejidos de seda y florete	234,3
Tornería, muebles, etc.	168,4
Artículos de piel y cuero	163,9
Sedas	156,6
Lanas	132,5
Azúcar refinado	92,8
Pieles curtidas	92,4
Queso y manteca	90,3

Para nuestro objeto, el cual no es otro que un examen y estudio de la situación económica de la Francia hasta nuestros días, en el momento presente, y cálculos los más probables en lo porvenir, juzgamos haber expuesto lo bastante y suficiente. No hay, eso creemos, una tierra en el mundo que disponga de mayores medios de riqueza y recursos como la gran Nación vecina, aunque otras la puedan aventajar segu-

ramente en comercio, especies metálicas, población y armas. Lo hemos de probar sin ningún artificio y bastante claridad. Cuando tanto se habla, y muy ligeramente, de la decadencia del pueblo francés, por las circunstancias que atraviesa y las dificultades con que lucha esforzadamente, este estudio nuestro no ha de parecer ocioso y vano, y sí útil y provechoso, mayormente para tener en cuenta consejos de prudencia, cuestiones de conducta y previsiones juiciosas, y no ir sin brújula navegando por el proceloso mar de la política aventurera é insensata, que concluye casi siempre en desengaños y lecciones costosas. Los Pirineos no son una barrera, marcan una frontera; ni han desaparecido, ni debe decirse con Luis XIV *que ya no hay Pirineos*: los Pirineos, frontera entre España y Francia, se han abierto algo tarde al comercio, á la civilización y concordia, para ponernos en constante comunicación con el mundo moderno, y, permaneciendo en paz y neutralidad, ir medrando poco á poco y recuperando lo mucho que hemos perdido, cuando éramos invasores ó cuando estábamos aislados y estacionados.

SERVANDO RUIZ GÓMEZ.





LA JUVENTUD DORADA⁽¹⁾

EL MOLINO-GALANTE.

II.



STO sucedió en los primeros días de la primavera del año 1615, es decir, poco más de un año antes de los acontecimientos que voy á contar.

Nada hasta entonces había turbado la plácida existencia del feliz molinero; sólo conocía el amor de reputación, y sabido es que éste la tiene mala. Así vivía en paz con Dios, con los hombres y con su corazón, hasta que alquiló su casa al noble desconocido, del cual se jactaba tan alto, diciendo que le había hecho bailar las pistolas. Esto debía costarle más caro que él pensaba.

Si hubiera respetado cuidadosamente la consigna que había recibido, hubiese sido siempre lo que era: un mozo bravo, honrado, bromista, indiferente, querido por el sexo débil, libre sobre todo; pero la curiosidad le perdió.

La situación más peligrosa, ¿de quién era?

De Francisco Favre, que sin saberlo ni quererlo, tenía

(1) Véase la pág. 74 de este tomo.

alguna intervención en la tragedia que se preparaba. Cuando mucho antes se había decidido á alquilar la lujosa casa que le estaba destinada, no podía imaginar que esa resolución le costaría un mal día, su corazón, su libertad, implicándole en un asunto tan grave como el que Enrique d'Espayrac le había esbozado en aquel cuadro interesante. En aquella época, vagando una tarde á las orillas del Aude, un caballero muy joven, unos diez y nueve años, se metió en el mismo sendero, y se detuvo delante de él.

Favre, debajo de esa careta severa, husmeó un gran señor y un buen negocio.

—¿Eres tú—le preguntó—el dueño de este molino?

—Sí, Monseñor...—balbuceó Favre.

En seguida el joven caballero echó pie tierra.

El molinero observóle curiosamente; mas la noche amenazaba caer: un ancho chambergo, hundido sobre los ojos, le ocultaba su cara.

—¿Así—repuso éste—es tuya esta casita delante de la cual acabo de pasar?

—Es mía, Monseñor.

—¿Me han dicho que la quieres alquilar?

—Es cierto, Monseñor.

—¿Qué precio me pides?

—Veinte pistolas, señor.

Era el doble de lo que había pedido hasta ese día.

—Está hecho—dijo el caballero.—Antes de la noche cierra; ven á enseñarme tu casa, á fin de que yo envíe algunos muebles.

Al mismo tiempo, tiró al molinero una bolsa llena de oro.

—Toma, estás pagado por un año. Que yo conserve la casa ó no, ese oro es para tí. Anda.

El molinero se explayó en una amplia sonrisa. Caminando, desató los cordones de la bolsa, y metiendo la mano, sintió el dulce contacto de las dobles pistolas—había cuarenta;—contólas; eran veinte de beneficio sobre el precio convenido. Así fué que con ligero paso se dirigió á la casita, cuyas habitaciones hizo ver á su generoso inquilino, hasta el último rincón.

—Bien—dijo el caballero;—ahora, sea cualquiera el que venga, nunca entres, ó cuida de tu pellejo.

Á esas palabras, el joven caballero se lanza sobre la silla, seguido por su lacayo, y á los pocos momentos desapareció en el horizonte.

—Me recomiendan que sea discreto—decía;—luego hay misterio. ¡Habrá que ver!

Al día siguiente, por la mañana, vió llegar una pesada carreta, cargada de muebles cuidadosamente embalados.

Tuvo la curiosidad de levantar la tela que los cubría, y se aseguró de que esos muebles eran lujosos.

Durante todo el día, los cinco hombres que habían venido con el carretón ocupáronse activamente de poner cada cosa en su sitio. Por la tarde, á las siete, su tarea estaba rematada, porque el molinero los vió sentarse al borde del río, mientras que el capataz interrogaba con la mirada la carretera de Carcasona.

—Aguardan sin duda al amo de todo—se dijo el molinero.

En efecto, diez minutos más tarde, á la misma hora que la víspera, oyó resonar sobre el camino el casco de muchos caballos; reconoció al brillante caballero de ayer. A su lado cabalgaba una joven dama montada en una blanca hacanea. Detrás de ellos, dos lacayos, igualmente montados, seguían á una distancia respetuosa. Uno de ellos llevaba á la grupa una muchacha, una camarista sin duda.

El caballero y la dama se apearon y entraron en la casa, escoltados por un criado y la doncella.

El segundo lacayo ató los caballos á la verja y esperó. Poco después, los tapiceros se alejaron, largamente recompensados, á juzgar por sus caras sonrientes.

En fin, el criado que había en la casa vino á reunirse con su compañero. Montaron á caballo y, tomando cada uno un caballo en su mano, desaparecieron.

Después de lo cual, el molinero oyó distintamente rechinar la cerradura de la verja que la criada cerraba con llave.

—¡Bueno!—dijo sonriendo.—Nido de amor... Yo conozco esto.

Al amanecer estaba al acecho; vió regresar á uno de los

dos lacayos, teniendo en mano un magnífico corcel negro, sobre el cual montó en seguida el caballero, que se alejó. En cuanto al criado, quedaba sin duda, como la muchacha, para servir á la señorita: desde entonces Francisco los espío

Según él, el nombre de Dubois era falso; su joven amo era tan rico como alto su origen, y su joven *amiga* pertenecía igualmente á una ilustre familia. ¿Eran casados? Más que difícil es precisarlo, al ver los mimos y atenciones que Mr. Dubois prodigaba á su mujer cuando venía á pasar algunas horas con ella. Cualquiera—aun el más cándido—que le viese tomaríalo, no por marido, sino por amante... Sea como sea, si estuvieran casados no hacían más que comenzar su luna de miel.

—Si hay en el fondo un misterio—decía él,—Marta lo conoce, porque se adivina que está, no de ahora, sino luengo tiempo adherida á su ama; en todo caso, ella guarda el secreto, puesto que conmigo afecta no saber nada, y cuando habla de Mme. Dubois, lo hace como de las más honradas tejedoras de Carcasona.

Hé aquí todo lo que había averiguado Francisco al cabo de seis meses de breves conversaciones con el doméstico.

Por su parte, él había observado, estudiado, y flanqueando las orillas del *Ande*, había encontrado algunas veces á Mme. Dubois poseándose con Marta, ó cogiendo ramitos de flores de los campos; hombre al fin, como todos, no pudo menos de notar que la joven dama era lindísima, algo triste, ligeramente pálida, y que además se hallaba en un estado que aquí en España, Nación galante por excelencia, llaman *¡interesante!*... cuando la mujer está... no quiero decir cómo: mis lectores lo ven. Aquélla, además, estaba muy avanzada.

En cuanto á la criadita, había causado en el ánimo del molinero una viva impresión. Pequeña, morena, el mirar atrevido, la nariz un poco remangada, el talle fino, la pierna bien torneada, el cuerpo opulento, el labio rojo y grueso, presentaba á Francisco de Favre un tipo de mujer del cual él no se hacía aún una idea.

Cuando él comparaba esta naturaleza delicada, viva, graciosa, á las bellezas macizas y bronceadas que se disputaban

el honor de ser molineras, no podía menos de exhalar un suspiro de codicia.

¡Ay! El desgraciado Francisco no sentía que estaba herido de amor, y no sospechaba que unía en ese momento su destino á esa desconocida que el azar había echado á través de su apacible vida. Muchas veces Favre había encontrado á Marta sola, mojando su diminuto pie en el rocío de la mañana. Procuraba hablarle, mas perdía su tiempo admirándola, y entonces no osaba usar otras frases que estas:

—Tened cuidado, señorita, os vais á constipar. ¡Qué hermosa mañana!

Y otras tan simples como éstas.

Marta se reía. Diríase que no buscaba más que un pretexto para enseñarle sus dos filas de dientecitos blancos como granos de arroz; en fin, quería pescarle. Entretanto, Mme. Dubois dió á luz una hija. Su primera salida fué para ir á la ciudad á hacer compras.

A su regreso, Favre, que las perdía de vista, notó que todo se les volvía gritar al carretero que arrease, vanamente; el jamelgo que tiraba del guichabache; no podía dar un sólo paso. Acercáronse al fin ellas estaban tan preocupadas, que pasaron junto á él sin apercibirle, mientras notaba que estaban excesivamente pálidas, muy agitadas, muy asustadas.

¿Por qué? No podía darse cuenta; había sorprendido el movimiento que hacían para levantar la cortina á fin de mirar por detrás. Hizo lo mismo, pero en vano. ¿A qué venía, pues, el terror que había leído en sus caras? ¿Por qué venían en ese humilde carricoche?

Permanecía allí como petrificado en ese camino desierto, sobre el cual aguardaba siempre ver alguna cosa que pareciera una amenaza, cuando vió repasar cochero, caballo y coche.

—Entonces—pensó,—Mme. Dubois y Marta están seguras.

Muy tranquilo ya, entró en su molino. Quizás habría olvidado enteramente este incidente, si no hubiese—al anocheecer—oído delante de su puerta el paso de un caballo; esto le decidió á salir, dichoso de pensar que Mr. Dubois llegaba á punto para desvanecer el temor de su joven esposa. Desgra-

ciadamente, esta ilusión duró poco; ante él se alzaba el rostro horriblemente gesticulante del Vizconde d'Espayrac.

Francisco no le conocía; pero sus maneras, el tono en que le había hablado, las amenazas que le había hecho, demostraban demasiado bien que sus presentimientos no le habían engañado.

El pobre mozo estaba realmente en mala situación. Comprendía entonces por qué Mme. Dubois estaba tan asustada.

Lo cierto era—á los ojos de Favre—que no se había engañado en ninguna de sus suposiciones. El nombre de Dubois era pseudónimo que su inquilino había adoptado á fin de sustraerse fácilmente á las pesquisas de que era objeto; era de ilustre origen, su esposa pertenece también á una familia poderosa.

¿Qué hacer?—se preguntaba. Y así pasó la noche entera cavilando.—¿Por cuál de ellos me decidiré?—Quedóse suspenso, y una voz secreta le inspiró, sin duda, porque dijo al fin: Por ninguno, seré neutral.

Tomada esta resolución, se acostó temprano, como solía; mas por más que hizo, dando vueltas y revueltas, no pudo conciliar el sueño. Súbito ruido acabó de desvelarlo, y escuchando atentamente, reconoció el galope de muchos caballos. Saltó de su cama, corrió á su ventana y entreabrió el macizo boquete que se abría sobre el camino.

Luego, aplicando el ojo sobre esa hendidura imperceptible, sus ojos, acostumbrados á la oscuridad, distinguían, sin trabajo, los menores átomos. Su blancura gredosa hacía resaltar en negro la más pequeña china. Apenas estaba en su puesto, vió llegar tres caballos lanzados á gran trote. Uno de los caballeros que los montaban, el que iba delante de los otros dos, detúvose justamente á la faz del molino y extendió los brazos en cruz.

—Aquí es—dijo á media voz.

Francisco se creía perdido; se había figurado al principio que era el comisario de policía que venía á prenderle; mas al sonido de esta voz, se puso á temblar; era la del hidalgo que la primera noche había venido á tomar las señas de los habitantes de la casita. En cuanto sus dos compañeros hi-

cieron alto á su vez, uniéronse á ellos otros tres cuyo ropaje indicaba que eran sus lacayos. Cada uno echó pie á tierra, y tomando cada cual su montura, encamináronse los seis hacia la casita.

Francisco hallábase resuelto á estar quieto. A su pesar, una indomable curiosidad le impulsaba. Sin tomar tiempo para vestirse, se dirigió hacia la puerta que daba sobre los bordes del *Ande* y abrióla con precaución.

A cincuenta metros de él distinguió el grupo de los seis hombres que ataban sus caballos á los sauces que elevan en la sombra sus nudosos troncos. Uno de ellos quedó cerca de las reses para guardarlas. Los otros cinco se aproximaron á la verja.

Favre les siguió á mansalva. Todas las ventajas eran suyas porque, natural del país, conocíalo palmo á palmo. Mientras los caballeros se lanzaban á tientas sobre el camino escabroso y mal trazado, él se deslizaba á lo largo del río. El ruido de sus pasos le ahogaba el pataleo de los callabos. Así, que llegó casi al mismo tiempo que los cinco hombres enfrente de la casa: en el piso bajo, la cocina estaba alumbrada. Por la ventana abierta se percibía por fuera el criado que formaba la vajilla.

—¡Atención, Barón!—dijo otra voz,—es necesario ante todo apoderarse de ese mísero. Si se resiste, mátales sin misericordia; si no, no tengo empeño en cometer una muerte inútil. Mi hijo y yo tomaremos por asalto el primer piso.

Distinguíase, en efecto, una viva luz á través de los vidrios del cuarto donde dormía Mme. Dubois.

—Estoy á tus órdenes, hermano mío,—respondió el que habían llamado Barón.

En seguida se acercó á la verja y levantó el pestillo; la puerta no estaba cerrada con llave; el Barón entró en el jardín seguido por un criado, y se precipitó en la cocina por la ventana abierta. Antes que el lacayo tuviese tiempo de volverse, el Barón le había aplicado su pistola en la sien.

—Si das un grito, si te mueves, eres muerto—le dijo.

Favre lo veía todo; el cocinero, más muerto que vivo, se dejó caer sobre una silla sin hacer la menor resistencia. El

molinero se había acostado á pleno vientre sobre la cuesta del ribazo; su cabeza se perdía en los matorrales.

Nada que pasara podía escapársele; él seguía con el ojo cada paso de los invasores.

—¡Valor, hijo mío!—dijo el que parecía jefe de esta expedición.—Hay que habérselas ahora entre tí y Renat.

—Sr. Conde—dijo el caballero que había reconocido Francisco,—mandad; yo os obedeceré.

El Conde hizo seña á su doméstico de que le siguiese, y se lanzó con su hijo por el camino que el Barón le había mostrado: la ventana de la cocina.

Sin embargo, por pronto que esas dos operaciones se hubieran hecho, armaron algún ruido. Francisco oyó realmente la voz de Marta, que sin duda se informaba de lo que ocurría.

—¡Y bien, Juan!—gritó.—¿Qué haces, pues? ¿Estás solo?

Pero Juan, que sentía sobre la frente el cañón de la pistola, se guardó bien de responder.

Marta bajó bravamente la escalera hasta la cocina.

—¡El Conde! ¡El Barón! ¡Mr. Enrique!—exclamó juntando las manos con espanto.

Quiso huir, porque veía delante el peligro que corría; pero Enrique le cortó la retirada; tapóle la boca con una venda, mientras el Conde, auxiliado por su fámulo, la tumbaba sobre una mesa y le liaba los pies y las manos.

Desde este momento, Francisco no vió casi nada.

Sus ojos no sirvieron más que para ver lo que pasaba en el cuarto bajo; apercibió al Barón, que, después de haber pronunciado unas cuantas palabras, bajó al fin la pistola con que amenazaba á Juan; éste, por su parte, extendió la mano para prestar, sin duda, el juramento que se le exigía; luego se levantó, dirigióse á la ventana, que saltó, y atravesando el jardín, franqueó la verja, y, una vez libre, corriendo como un gamo, desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

Quedaba Marta, siempre tendida sobre la mesa, inerte, desmayada quizás. El Barón se inclinó hacia ella y sacó de la vaina su daga, cuya hoja brilló con siniestro fulgor. Por suerte, no pasó de amenaza.

¿Cómo se libró?... ¡Por milagro!

Se hallaba á cuarenta metros del molino, incapaz de ir más allá, y, viéndose perseguida, llevó la mano á su pecho, lanzó un gemido doloroso y cayó como una masa. Favre alcanzóla bien pronto; había poco menos que perdido la cabeza. Él creyó que la pobre niña estaba muerta de miedo. Inclínose sobre ella, la cogió en sus brazos, llamóla por los más dulces y cariñosos nombres, imaginándose que tanto amor debía reportarla á la vida... Marta no se movía. Estaba rígida y yerta como un cadáver.

El molinero lanzó un grito feroz; cogióla en sus brazos y se dirigió corriendo al molino.

¡Qué le importaba ya!... ¿No había puesto en seguridad á la que amaba?

Cerró detrás de él la puerta que hubo abierto, y, dando dos vueltas á la llave, encerróse bien, resuelto á no moverse, aunque el mundo entero se hundiese á su alrededor.

En el mismo instante, Marta abrió los ojos y paseó, en aquel sentido, una temerosa mirada.

En cambio, Favre estaba radiante de alegría; en cuanto á ella, que le reconoció, se agolparon á su mente los recuerdos de lo que había pasado.

—Aprisa—dijo con vehemencia,—si me amas, corre veloz á socorrer á mi ama.

El primer movimiento de Favre era obedecer; pero el segundo fué quedarse cerca de Marta, que acababa de caer en su inmovilidad primera. Y, sin embargo, una insoportable curiosidad atormentábale aún.

Marta no estaba muerta, puesto que había hablado; no corría peligro alguno. Vacilante, sin saber que hacer... al fin, decidióse á salir; no quería perder ni una escena del espantoso drama de que fué primer testigo.

Siguiendo el mismo camino peligroso que había tomado, acercábase á la casita.

En el momento en que se paraba, un grito desgarrador sonó en el primer piso.

Casi inmediatamente oyó un paso precipitado en la escalera. Un hombre se echó fuera, atravesó el jardín, la senda

y se abalanzó á la verja, hasta el sitio preciso donde el molinero se había emboscado.

—Después de la loba, el lobezno—dijo con cínica risa.

En el mismo instante, descubrió un objeto informe, que había envuelto en su capa. Le balanceó dos ó tres veces, y al fin, por un vigoroso esfuerzo, lanzólo en el río. Detrás de este hombre, el Conde y el Barón aparecieron á su vez, acompañados por sus criados.

—¿Y bien?—preguntó el Conde.

—La justicia está hecha, padre mío—contestó el más joven de todos.

—¡Dios haya sus almas!—exclamó el Barón.

Un minuto después, los seis caballeros alejábanse al triple galope de sus trotones.

Tomarse la justicia por su mano contra la ley, era común en aquella ominosa época tan decantada, que ni padre ni hermanos tenían entrañas, ni conmiseración, y era que se atenían á una ley muy cómoda para los egoístas: la del embudo. Esos, tan severos y crueles, tenían sus *barraganas*.

Ese molino fué teatro de muchas tragedias por el estilo; así, cuando se tomó por asalto, nadie más que los disolutos lo sintieron.

Sin embargo, narraré algún episodio interesante, cuando llegue al reinado de Luis XIV.

ADOLFO MENTABERRY.

(Se continuará.)





ECOS DE ANDALUCÍA



SEÑOR D. JOSÉ DE CÁRDENAS.—MADRID.—Mi querido amigo: Desde que, huyendo de la incomprendible serie de enfermedades, que sin otra causa que nuestra degeneración física y nuestra falta de higiene moral, dejaba esa Meca, sepulcro de los peregrinos españoles y especialidad de los suicidas, bajando en busca de nuestra risueña Andalucía, acompañábame la intención de acechar y rebuscar motivos para repetir en las páginas de la REVISTA CONTEMPORÁNEA algún otro bosquejo agrícola, á cuyos estudios y observaciones me indicó V. especial deferencia. Pero nada encontraba en tan dilatada extensión, como no fuera la tenacidad del pensamiento emitido antes; las inmensas llanuras endurecidas y secas, los ríos murmurando de verse oprimidos en sus eternos cauces; los ganados entecos disimulando su debilidad con una tranquilidad triste, y los hombres ociosos encomendados á las profecías del almanaque y perdiendo sus ilusiones á cada cuarto de hora: el cruel aspecto de la añeja sequía.

Nada en qué poder fundar la variedad de algún estudio económico oportuno, ni siquiera la de noticias, que sobre este punto saliesen de la monotonía con que el tiempo las viene haciendo fatalmente célebres.

Y no es esto porque hayan variado á grandes períodos nuestras condiciones atmosféricas y climatológicas, sino porque se quiere exigir como base de una grande y constante riqueza que las nubes se conviertan en una regadera *á la voz*, y fundar en este error, contra la historia y contra el cálculo, desde el presupuesto de la Nación hasta la subsistencia de un pueblo que desea elevarse á la categoría de los que exportan productos industriales y viven del oro del trabajo nunca desperdiciado, cuando éste tiene que sostener hasta el gasto de sus colonias, con la eventual producción agrícola de sus antiguas costumbres. Y si en pasados tiempos no era sensible la desnivelación económica mientras no se agotaba el ingreso de las conquistas, tenía que coincidir en esta época la falta de veneros con la violencia del cambio obligado entre el Estado y las clases productoras, entre el lujo y la clase media elevada al cubo, entre la necesidad y el trabajador sin trabajo. Tenía que resultar en alguna parte el enorme déficit de ese negocio social que viene teniendo por base el concurso y no el producto, ya voluntario en los más, ya forzoso en los menos, y tenía que aparecer en todos los contornos que dibujan el aspecto moral de un pueblo.

Así es por lo que vemos tan desarrollado el moderno oficio de la política, que constituye la primera calamidad de las provincias; es el recurso de los más osados asaltar los puestos de sus Diputaciones y Ayuntamientos, donde se atrincheran á la voz tan gastada de *patriotismo*, que ya para todo el mundo tiene su verdadero significado; y haciendo carrera los que se dedican á gobernar las localidades, arman una lucha terrible que tiene constantemente alborotada la grey y enconado el ánimo de las familias con tanto chisme y con tanto medio feroz de que se echa mano. Ya los menos sensibles se dedican á prestar bajo prenda pretoria, sea empleando el más sangriento de los sarcasmos, con títulos de *La Beneficiosa*, *La Económica* y otros por el estilo, al tipo de 60 por 100 de interés, ó sea ostentando el nombre de *Monte de Piedad* para disfrutar sus privilegios, aunque no sean otra cosa que piadosas usuras, ajustando las cuentas de una manera que, al tipo de *seis*, sale lo mismo que las otras. Ya los

que invocan la sacratísima misión del periodismo, como no puede sostenerse éste en formas regulares, violentan la especulación acudiendo á la baja caricatura y al papelucho anónimo, donde por carácter satírico se tiene como lícito el lenguaje de doble sentido, y donde es bastante que un hombre se distinga por su talento ó que llegue á algún puesto importante del Gobierno, para que al día siguiente aparezca con su retrato, escudado por una deformidad que lo haga más ridículo, expuesto á la chacota bajo conceptos falsos ó inapreciables, para que la influencia y el prestigio que ha conquistado y que necesita, se convierta en objeto de escarnio.

Toda esta parte abreviada de las consecuencias del hambre serían muy detenidas, si fuese á detallar á V. sus formas en las clases proletarias.

Por encima de estos accidentes no verá el recto observador más que la desnivelación de los elementos vitales; porque es muy elocuente el adagio de que «donde no hay harina todo es mohina,» y yo, que con la mente fija en la organización de nuestra única riqueza, que es la agrícola, sigo los pasos de sus vicisitudes, lamento cada vez más el tiempo que se pierde en colocar la primera piedra que puede ser base de una transformación económica en las provincias más meridionales y más ricas de España.

Nótase ya desde hace tiempo un verdadero empeño por los Gobiernos en fomentar la agricultura, y no puede negarse en la actualidad una disposición vehemente, si por la intención se traducen las distinciones de que han sido objeto algunos labradores; las Exposiciones, premios, estudios y libros que se pagan por el Estado, con harta profusión relativamente á los recursos disponibles para estos fines. Pero esto se hace por no encontrar otra fórmula, satisfaciendo la aspiración: es en verdad lo único que se satisface, porque las cruces no incitan á quien no puede esperar tanto, los libros no hacen más que repetir que «quien no siembra no siega;» no se necesita tratar por ahora de la perfección de los resultados, sino de que, por lo menos, encuentre el hombre un medio para evitar la ineficacia de sus esfuerzos y la esterilidad de los

campos cuando no llueve; porque todos sabemos que, lloviendo en los meses de diciembre, febrero y abril, se obtienen buenas cosechas de cereales. Si en alguno de estos extremos no acude el rocío de las nubes, todo es inútil para esas plantas.

Por esto decía yo en 10 de marzo del año anterior (1), ante la probable pérdida de aquella cosecha, porque habían faltado las lluvias en diciembre y febrero, que parecía providencial la lección que nos daba la naturaleza, con tan repetidas contrariedades, para hacernos obedecer por fuerza y entrar en la propia agricultura de nuestro porvenir, ante la amenaza, también, de los cereales americanos.

Se ha cumplido una vez más este aserto; ya no sólo hemos recibido los tipos americanos de la región septentrional, sino de la meridional, y de la colonia argelina, que es un vecino que nos hará obedecer pronto; tal es el desarrollo que obtiene en su producción y la facilidad con que ha de competir en nuestro propio suelo el día de la purísima libertad comercial. Y como si esto no fuera bastante, aparece todo el litoral africano del Mediterráneo en vísperas de un progreso económico, cuyos más seguros resultados han de ser las grandes producciones que en tan próximas regiones estimulan Francia con su buena administración é Inglaterra con su genio explotador.

Ya tenemos encima un ejemplo: nuestras ganaderías han quedado en cuadro con la primavera anterior y el mismo seco otoño que acaba de pasar; no hemos tenido prados artificiales para sostenerla, y ahora que llueve y es probable la abundancia de pastos espontáneos en los primeros meses, tomarán altísimo precio las reses, tendremos que buscarlas en Africa para aprovechar los pastos, seremos los explotados porque llovió, como hasta ahora lo venimos siendo en el mismo ramo porque no llovía y nuestros ganados estaban secos.

Si el palpable ejemplo es análogo en los cereales que he-

(1) Véase el núm. 158, tomo XXXIX.

mos de estar obligados á vender á lo que nos cuestan en los años abundantes, porque se producen á menos en la costa vecina, tendremos que estar mal cuando no se coja, por la necesidad, y cuando se coja, por el mal negocio.

Todo esto, más probadamente detallado, lo consigné en el referido artículo. Este podía ser el sermón diario, hasta que aprendido de memoria, con la evidencia de sus números, resolviese á todos un acto heroico realizado á la vez: para que la dureza del sacrificio se pasase pronto, en vez de ser este tan prolongado y el plazo tan ímprobo.

Toca realizarlo á los que tienen intereses en el campo, pensando á la inglesa, y no tirando á la tierra más trabajo ni más dinero que el de la probable utilidad. Podemos asegurarle que la siembra del trigo equivale á jugarlo á una lotería en que no hay premios gordos. No debe hacerse excepción de terrenos desde la Mancha hasta la costa Sur de España: lo que de una contingencia se puede salvar en unas partes, se expone más por otra clase de accidentes atmosféricos.

Si la agricultura se practica en el sentido industrial será ruinoso para la colectividad como para el individuo no venir hoy á considerarla baja un aspecto muy distinto á las anteriores épocas y circunstancias. Todo lo más que puede concederse dentro del justo cálculo de sus eventualidades, es sembrar de secano en dichas tierras una suerte ó extensión de poca importancia relativa á la casa labradora, que no ofrezca gastos, que sea lo que por su mano desempeña el pobre jornalero en sus ratos desocupados, cuando se le da ó tiene un pedazo de tierra, con la sola ambición de cosechar el pan de la familia para el año. Pero tratar de especular hoy sembrando trigo en tierras de secano, es un disparate económico que deberá encontrar en todo el mundo la reprobación, como atentatorio á los intereses generales.

Y no se fije la atención en las ideas tributarias que parezcan resentirse, aunque sea por el momento: esto no podría ser peor que la serie de moratorias de contribución que han de irse concediendo á los pueblos y las franquicias de derechos para las importaciones, que aunque no significa más que pri-

vase el Estado de sus grandes ingresos en las aduanas, siempre equivale á no producir tributos esta industria: de otra parte ha de salir lo que por este lado no se recaude. Esto es lo aparente: lo más grave es el estado de atraso que tienen todos los pueblos con la provincia, con sus obligaciones particulares y con los servicios y adelantos abandonados en las localidades por esa situación ruinosa.

Si, como es dudoso, tienen los industriales agrícolas fondos para gastarlos en las labores de secano, dejen para pasto y vayan plantando árboles de secano en los terrenos altos más inaplicables para regadío; y esas magníficas vegas que en números centenares se empiezan á dilatar desde las vertientes de la Mariánica hasta las columnas de Hércules, reciban el sacrificio de la época presente aplicándoles elevadores de agua, cada cual á su modo, que aun reducido cada labrador á utilizar por lo pronto una pequeña porción, será de productos positivos y fundará de este modo la derivación de canales de regadío, que en su día las convertirán en manantiales de riqueza. Pensar que el Estado ó los terratenientes puedan improvisar esto en el primer año, es un desvarío. Esta clase de obras sólo se pueden hacer por sí mismas, como se han ido haciendo las de Murcia y Valencia. El Estado, sí, puede contribuir á su desarrollo, no proponiendo ciertas leyes protectoras que suelen servir de regalía á los favores del caciquismo; en las que basta *un nombre* para eximir á una finca de los impuestos generales, cuando éstas se quedan con el nombre y no van á los resultados, sino renunciando en absoluto á los gravámenes industriales, considerando la industria con las condiciones de regadío por cualquiera de los medios mecánicos. Luego, si se decidiera á arrancar á los Municipios los cargos y atenciones políticas para que fuesen cuerpos administrativos; si se entregaran los actos políticos al cargo, fuero y responsabilidad de los tribunales de partido, haciendo un paréntesis verdaderamente patriótico á la enconada lucha de personalismo que devora los infelices pueblos, entonces sí que podríamos escribir con letras de oro en el templo de la salud patria los nombres de sus inmortales legisladores.

Yo bien me sé, por las prevenciones de pesimismo que adquirimos en nuestro País en las luchas del amor propio, causa de nuestra falta de unidad, que quizás sea bastante el pedir esto ó el aconsejarlo para que no se haga de ello caso, por lo desautorizado del consejero; pero ya sabrá el actual Ministro de Fomento que una ley de la misma naturaleza otorgada á la isla de Cuba, fué la causa que fundó su riqueza agrícola. Allí se contaba con las turbonadas periódicas que lo riegan, pero en cambio ofrecía otros inconvenientes á la salud de los colonos y á sus seguridades. La garantía de la exención tributaria fundó aquellos manantiales de valiosos productos en algunos años, aun en la violencia, siempre repugnante, de necesitarse una esclavitud negra para el trabajo. Aquí es, por el contrario, que se necesita prevenir un accidente social, y redimir de la esclavitud de la miseria á la inmensa mayoría de los labriegos andaluces. Y sepa S. E., que tan celoso es de fomentar su gloria, que los caminos son muy útiles si no se toma en cuenta el inconveniente de que *hay contratistas*; que esos trabajos van á producir un gran sacrificio sólo para dar tiempo á que cambien de rumbo las nubes y pueda cada jornalero ir á encontrar ocupación particular; pero no se habrá conseguido variar el estado ni el porvenir del trabajador. Que los proyectos de ley sobre canales y pantanos serán en nuestro País asunto reservado para tiempos en que los capitales españoles no obtengan el lucro actual en hipotecas, en el Banco, en el Tesoro, etc. Que esta clase de transformaciones no es capaz de realizarlas un acto material, porque son demasiado grandes y sólo se engendran por la inmensa magnitud de un pensamiento.

Ahora bien, mi amigo; ya llovió y puede darse por resuelta la crisis más palpitante de estos territorios.

Cómo se harán las siembras, dado el atraso de todos, la debilidad de los animales sin sustento, y la falta de movimiento en los vinos, que constituyen el primer elemento de esta provincia, no lo podré decir á V., pero es tan elástico el esfuerzo de la necesidad, que hemos de contar con que todo se hará, aunque sea á la desesperada. El espíritu aventurero anima esta sangre, y por eso mismo necesita siempre

un poder regulador para sostenerlo cada vez que vaya á caer.

Nada he podido decir á V. de agricultura, como deseara. Empieza ahora el año agrícola, aunque tarde, en buenas condiciones para la fertilidad del suelo, bastantemente azoado. Y aunque venga enero frío, febrero lluvioso, marzo seco y nublado y abril con húmedas tormentas, esto es, aunque el campo se críe este año á fuerza de rogativas, que es como los antiguos dicen que son los mejores, no por eso, ni á la vista de los triunfos de Ceres, dejaré de clamar por la transformación de estos cortijos en magníficas huertas, donde se disputen el brillo la verde oliva y la dorada caña; y donde en corte de todos los matices asistan al concierto de todas las leguminosas y gramíneas, sobre alfombras de los mejores racimos del mundo, ante el trono de las encendidas y más ricas naranjas del planeta.

RAFAEL GONZÁLEZ JANER.

Cádiz 11 diciembre 1882.





ROLLA

POEMA DE ALFREDO DE MUSSET (1)

(INTRODUCCION.)

¿Suspiráis por el tiempo en que el cielo en la tierra
Vivía, entre una pléyade de dioses inmortal?
¿En que Venus Urania, la hija de las olas,
Aun virgen, sacudía las lágrimas del mar
Y el mundo fecundaba, torciendo sus cabellos?
¿Suspiráis por el tiempo en que la sensual
Tropa de ninfas bellas jugaba entre las flores
Del agua, y cuyas risas venían á excitar
Los indolentes faunos tendidos en las cañas,
Y al beso de Narciso temblaba el manantial?
¿En que del Sur al Norte, por la extensión terrena,
Hércules la justicia eterna llevó audaz
Bajo el sangriento manto de fiero león despojo?
¿En que alegres silvanos, de espeso robledal

(1) Compulsando la traducción con el original francés, podrá tenerse cabal conocimiento del único mérito que la abona, la fidelidad.—*N. del A.*

Entre las verdes ramas, mecíanse á los vientos
Silbando al caminante los ecos de un cantar?
¿En el que fué divino hasta el dolor humano,
En que adoraba el mundo lo que hoy hundiendo está
En que para mil dioses no había un solo impío,
En que gozaban todos de alma felicidad,
Excepto Prometeo, de Satanás hermano,
Que, cual él, de un Olimpo sintióse derribar?
—Y cuando, ya trocados la tierra, el cielo, el hombre,
En féretro la cuna del mundo vuelta ya,
Cual fúnebre sudario sobre la yerta Roma
Su negro alud tendía del Norte el huracán.
—¿Suspiráis por el tiempo en que de un siglo bárbaro
Nació un siglo de oro, más bello y más feraz,
Y el caduco universo, con frente otra vez joven,
Rompía, como Lázaro, su losa sepulcral?
¿Suspiráis por el tiempo en que nuestros romances
Sus alas de oro abrían hácia encantado hogar,
En que nuestras creencias, cual nuestros monumentos,
El blanco manto usaban de su virginidad?
¿En que bajo la diestra de Cristo renacía
La tierra, y la abadía, cual la mansión feudal,
Mostrando en su alta frente la misma cruz de piedra,
Erguíanse en las cumbres los cielos por mirar?
¿En que Notre-Dame, San Pedro, Colonia y Strasburgo,
Con su marmóreo manto de hinojos, el triunfal
Hossana de otros siglos, sobre el órgano inmenso
Del prosternado mundo, venían á entonar?
¿El tiempo en que se hacía cuanto la historia ha dicho,
Y el Crucifijo ebúrneo, desde el sagrado altar
Abría, blanco y puro, sus brazos—y sabían
Ser juvenil la vida, y la muerte esperar?

¡Ah! Yo no soy ¡oh, Cristo! de los que la plegaria
Conduce hacia tu templo con paso desigual,
No de los que, hiriéndose en el pecho, á tu Calvario
Llegan, tus pies sangrientos, contritos á besar.

Bajo el sagrado pórtico yo permanezco erguido
 Cuando tu pueblo, en torno del arco secular,
 Se inclina murmurante al viento de los cánticos,
 Como plantel de cañas que dobla el vendaval.

¡Oh, Cristo! Yo no creo en tu palabra santa;
 Sobrado tarde vine á un mundo viejo asaz;
 De un siglo que no espera, nace otro que no teme,
 Sus astros han logrado el cielo despoblar.
 Los mundos despojados de añejas ilusiones
 Al seno de las sombras conduce el ciego azar;
 El alma del pasado, que vaga en sus escombros,
 Tus mutilados ángeles precipitando va.
 Ya los clavos del Gólgatha apenas te sostienen,
 La tierra tu sepulcro se niega á soportar.
 Tu gloria murió ¡oh, Cristo! y en nuestras cruces de ébano
 Tu cadáver celeste cayendo en polvo está!

— Permite, pues, ahora el que ese polvo bese
 El hijo más incrédulo de un siglo sin piedad,
 Y que solloze ¡oh, Cristo! sobre esta helada tierra,
 Que vivió de tu muerte y sin tí morirá.

¿Quién ahora ¡oh Dios mío! la volverá á la vida?
 Por remozarla diste tu sangre celestial.

¿Quién hará lo que hiciste? ¿Quién juvenil aliento
 A nosotros, hoy viejos, niños ayer, dará?

Somos tan viejos como el día en que naciste,
 Esperamos lo mismo y hemos perdido más.

Más lívido y más frío en su ataúd inmenso
 De Lázaro el cadáver segunda vez está.

Para abrir nuestras tumbas, ¿dó el Salvador se encuentra?

¿Dó podrá á los romanos San Pablo predicar
 Llevando el pueblo todo prendido á sus harapos?

¿Dónde las catacumbas y el cenáculo están?

¿Con quién ahora camina la aureola de fuego?

¿A qué pies ¡oh perfumes de Magdalena! vais?

¿Dónde en el aire vibran acentos sobrehumanos?

¿Quién de nosotros, quién, en Dios se trocará?

Hállase tan caduca la tierra y abatida,
Y su cabeza agita con tan horrible afán
Cual la hora en que el Bautista apareció en la playa
Y en que la moribunda, á su voz divinal
Súbito estremeciöse, cual la mujer en cinta,
Sintiendo en sus entrañas un mundo palpitar.
Tornaron ya los días de Claudio y de Tiberio;
A todo hoy, como entonces, la muerte el tiempo da,
Y á Saturno le ahoga la sangre de sus hijos.
Mas la esperanza humana comienza á flaquear,
Fatígala el nutrirnos, fatígala el ser madre,
Y ha buscado el reposo en la esterilidad.

LUIS ALFONSO.





CONFLICTO ENTRE DOS DEBERES

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

DE

D. JOSÉ ECHEGARAY,

ESTRENADO EN EL TEATRO ESPAÑOL LA NOCHE DEL 14 DE DICIEMBRE
DE 1882.



El clásico coliseo de la calle del Príncipe, la antigua y restaurada sala del Teatro Español ofrecía, la noche del 14 del corriente mes, un magnífico aspecto. Las damas más elegantes y celebradas de los salones, los escritores, periodistas y poetas más conocidos en los centros literarios, los elegantes y barbilindos más estirados y recompuestos, las celebridades de la banca, las eminencias de la política, todos se habían citado en dicho sitio para dar con su asistencia mayor interés y transcendencia al acto que iba á tener efecto, en aquella hora solemne para las musas y para el arte dramático español.

De algún tiempo á esta parte ha crecido grandemente el interés que siempre despertaron las obras dramáticas. Hubo una época en que esta clase de impresiones quedábase reducida á un determinado círculo de personas, afectas ó consagradas á la literatura, pero actualmente y á impulsos quizá

de la avasalladora influencia del inspirado autor de *El Gran Galeoto*, apenas si hay persona que medio sepa leer y escribir que no eche su cuarto á espadas en el asunto. Y asombra ver y oír ciertas cosas que se oyen y se ven por algunas partes. Quién dice que el drama es bueno, y no le ha visto; quién, que la versificación es correcta, y no sabe en qué consiste la corrección. Aquí afirma uno que Echegaray es *afectista*, allá sostiene otro que no es *humano*.

Este, que concibe bien, pero que no es poeta; aquél, que sabe mucho pero que no enseña nada, y con suma frecuencia los que esto dicen, ni saben lo que es afectismo ni lo que es humanidad, ni lo que son buenas ó malas ideas, porque son incapaces de tener ninguna, ni lo que es aprender, porque no leen un libro en todo el transcurso de su vida.

De todas suertes, dejemos este asunto, que nos aparta de nuestro verdadero camino, y después de hacer constar que el éxito alcanzado por el Sr. Echegaray en su última obra ha sido de los más grandes y ruidosos, tratemos de entrar en materia, que el mismo temor de penetrar en terreno tan resbaladizo nos estimula á salir del mal paso sin perder tiempo, á la manera que ciertas personas cuando pasan por delante de un edificio ruinoso aprietan á correr instintivamente, no sea que por segundo más ó menos se les vengán los paredones encima.

*
**

Raimundo es joven y abogado, pero no cuenta con otro capital que sus risueñas esperanzas. Ama con pasión á Amparo, hija de D. Joaquín de Barrieta, su amigo y protector, y es correspondido por la muchacha, que es modelo de candor y de inocencia.

Raimundo en vista de su pobreza y de la desigualdad de fortuna, que le impide aspirar decorosamente á la mano de la mujer amada, decide irse á América, y Amparo y don Joaquín, que conocen este propósito, no por el propio interesado, sino porque se lo dice D. Prudencio, tío de Raimundo, deploran grandemente esta funesta resolución y es-

tán dispuestos á impedir que se realice. Lógranlo así, en efecto; acuérdase el matrimonio de ambos jóvenes, y Raimundo al ver colmados todos sus deseos, de igual suerte que su prometida, se considera el más feliz de los mortales.

En tal estado las cosas, cuando la felicidad sonríe por todas partes á los moradores de la casa del acaudalado don Joaquín, que por más señas era banquero acreditadísimo, un doméstico anuncia la visita de una señora enlutada. Al llegar aquí, el público presiente que va á ocurrir algo grave, y así es en efecto. Se trata de una compañera de colegio de Amparo, cuyo nombre es Dolores, y viene nada menos que de la Habana, donde su padre fué robado y muerto. La desgraciada huérfana refiere toda su historia. Un hombre entró cierto día en el despacho de la casa y permaneció allí algunos minutos. Después apareció muerto en la habitación el padre de Dolores, banquero también, y el cajero recogió á ésta y á su hermano Baltasar. La cantidad sustraída al difunto, según cálculos aproximados, era de un millón.

Viéndose un día el honrado cajero en peligro de muerte, llamó á Dolores, y entregándole unos papeles, le dijo estas ó parecidas palabras: «El nombre del matador de tu padre se halla en este pliego cerrado. La justicia no ha logrado hasta hoy hacer nada por vosotros. El matador es persona de gran importancia y valimiento; esto dificulta el asunto. Te entrego á tí estos papeles, porque el carácter violento de tu hermano haría imposible la prudencia con que debéis proceder en el caso presente. Júrame que no le dirás nada, y te suplico que no abras el pliego, sino que lo pongas en manos de un buen abogado para que él te manifieste si lo que dice el papel es bastante para perseguir al asesino y recobrar el dinero robado.»

Amparo oye con asombro y amargura las desdichas que refiere su amiga Dolores y hace que Raimundo dé su parecer y se comprometa á defender á Dolores, como abogado.

Entra en aquel instante en la escena D. Joaquín. Amparo le dice cuanto allí acaba de hablarse, anunciándole que Dolores es la hija de su antiguo amigo Gabriel de Medina. D. Joaquín no puede disimular su emoción, y Raimundo,

que ha abierto el pliego que le entregó Dolores como base de su acusación contra el criminal, lee en los funestos papeles el nombre de su protector, del que en breve debía ser su padre.

Aquí aparece el conflicto dramático en toda su desnudez y termina el acto primero.

Al levantarse de nuevo el telón aparece en la escena don Prudencio, tío de Raimundo, en el despacho de éste, modesto, casi pobre.

ESCENA PRIMERA.

PRUDENCIO.

Cuando todo iba tan bien,
cuando la suerte, cansada
de perseguirnos, volvía
hacia nosotros la cara,
y esa boda el porvenir
para siempre aseguraba,
es coincidencia cruel
de Dolores la llegada
con sus tristezas, sus penas
y sus antiguas desgracias.
Y aún el incendio está oculto,
¡pero si estalla!... y estalla,
de fijo, que es imposible
que esta situación extraña
se prolongue por más tiempo.
Dolores le va á la caza
al secreto: y si su hermano,
que, según noticia exacta,
antes que sér racional,
es un tigre de Bengala,
y que hoy, por dicha de todos,
allá, en Madrid, se desbrava,
llega de pronto, y las pruebas
exige, pide y reclama...
¡Yo no sé!... ¡yo me atosigo!...
¡Y sobre todo me espanta
pensar en Raimundo! Aquella
cabeza sublime y vana,
donde han metido los libros

más nieblas y más fantasmas,
y más balumba de frases,
y más golpe de palabras
que caben en los abismos
insondables de la nada,
¿qué proyectos estará
combinando? ¡Virgen santa!
Es preciso prevenir (Con impaciencia.)
antes hoy que no mañana,
algún arranque romántico
de ese chico: y es cachaza
la de D. Joaquín, que ve
cómo el nubarrón avanza,
sin prepararse á luchar,
sin ocuparse de nada;
frío, triste, silencioso,
envuelto en fúnebre calma,
por clásico fatalismo,
ó resignación cristiana.
Amparo todo lo ignora:
mal hecho: si ella no alcanza
de Raimundo lo que es justo,
¿quién sus delirios ataja?
Ella viene... (Mirando á la derecha.)

Yo me lanzo:
después me darán las gracias.
¡Dicen que soy egoísta!
Pues en esta vida humana,
toda realidad y lucha,
y fuerza y á veces maña,
¿no sienta plaza de necio
quien sienta de santo plaza?
Yo soy honrado también,
ninguno á serlo me gana;
pero lo soy á mi modo,
sin calentura romántica:
lo soy al uso y costumbre
entre la gente sensata.
Hombres perfectos no existen,
ni hacen tampoco gran falta.
Y, en fin, no son necesarios,
limitándome á mi casa,
para un cuarto tan pequeño,
ni más santos, ni más santas.
Tenemos uno: Raimundo.

Bien está, con ése basta,
y aun en la ocasión presente
se me antoja que sobraba.

Á fin de hacer más agradable la exposición del argumento, reproducimos también la escena que sigue y algunas otras. De este modo, no sólo vemos con minuciosidad todos los antecedentes de la obra, sino que también nos es más fácil apreciar las bellezas y las incorrecciones de la forma.

ESCENA II.

PRUDENCIO.—AMPARO. (Segunda puerta de la derecha.)

AMP. ¿Y Raimundo, no ha venido todavía?

PRUD. No.

AMP. Bien tarda.

PRUD. Pero ¿cómo deja usted á la enferma? (Señalando á la derecha.)

AMP. Quedan Clara, y Dolores, y mi padre.

PRUD. Pues de seguro la anciana, entre las visitas todas que entretienen su velada, es la de usted, niña mía, la que prefiere. Del alma predilecciones.

AMP. ¡Dios mío, es tan buena!

(Dice esto como distraída y se aproxima al balcón.)

¡Qué enlutada está la noche! ¿Y Raimundo?
(Volviendo al primer término.)
¡Tengo una tristeza! ¡un ansia!
Yo no sé; pero hace días que presiento una desgracia.
¿Por qué no vuelve?
(Mirando otra vez á la calle.)

PRUD.

¡Quién sabe!

AMP.

Pero señor, ¿por qué causa
(Volviendo al proscenio.)

todos á mi alrededor
están tristes? ¿Por qué amargan
de esta manera mis dichas?
¿Usted lo sabe?
(Pequeña pausa: Prudencio queda como indeciso.)

Pues vaya,
si lo sabe dígallo.
PRUD. ¿Pero y si usted se enfadara?
AMP. ¿Luego hay algo?

PRUD. ¿Pero usted
qué nota?

AMP. Pues cosas vagas...
¡no sé qué! ¡mucha tristeza!
mi padre ya ni repara
en mí: digo mal, evita
mi presencia: se me escapa
de entre los brazos, y á veces...
será ilusión... una lágrima
me parece que su mano
seca en la mejilla pálida.
A Raimundo no le veo:
¡dos veces esta semana!
de modo que á tercer turno
su amor me tiene abonada.

Estos dos últimos versos son de un gusto deplorable y el pensamiento es por lo trivial impropio de su autor: pero continuemos la escena, que es de las más interesantes.

Continúa hablando Amparo.

¡Pues Dolores... no se diga!
Vamos, y en ella la causa
se comprende. ¡Mire usted,
esta es otra! ¿Qué le pasa
á Raimundo? ¡Tanto fuego!
¡tanto entusiasmo! ¡tan brava
resolución de luchar
por la justicia!... Apurada
me tiene Lola; y su hermano...
¡qué cartas, señor, qué cartas!
Créame usted, don Prudencio:
¡hay insultos y amenazas!
¡Dos meses desde aquel día!
¡Y Raimundo ni palabra!

¡Lola y Baltasar ya dudan
(Acercándose á D. Prudencio en voz baja y con
angustia.)
de su buena fe!

PRUD.

¡Villana
sospecha!

AMP.

¡Pues ya lo creo!
¡Si conoceré yo el alma
de Raimundo!... ¡Pero ellos!
¿Cómo inspirarle confianza
sin decir: «esto resulta?»
¡Vamos, me dan unas ganas
de llorar!... «El asesino,
»decía ayer una carta
»de Baltasar, si es tan rico
»tiene la causa ganada;
»á no ser, Lola, que sea
»tu abogado tal alhaja
»de saber y rectitud,
»como tu amiga de infancia
»afirma, que podrá ser;
»pero con verlo me basta.»
¡Y así siempre, la ironía
y la cólera alternadas!
¡Mire usted, me dió una angustia
en el pecho... y en la cara,
como si me hubiesen puesto
al ladito de una fragua!
Y me marché muy de prisa,
porque no viese mis lágrimas.
Así no puede seguirse:
¡su reputación... su fama!
Es preciso que se explique...
Bien pensado.

PRUD.

AMP.

Quiero al alma
hablarle.

PRUD.

AMP.

Perfectamente.
Y le exijo que mañana...
¡esta noche!... los papeles...
esas pruebas desdichadas...

PRUD.

¡Buen instinto! ¡Por ahí va! (Con interés.)
Puso usted el dedo en la llaga!
Sin vacilación entregue...

AMP.

PRUD.

¿A quién?

AMP.

A Lola.

- PRUD. ¡Insensata! (Con violencia.)
¡Eso nunca!
- AMP. ¡Don Prudencio!
(Retrocediendo con mucho susto.)
- PRUD. Perdone usted.
- AMP. Pero...
- PRUD. Calma.
Entregarlos, sí.
- AMP. Pues bien...
- PRUD. Y muy de prisa... ¡a las llamas!
(Señalando la chimenea.)
- AMP. ¡Qué dice usted!... ¡Un depósito sagrado!
- PRUD. Que en esas ascuas arderá de igual manera que la cosa más profana.
- AMP. ¿Usted me aconseja?... (Con asombro.)
- PRUD. Sí.
- AMP. ¡Perdió el juicio! (Aparte.)
- PRUD. Ya se alarma. (Aparte.)
Ya dimos el primer paso.
¡Pobre niña! ¡está inmutada!
Propone usted un delirio.
¡Tal crimen!...
- PRUD. Que nos espanta porque ignoramos su origen, y además sus circunstancias.
(Con tono insinuante y confidencial.)
- AMP. ¿Y usted sabe?...
(Acercándose á él con curiosidad.)
- PRUD. ¡Ya lo creo!
Si Raimundo en esta casa para mí no tiene nunca secretos.
- AMP. Pues yo pensaba...
(Con cierta ironía.)
- PRUD. O bien á bien me los cuenta, ó yo con astucia y maña me entero de cuanto ocurre.
Aquella pasión volcánica
(Con intención maliciosa.)
por una niña hechicera,
¿no la supe? (Amparo se sonroja.)
Pues las cartas (Resueltamente.)
he visto.

- así, fuertes... en la caja
(Golpeando el sillón.)
de dos hermosas pistolas
que de limpiar acababa.
¡Más lindas! ¡y más brillantes!...
(Con la ligereza infantil que le es propia.)
¡con más adornos de plata!
- PRUD. ¡Calle usted, Amparo, por Dios!
- AMP. ¡Pues no! ¡Para que aceptara
esas teorías, que usted
tan cabales encontraba!
- PRUD. (Acercándose á ella y hablando con interés y
misterio.)
¿Le quiere mucho?
- AMP. ¿Á mi padre?
- PRUD. ¿Quererle?... ¡Con toda el alma!
Pues quien esas cosas dice...
y las repite... ¡le mata! (Con energía.)
- AMP. ¡Á mi padre!... ¡Don Prudencio!...
(Pequeña pausa. Amparo retrocede con espanto.)
¡Acaso él conoce!... ¡Él ama
(Dice todo esto preparándose para la transición
y vislumbrando la verdad.)
al miserable asesino!...
Es decir... Yo no pensaba
que un hombre como mi padre...
á ese desgraciado... Vaya,
si su estimación merece...
Estaré yo equivocada...
Pero su nombre ¿cuál es?
- PRUD. ¡Valor! (Cogiéndola las manos.)
- AMP. Don Prudencio...
- PRUD. Y calma.
¡Arranque usted á Raimundo
(Al oído y con profunda intención.)
esas pruebas... y á las llamas!
- AMP. ¡Ay, Dios del cielo!... ¡No sé
lo que siento!... ¡Usted me engaña!...
¿Y sabe también mi padre?...
- PRUD. Todo.
- AMP. ¿Y él quiere?...
- PRUD. ¡Le salva
(Con resolución y energía.)
quien destruya esos papeles!
- AMP. ¿Qué dice usted?... ¡Virgen santa!...

¡No es verdad!... ¡Que venga!... ¡Padre!
(Llamando.)

PRUD.

¡Silencio!

AMP.

¡Jesús me valga!

(Cae en el sillón y se tapa el rostro con las ma-
nos sollozando.)

¡No es cierto!... ¡Sí es cierto!... ¡Sí!...

¿Por eso Raimundo...

PRUD.

Basta.

(Mirando con recelo á la derecha por si viene.)

AMP.

¡Me ahogo en llanto!... ¡Padre mío!

¡Aquella mano manchada!...

No importa... Le quiero mucho...

¡Ay, padre!... ¡Padre del alma!

(Rompe á llorar de nuevo.)

En este momento, la lucha toma proporciones gigantescas. Amparo se pone enfrente de su amiga de la infancia, para estar, como es lógico, al lado de su padre. Raimundo no sabe lo que hacer, considerándose criminal no devolviendo los papeles á Dolores, pero sin poder prescindir del amor de Amparo y de su gratitud hacia D. Joaquín.

Raimundo, describiendo sus eternas zozobras, dice:

Astros, globos, soles, mundos,
polvo ruín, tosca materia,
escorias, humo, miseria...
ya por cálculos profundos,
ya por palanca y compás,
todo, todo se ha pesado,
y se dice de este lado
la balanza baja más.
Pero yo quiero saber,
con impaciencia febril,
de esta materia sutil
que llamamos *el deber*,
dónde está el peso mayor,
su etérea balanza en dónde;
y ninguno me responde,
ni la ciencia, ni el honor.
Y en estos tormentos crueles,
siento impulsos en mi sér
de llamar á esa mujer
y entregarle estos papeles.

En buena ley no es mejor
que el honor la gratitud,
y deja de ser virtud
virtud que mancha el honor.

La escena de más extraordinario efecto, á juzgar por los aplausos de la noche del estreno, es la de Raimundo, Amparo y D. Joaquín en este mismo acto. Nos parece por lo tanto oportuno reproducirla:

ESCENA VIII.

RAIMUNDO y D. JOAQUÍN (abrazados). AMPARO, por la derecha, primer término, se detiene un momento al presentarse. Al verla, Raimundo y D. Joaquín se separan. El primero queda á la izquierda, el segundo viene á la derecha. Amparo se acerca á su amante. Todo esto según lo indique el diálogo.

- AMP. ¡Se abrazan! Ah, cielo santo,
(Aparte desde la puerta.)
¡y qué bueno es mi Raimundo!
- RAIM. ¡Ella! (A D. Joaquín.)
- JOAQ. ¡Qué abismo profundo! (Separándose.)
- AMP. ¡Por algo te amaba tanto!
(Acercándose á Raimundo y en voz baja y apasionada. Raimundo la mira con asombro.)
Os he visto desde allí...
Os abrazábais... ¿Por qué?
No lo digas; yo lo sé:
Tú no me engañas á mí.
(Todo esto con mezcla de malicia, de alegría y de ternura.)
¡Qué bueno!... ¡Qué noble!
(Volviéndose á su padre y en voz alta.)
- RAIM. ¡Amparo!
- AMP. Ya sé que le cuesta mucho. (Como antes.)
- RAIM. ¡Si supieras cómo lucho! (En voz alta.)
¡Si lo supieras!
- AMP. ¡Pues claro!
¡Abusar de la confianza
(A su padre, exagerando los méritos de Raimundo.)
que en él pusieron; romper
pruebas que de esa mujer
son en ley!... ¡Ya se me alcanza
que mucho le habrá costado!

Aunque soy niña ligera,
yo discurro á mi manera
y algo también he pensado.

RAIM. No: ¡por nada de este mundo!... (En voz alta.)

AMP. ¡Justo!... ¡Por ningún provecho! (En voz alta.)

Y, sin embargo, lo has hecho: (En voz baja.)
mayor mérito, Raimundo.

Y ahora, hablando en puridad,
(En voz aun más baja, acercándose más á él y
observando si les miran.)

al quebrantar tu honradez...

tan solo por esta vez,
¿por qué ha sido? La verdad.

Dilo... y jura por tu honor;
más... ¡por tu eterna salud!
(Con el tono de niña caprichosa.)

¿Ha sido por gratitud,
ó algo también por amor?

¿Por mi padre ha sido más,
ó por mí también un poco? (Con mimo.)

RAIM. ¿Quieres que me vuelva loco?

AMP. ¡Toma... toma!... ¿No lo estás?

Si adorando á una mujer,
por amor y por ternura,
no se hace alguna locura,
¿para qué sirve el querer?

(Raimundo le coge las manos; quiere decir algo,
declararle la verdad; pero no se resuelve: le
aterra el desengaño de Amparo.)

¡Te extraña!... ¡Tú tienes juicio!

¡Los hombres!... ¡Bah!... ¡Que si quieres!

Nosotras, pobres mujeres,
vivimos del sacrificio.

Triste ley y ley querida,
que por insondable arcano,
es nuestro pan cotidiano,
y es acaso nuestra vida.

Lo que has hecho por papá,
y por tu Amparo tal vez,

una y otra y otra vez
lo hiciera yo. Y ojalá
que la ocasión se presente;

que quiero sufrir por tí
lo que sufriste por mí
y mucho más.

RAIM.

¡Dios clemente!

AMP.

¡Que mi amor es tan profundo!

¡Si el decirlo causa espanto!

¡que te quiero tanto!... ¡Tanto!...

¡Más que á mi padre, Raimundo!

RAIM.

¡Basta! ¡Basta! ¡No por Dios!

AMP.

Como te debe la vida...

(Como explicación de lo que ha dicho.)

en la tuya está fundida...

y en uno, quiero á los dos.

RAIM.

Gozo... ¡Y sufro!... ¡Y me estremezco!

(En voz alta y con desesperación.)

¡Y deliro!... ¡Te lo juro!

Tanto amor, amor tan puro...

¿Tú sabes si lo merezco?

AMP.

¡Y me adora!... ¡Y te salvó!

(Volviéndose á su padre, pero espantada ya del tono de Raimundo.)

¡Y ahora me pregunta á mí!...

RAIM.

¿Pero lo merezco?...

AMP.

Sí.

RAIM.

¡Pues yo te digo que no!

¡Y lo repito mil veces!...

Y tranquilo no he de estar

hasta que te oiga exclamar,

Amparo, que me aborreces!

AMP.

¿Que yo te aborrezca?

(Con asombro creciente y con instintivo terror.)

RAIM.

Sí.

AMP.

¡No comprendo!... (Mirando á todos.)

RAIM.

¡No te asombre!

Nunca te fies de un hombre,

¡y mucho menos de mí!

Cuando acudo á mi conciencia,

encuentro un grotesco arcano,

con pasiones de villano

y levadura de ciencia.

Ni soy traidor, ni leal;

y es que me faltan también

fortaleza para el bien

y apetitos para el mal.

Felices los que el dolor

con alguna fe sanean,

y en algo creen, aunque crean,

én el absurdo mayor.

- AMP. ¿Que tú dudas?
- RAIM. Ya lo dije.
- AMP. ¿Qué pretendes? (Retrocediendo.)
- RAIM. ¡Ya te apartas!...
- AMP. ¡Dar á Dolores las cartas!...
(En voz baja y con terror.)
- RAIM. Son tuyas y las exige.
- AMP. (Retrocediendo hasta encontrar á su padre, pero sin peder de vista á Raimundo. Esto queda encomendado á la actriz.)
- ¿Es cierto lo que le oí, (A su padre.)
que yo, padre, no lo creo?
(Pausa. Raimundo y D. Joaquín permanecen silenciosos y sombríos. Amparo los mira alternativamente.)
- ¡Es cierto!... ¡Sí!... (Pequeña pausa.)
¡Ya lo veo...
en él, Dios mío... y en tí!
(Abrazando á su padre. Nueva pausa.)
- ¡No ha de ser!... ¡ya lo verás!... (A su padre.)
¡Raimundo!...
(Llamándole. Raimundo permanece inmóvil.)
¡No se arrepiente!...
- ¡Pero ese hombre está demente
ó no me quiso jamás!
- JOAQ. ¡Raimundo, por compasión...
apresura tu sentencia!...
- AMP. ¡Ay, padre, cuanta conciencia
y qué poco corazón!
(Pausa. Raimundo cae desplomado en el sillón y apoya la cabeza entre las manos y sobre la mesa. Amparo abraza á su padre. Prudencio, que durante la escena anterior ha vagado de un lado á otro, de una á otra puerta, para destruir la monotomía de una figura inmóvil, se aproxima á D. Joaquín y á su hija.)
- ¡Padre, tus manos!... ¡tu seno!...
Mira, ingrato... si mató (A Raimundo.)
fué porque le provocó
un hombre... ¡pero es muy bueno!
- ¿No es esto lo principal?...
¿De esto es posible que dude?... (A su padre.)
¿Y no le amé cuanto pude?...
¿Pues por qué nos quiere mal?
(En voz baja á su padre.)

- RAIM. pero anoche lloró mucho.
¡Padre!... ¡padre!...
(Con profunda emoción.)
- AMP. De su mano
has recibido la mía;
¡pero, ay triste, que ese día
pasó!
- JOAQ. Y está muy lejano.
- RAIM. ¡No diga usted eso por Dios!
- JOAQ. ¡Basta!... ¡cumple tu deber!
¡Vámonos!... ¡cómo ha de ser!
(Queriendo llevarse á su hija.)
- AMP. ¡Ya no nos quiere á los dos!
- RAIM. (Vencido al fin y llorando.)
¡Que yo á tí!... ¡Dios soberano!
¡Que yo no quiero á tu padre!...
¡Por tí!... ¡por él!
(Tomando una resolución.)
- AMP. ¡Por tu madre!
(Señalando hacia la derecha y suplicando con
suprema angustia.)
- RAIM. ¡Seré traidor y villano!
¿Qué importa? De todos modos
con la masa me confundo,
que en este mísero mundo
alguna vez lo son todos.
¡Sacrificarle!... ¡Jamás!
(Señalando á D. Joaquín.)
¿Por un dudoso deber?...
¿Quién me lo ha de agradecer?
¡Ni aquella mujer quizás!
¡Venid!
(Haciendo que se acerquen: en todos gran an-
siedad.)
¡Con tu mano pura
da vuelta á esa llave ruin!
(A Amparo señalándole una llave que él mismo
coloca en el cajón de la mesa.)
¡Ya está abierta, D. Joaquín!
¡Qué poco la cerradura
me acompaña en mis quimeras!
¡No resistió ni un momento!...
¡Ni se ha hundido el firmamento,
ni han temblado las esferas!
(Abriendo el cajón y sacando los papeles.)

¡Estos son!... ¿Te dan espanto? (Á Amparo.)
 No temas... Nada receles...
 ¡Por unos cuantos papeles
 tanta angustia y tanto llanto!
 (Levantándose con los papeles en la mano.)
 ¡Verás sobre aquel tizón
 (Señalando á la chimenea.)
 qué llamarada rojiza!
 ¡Y después en la ceniza,
 que descubran mi traición!
 Si obro mal, que no lo sé,
 ¿en dónde quedará escrito?
 ¿En el cielo? ¿En lo infinito?
 Pues, ¡á que nadie lo ve!
 ¿Ni en dónde tampoco impresos
 de esa mujer los agravios?
 ¿Será en mi rostro? ¡Tus labios
 los borrarán con tus besos!
 ¡Pretender la perfección!
 ¡Vanidad de vanidades!
 ¡Allá van las voluntades
 donde quiere el corazón!
 (Dirigiéndose á la chimenea.)
 Aquí en silencio profundo,
 con vosotros á mi lado...
 ¿quién sabe lo que ha pasado?
 ¡Pues á las llamas!
 (Hace un movimiento para precipitarse á la chi-
 menea. En este momento es cuando aparece
 Dolores.)

Esta es la escena que más entusiasmo produjo en el público, como antes hemos dicho, la noche del estreno. En el instante en que abriendo el cajón donde se guardan las cartas que atestiguan la deshonra de D. Joaquín, dice Raimundo:

Ni se ha hundido el firmamento,
 ni han temblado las esferas,

algunos espectadores se empeñaron en que se suspendiese la representación para aplaudir al poeta, y lo peor es que lo consiguieron. Rafael Calvo se opuso, en cuanto le fué posible, á esta irreverencia artística, que fué justamente censurada por

los verdaderos amantes del teatro. La verdad es que, interrumpir á un actor en lo más culminante de una escena de grande efecto, hacer salir al autor, repetir de nuevo la escena como un titiritero repite un salto inmortal, y tener, á causa de los aplausos de los unos y de las protestas de los otros, en suspenso la representación algunos minutos, es sencillamente ridículo y además expuesto para el poeta, que nunca escribe las escenas de sus dramas para que el público impaciente las corte por donde se le antoje.

Pero dejando á un lado estos desahogos del público entusiasta, continuemos la descripción del drama. En el momento en que ya Raimundo se ha decidido por su amor y por su conveniencia, y va á poner término al conflicto arrojando al fuego los papeles, aparece Dolores á la escena, y esto detiene sus manos, trémulas y convulsas. La huérfana recuerda sus obligaciones y sus promesas á Raimundo. Este, Amparo y D. Joaquín, forman un grupo á la izquierda del espectador. Dolores sola, desamparada, enfrente de los tres, parece la estatua de la justicia que los confunde y los aterra. Es un hermoso cuadro perfectamente concebido por el autor. En esto se oye una voz que grita «Dolores,» y aparece Baltasar, su hermano, aquel hombre iracundo y violento, cuya presencia hace necesaria la catástrofe. La entrada de Baltasar es de efecto extraordinario. Encuentra á su hermana llorosa, reconoce instintivamente á Raimundo, le echa en cara su traición y le amenaza y escarnece con acento terrible:

BALTASAR. O cumplir su obligación,
ó yo se la haré cumplir.

RAIMUNDO. Ya veremos de qué suerte,
pues quedamos en el mundo.

BALTASAR. A vida ó muerte, Raimundo.

RAIMUNDO. ¡Baltasar, á vida ó muerte!

Cae el telón.

Nos es de todo punto imposible continuar de un modo tan minucioso la descripción del argumento de la obra, porque las proporciones de este artículo van siendo mayores de lo que nos hemos propuesto. Además, nos queda aún la ma-

yor parte del camino, por lo menos la más penosa, y tenemos que resumir en breves palabras el acto tercero.

D. Joaquín explica á Raimundo las circunstancias de su crimen. El banquero Medina preparaba una quiebra fraudulenta, y D. Joaquín le exigió que le devolviese su capital. Fué provocado á la violencia; hubo lucha cuerpo á cuerpo. Medina quedó herido mortalmente y D. Joaquín huyó apoderándose, no de todo su capital, sino de un millón solamente que el banquero había colocado sobre la mesa.

Raimundo continúa sin entregar los papeles, y hasta trata de persuadir con razones á Baltasar. A la altura en que están las cosas no hay avenencia posible, y más dado el carácter rudo de Medina. La escena acaba en un desafío entre ambos, que ni Amparo ni su padre pueden evitar. Baltasar resulta vencido, y arrojando sangre por la herida, con los ojos desencajados, casi exánime, llega á la escena siguiendo á Raimundo, arrastrándose como una serpiente, y le arrebatada del pecho los codiciados papeles. D. Joaquín se suicida en su cuarto. Amparo cae al suelo desmayada, maldiciendo á Raimundo, y Baltasar satisfecho por haber vengado la muerte del autor de sus días, rompe los papeles logrando sostenerse apenas entre los trémulos brazos de su desdichada hermana Dolores.—Así termina el drama.

*
**

Estudiemos ahora todo lo que dentro de él se contiene.

Hay errores que aunque de suyo tienen poca importancia, llegan á adquirirla por las muchas y muy distintas apreciaciones á que dan origen, y esto y no otra cosa es lo que ha sucedido con el título del nuevo drama del Sr. Echegaray. Realmente nada tiene de particular que un autor se equivoque al elegir una entre las infinitas denominaciones que pueden emplearse para distinguir una obra de las demás, pero es el caso que unas veces la cuestión queda reducida á un *lapsus*, que los críticos y la gente reparona consignan, por el simple afán de aparecer bien penetrados del asunto; y otras, como en la ocasión presente, el error tiene más grande trascendencia, y es un arma para la crítica y un blanco que in-

conscientemente ofrece el autor á las censuras de sus enemigos.

¿Qué necesidad tiene el que escribe de que el público adivine su pensamiento desde las primeras escenas?

¿Puede serle favorable esta circunstancia, ó por el contrario, perjudicial y adversa, toda vez que el espectador, aprovechándose del descuido, se erige en filósofo si así lo juzga conveniente, y juzga, no ya la índole de los resortes dramáticos que impulsan y dan movimiento á la obra, sino el carácter y la naturaleza del problema que se trata de plantear y algunas veces de resolver?

El asunto no ofrece dudas de ninguna especie. Es poco hábil por parte del autor dar al enemigo posiciones ventajosas desde las cuales sus tiros pueden ser más certeros. El público que asiste á la representación de un drama que se titula pomposamente *Conflicto entre dos deberes*, exige, con razón ó sin ella, dos circunstancias: primera, que el drama le impresione; segunda, que se plantee y resuelva el conflicto entre esos dos elementos que á son de trompeta se anuncian en los carteles.

Ahora bien; ¿el autor dramático tiene obligación de echar sobre sus hombros tantas y tan pesadas cargas?

Ciertamente que no. El problema filosófico, el pensamiento moral, la verdad histórica, todo aquello, en fin, que enseña y puede influir sobre las costumbres porque tiene en cierto modo carácter docente, está de todo punto separado del fin artístico, no tiene relación con él, es, en suma, materia que en nada modifica y altera las condiciones de una obra, dramáticamente considerada. Al autor no se le puede exigir, en buena ley, más que una cosa: buenos dramas ó buenas comedias. Si en aquéllos ó en éstas encontramos, además, profunda filosofía, interesantes problemas, sana moral, enseñanzas provechosas, serán otras tantas cualidades que vendrán á realzar y hacer más altos y patentes los méritos de la producción dramática; pero por sí misma ninguna de estas condiciones, junta ni separadamente, bastará á ceñir la frente del poeta con los laureles que sólo han de ser debidos á su propia inspiración.

El drama del Sr. Echegaray es bueno, excelente, en nuestra humilde opinión, y por lo mismo lamentamos con mayor motivo, que en vez de concretarse á la tarea, siempre ardua, de escribir para el teatro, se deje seducir con frecuencia por el brillo de tesis y problemas del orden moral, que no tienen relación directa con los fines puramente artísticos á que debe sujetar su poderosa inteligencia. Si la última obra, á cuyo estreno hemos asistido en el Teatro Español, se titulase, por ejemplo, *Raimundo*, el nombre de su protagonista, algo que nada significase ni diese á entender, bajo el punto de vista filosófico, seguros estamos de que la sorpresa del público hubiese sido mayor, y de que nadie, por razón de sus ideas ó de sus principios morales y metafísicos, hubiese discutido el derecho que asiste al protagonista de la obra á dudar y á perderse en un abismo de zozobras. Pero de esto á encarnar en un personaje problemas que sólo pueden serlo para él, y achacar á deficiencia de la ley moral lo que sólo es imperfección de un individuo, existe gran diferencia, y hé aquí el error á que se exponía el poeta presentando como ley, como tesis, como teoría, lo que en un caso concreto, individual, único, es perfectamente lógico, y lo que es más, altamente dramático.

Aun se comprende, sin embargo, que el Sr. Echegaray se hubiese enamorado del conflicto que sirve de base y fundamento á su obra, si hubiera encontrado forma apropiada y hábil de resolverlo con arreglo á las leyes del arte y de una elevada y profunda filosofía; pero desgraciadamente no es así. El drama termina con las catástrofes que eran de esperar, y que realmente son necesarias para el desenlace de la obra; pero la solución de un problema no la pueden dar los difuntos, y cuando cae majestuosamente el telón al finalizar el último acto, no queda nadie sobre la escena cuyo ánimo se encuentre en condiciones de perseguir ideales científicos.

El público, pues, despide el duelo en el teatro y se va á su casa sin haber resuelto lo que tanto le ha preocupado en el transcurso de la representación.

Mas una vez que conocemos el asunto que ha servido al autor para escribir el drama, nos es de todo punto indispen-

sable formular la siguiente pregunta: ¿Existe ó no existe el conflicto de donde arranca y dimana la intriga dramática?

La cuestión no se resuelve tan fácilmente como algunos distinguidos críticos han supuesto. En primer término, será preciso averiguar sobre qué espíritu recae la lucha y á qué orden de ideas propende este mismo espíritu por temperamento, educación y principios de escuela. Las cosas caen del lado á que se inclinan, y mal podemos comprender cómo luchan allá en lo íntimo de la conciencia humana, dos principios, dos deberes distintos y aun contrapuestos, si antes no sondeamos el carácter, la fisonomía especial que por virtud de sus sentimientos, de sus aspiraciones, de sus ideales, imprime á sus actos, el sér moral, el hombre que, poseído de la diversidad de los afectos, de la contraposición y choque de las ideas, nos ha de dar la solución del conflicto.

El problema estriba pura y simplemente en ser más agradecido que honrado, ó más honrado que agradecido, y la demostración de este aserto no puede ser más fácil, presentando con claridad los dos extremos que abraza ó comprende. Prescindiendo de la definición de la palabra «honra» hecha por la Academia, vaga y nebulosa, como todas las suyas, ¿no entendemos por tal, los que sin ser de la Academia recurrimos infructuosamente á sus libros, el cumplimiento de aquellas obligaciones sin las cuales ningún hombre es digno del aprecio y estimación de los demás?

Pues bien; suponiendo que la honra es algo sustancial, elemental, fundamental, que no puede faltar á ningún hombre que se pasea impunemente por la calle, pregunto yo: ¿Es justo comprender en el mismo caso el agradecimiento?

En mi humilde juicio, todos los hombres nos avergonzamos de estrechar la mano de otro que falta á la honra, que no es honrado; pero no sentimos igual repugnancia tratándose de aquel que es simplemente un desagradecido.

¿Qué quiere decir esto? Pues no es difícil la contestación. Quiere decir que en la *honra* es todo imprescindible, absolutamente indispensable para la conciencia humana, mientras que el agradecimiento es cualidad, es virtud que exige

ya un grado de más alta perfección en el espíritu. El mismo vulgo, con esa admirable intuición que le caracteriza, lo demuestra así cuando dice: «El que no es agradecido no es bien nacido.» Esto es, el que no agradece no prueba que es un criminal; demuestra solamente que su espíritu, su educación, sus móviles son mezquinos y estrechos.

Pues bien, amabilísimo y pacientísimo lector; suponiendo que estos ergos y distingos contribuyan, como nos prometemos, á esclarecer el asunto, estudiemos la esfera de acción dentro de la cual se agita Raimundo, el protagonista del drama *Conflicto entre dos deberes*.

¿Qué vínculos le ligan á D. Joaquín, su protector? Vínculos de egoísmo, puesto que va á casarse con su hija, buscando así la felicidad, y vínculos de gratitud, toda vez que debe al banquero continuos y muy señalados favores. Del interés y del amor es necesario hacer caso omiso tratándose de un problema moral, de suerte que Raimundo, al examinar su propia conciencia, sólo se encuentra ligado á D. Joaquín por dulces lazos de gratitud.

Ahora bien: ¿qué compromiso ha contraído para con Dolores, la desdichada huérfana, la víctima de aquel crimen en mal hora cometido por D. Joaquín?

El compromiso de ampararla y de defenderla y de reivindicar sus derechos como abogado, empeñando así su palabra de hombre y de caballero.

¿Qué es lo que le impide cumplir su promesa y defender los derechos de Dolores, injustamente conculcados?

La espantosa certidumbre de que el hombre á quien se trata de perseguir es el hombre al que debe obediencia, respeto y cariño filial.

Hasta aquí el problema no es tal problema; los campos aparecen perfectamente deslindados. Raimundo no puede ni debe defender á Dolores como abogado, pues habiendo otros muchos que pueden hacerlo, fuera cobarde villanía de su parte emplear la fuerza de su palabra, los recursos de su ingenio, en procurar á todo trance la condenación y la deshonra del hombre á quien debe cariño y protección. Raimundo, ó tiene que abstenerse de toda intervención en

el asunto, ó debe presentarse al tribunal como defensor de D. Joaquín, lo cual es todavía más lógico.

Pero ¿es justo, es moral, es honrado que se niegue á devolver á su legítimo dueño el sagrado depósito que se le confió, haciendo así imposible la reivindicación de todo derecho por parte de Dolores y su hermano Baltasar?

Para un hombre de honor, para un hombre de conciencia, para un alma noble y generosa, para un espíritu que crea que justicia y deber no son nombres huecos y vacíos de sentido, para un espíritu que crea en la necesidad de ajustar sus actos á una ley moral, inmutable y eterna, aquí no hay conflicto ni lo puede haber. ¿Es religioso y creyente? Pues entonces pensará que Dios tiene reservadas al hombre pruebas terribles para hacerle expiar sus culpas, y que algunos caen bajo el peso de esta ley con menos motivo que su amigo y protector. ¿Es libre-pensador y cree en esa religión sin culto y sin altar que rige los actos de la conciencia humana? En este caso su conciencia le recordará que los hombres han nacido para fundirse en una llama de caridad y de amor, que todos son hermanos y que el que hunde su puñal en el pecho de un semejante es criminal, aunque después se arrepienta y llore, que no basta llorar y arrepentirse si las lágrimas no son tan copiosas y el arrepentimiento tan grande que basten á borrar la culpa.

Esto no ofrece dificultades de ninguna especie. Un hombre que ha formado sus ideas, y bien impulsado por la fe religiosa, bien sometido á un principio de moral permanente, tiene sentimientos profundos, convicciones sólidas y arraigadas, es dueño, en suma, de su voluntad, sabe dominarse, vencerse, sacrificarse ante el deber, tiene perfectamente marcado el camino que ha de seguir si las circunstancias lo colocasen en situación igual ó parecida á la del héroe del último drama del Sr. Echegaray. El agradecimiento, la consecuencia, el afecto, no son ni deben ser nunca razones bastante poderosas, tratándose de un espíritu justo y fuerte á la vez, para prescindir de ciertos respetos, de ciertos principios, de ciertos actos que en ocasiones críticas y solemnes enaltecen la dignidad humana. La amistad no obliga ni puede obligar

á nadie á olvidar su propio honor, á manifestarse sordo á la voz de la justicia, al imperioso grito de la conciencia. Ser justo, recto, generoso sobre un camino de flores, sin pesares, sin amarguras, sin lucha, sin tener que ocultar en lo más profundo del alma ningún dulce afecto, ninguna aspiración legítima, sin hacer, en suma, nada que tenga apariencias de sacrificio, es cosa llana y corriente, que estamos viendo todos los días. Para conseguir tal resultado, para formar hombres de semejante especie, no necesita la humanidad hacer tantos y tan tremendos esfuerzos como registra la historia de todos los pueblos antiguos y modernos. Si la virtud sólo ha de cumplirse, si la dignidad humana no ha de quedar á salvo más que cuando no se susciten serios obstáculos á su realización, ¿para qué la austeridad de tanto filósofo, la sangre de tanto mártir, la sublime abnegación de tanto ilustre patricio?

Cuando, por el contrario, se trate de un hombre que no siente el grito de la conciencia, de un espíritu sin fe, desprovisto de todo sentimiento religioso indiferente á toda ley moral, poseído de ese afán individualista, que exagerado puede conducirnos á las más terribles conclusiones, tampoco será conflicto el que el Sr. Echegaray nos presenta en su nuevo drama. A falta de otra voz más imperiosa, la única que puede resonar en el alma de un hombre de estas condiciones, es la voz de su egoísmo, y aconsejado, estimulado por ella, puesto que en sus manos tiene su propia felicidad, hará desaparecer todo cuanto se oponga al logro de sus aspiraciones.

El mismo Sr. Echegaray, no vacilamos en decirlo, está de perfecto acuerdo con nosotros en este punto. ¿Acaso en su mismo drama no se dibuja de un modo inimitable la real y positiva personalidad de D. Prudencio? ¿Vacila éste un momento? ¿Existe semejante conflicto para él?

Ciertamente que no. Y sin embargo D. Prudencio no es un sér abyecto y criminal. Es un ciudadano pacífico como tantos otros, sin pretensiones de regenerar el mundo, amable, atento, cortés, deseoso de hacer el bien, siempre que sus intereses no se perjudiquen por esta causa; dulce en sus palabras, respetuoso en sus modales, un hombre sensato, en

fin, lo que ordinaria y comunmente se llama una buena persona, un apreciable sujeto. Su filosofía es muy fácil de aprender, y es la que generalmente impera en el vulgo, entre un inmenso núcleo de gentes superficiales que consideran que el ser caballero consiste en no ser hijo de ningún albañil y llevar guantes, y el ser persona decente en haber leído tal cual *Manual de buena educación* y no decir *Voltaire* por *Volter*, ni mascar á dos carrillos, cuando los convidan á la mesa.

D. Prudencio no comprende los remilgos y vacilaciones de Raimundo, y es un tipo mucho mejor definido y más diestramente dibujado que éste.

Su modo de argumentar es perfectamente humano. Hay que fijarse en que se trata de un muerto y de un millón. Al primero es imposible devolverle la vida; el segundo no puede ser fruto del robo. Cuando el banquero se apoderó de aquella cantidad sus razones tendría para ello. Así piensa D. Prudencio, y por ende no cree dejar de ser hombre honrado, procurando con insistencia la inmediata desaparición de los papeles de que se trata.

Bueno ó malo, criminal ó discreto, como se quiera calificar este modo de ver, tras de estas afirmaciones egoístas se ve siempre un hombre, y ¿puede decirse otro tanto del héroe, del protagonista, del personaje que podemos considerar como el eje sobre que gira toda la acción dramática?

Raimundo es, en medio de todas sus declamaciones, y á pesar de todos sus arranques de filósofo y de todas sus protestas de alma fuerte con puntas y ribetes de caballescaca y romántica, un pobre hombre, un hombre vulgar, acaso todavía menos que un hombre vulgar, pues éstos saben casi siempre lo que dicen y piensan, y el héroe de nuestro drama, ni logra explicarse sus impresiones, en oposición las unas con las otras, ni acierta á formular con sus palabras la actitud que ha de tomar dentro del círculo en que se mueve, dentro de la esfera de acción en que se agita.

Si es que el Sr. Echegaray se ha propuesto encarnar en él la duda, el espíritu frío y tenebroso que nace de la falta de ideales, de la falta de fe, de la ausencia de toda convicción, de todo principio permanente, ha logrado su objeto. Pero de

ser así, seamos justos é imparciales antes que nada, ¿cómo es posible que se acepte la existencia de un conflicto moral, allí donde sólo se encuentra un espíritu vacilante é imperfecto? Para ciertas naturalezas mal definidas por su temperamento, por su educación y por otras muchas causas, que concurren al mismo fin, todo es, ó puede ser conflicto. En el mundo encontramos á cada paso hombres que han leído sin formar convicciones, que han hablado sin persuadir á nadie, que han escrito sin que sus libros se lean, que militan en un partido como podrían hacerlo en otro, que aman á una mujer sin sacrificarse por ella, naturalezas híbridas que tanto se inclinan al bien porque realmente no han nacido para el mal, como al seductor egoísmo que les ofrece un porvenir cómodo y una existencia libre de peligros. Para hombres de esta especie, dicho se está que no se plantean conflictos en el teatro, por más que ellos sean un conflicto viviente, que no interesa ni puede interesar á nadie. No es por lo tanto admisible que el Sr. Echegaray haya pretendido hacer su Raimundo de barro tan quebradizo y de tan mísera condición; más verosímil nos parece que haya imaginado, allá en los luminosos antros de su privilegiado cerebro, un joven de esos que tanto abundan por los centros científicos y literarios de la corte; un filósofo que duda de todo, ó lo que viene á ser lo mismo, que no sabe nada, y que á fuerza de estudiar á unos y otros autores, se ha quedado sin creer en ninguno, ó por lo menos concede su preferencia á los que no han logrado definir claramente sus doctrinas. Con esta confusión de ideas, un corazón entusiasta, tal cual idea religiosa adormecida, pero no muerta, unos amores de por medio, y una fácil y tornadiza oratoria, hay bastante para volverse loco, cuanto más para producir conflictos de mayor ó de menor cuantía, según las circunstancias. Y no debemos andar muy descaminados al pintar así á nuestro héroe, cuando D. Prudencio, que no es rana ciertamente, dice, ocupándose del mismo asunto:

Yo no sé, yo me atosigo
y sobre todo me espanta
pensar en Raimundo. Aquella

cabeza sublime y vana,
donde han metido los libros
más nieblas y más fantasmas,
y más balumba de frases,
y más golpe de palabras
que caben en los abismos
insondables de la nada.

Bien mirada la cuestión, no tiene vuelta de hoja. Raimundo podrá ser un sabio, un alma fuerte, un espíritu noble y generoso, un dechado, en fin, de virtudes y de sublimes cualidades, pero en el drama, ante el conflicto, con sus dudas, sus lamentos, sus tristezas, sus vacilaciones, sus arranques de energía, sus desfallecimientos continuos, sin hacer nada, sin resolver nada, desandando lo andado, volviendo á recuperar el terreno perdido para volver de nuevo sobre sus pasos, abrazando al uno, amenazando al otro, sin contentar por último á nadie, no es sabio, ni fuerte, ni justo, ni prudente, ni siquiera hombre formal.

Volvemos á repetirlo, allí no hay conflicto ni lo puede haber. El conflicto lo lleva dentro el personaje. De nada sirve que las leyes morales estén claras, patentes, salten á la vista y hieran nuestros ojos con su luz como los potentes y abrasadores rayos del sol, si el espíritu es cobarde para luchar y torpe para vencer.

¿Se cree Raimundo más obligado á satisfacer su egoísmo, su amor y su gratitud, que su palabra de caballero, que su deuda para con los hijos de D. Gabriel de Medina?

Al fuego los papeles.

¿Siente, por el contrario, que la voz de su conciencia le dice que entregue aquellos documentos á su legítimo poseedor, para no abusar indignamente de su confianza? Hágalo así. En uno y otro caso le queda el derecho de defender como hombre y como abogado á D. Joaquín su protector, su amigo, su padre, si como tal quiere considerarlo.

Es un camino que se bifurca y forma dos senderos diferentes. ¿Cuál será mejor, el de la derecha ó el de la izquierda?

¿Qué es lo que se necesita para preferir el uno al otro?

La única cosa que le falta al acongojado Raimundo: tener

un temperamento definido; ser bueno ó malo; moral ó egoísta; santo ó criminal; víctima ó verdugo. ¿Dónde está, pues, el problema? ¿en las leyes morales ó en el personaje del drama?

¿Qué culpa tienen las filosofías, las religiones y las sociedades de que algunas veces en la vida, en ocasiones solemnes, necesiten los hombres resolverse á saber lo que son?

Este es el único conflicto que existe en el nuevo drama del Sr. Echegaray.

Por otra parte, no es preciso esforzarse mucho para conocer cuál es la verdadera solución del mal llamado conflicto. El mismo Sr. Echegaray conviene con nuestro juicio cuando pone en boca de Raimundo la siguiente redondilla:

En buena ley, no es mejor
que el honor la gratitud
y deja de ser virtud
virtud que mancha el honor.

.....

Pero es el caso que, á pesar de cuanto acabamos de decir, la obra ha sido aplaudida, y á nuestro juicio con razón, porque en último término los dramas no son problemas, y el público, juzgando por impresión como debe hacerlo, ha visto agitarse en la escena un oleaje de pasiones que han despertado en su alma un conjunto indefinible de afectos. El drama hace sentir, produce verdadera emoción, tiene al espectador pendiente de las palabras de los personajes que intervienen en la acción; los aplaude, los siente, se compenetra con ellos, sigue con interés hasta sus ademanes más inocentes; luego el drama es bueno, luego el filósofo, el moralista, podrán ser discutidos; el autor dramático flota y sobrenada por cima de estos mares profundos en que se abisman los que buscan por medios diferentes las leyes que rigen al espíritu y el molde en que han de vaciarse sus acciones.

El público no descende, ni tiene por qué descender á cierto orden de ideas para juzgar una creación artística. Es bella, conmueve su sér, le emociona; pues ¿á qué conduce saber más, si el arte cumple su destino, sin extender su acción á otras esferas?

Raimundo para el filósofo, para el moralista, será, como antes hemos dicho, un desdichado, un hombre imperfecto que no tiene cabal idea de las cosas; pero para el espectador imparcial, que ni siquiera sabe que el drama se titula *Conflicto entre dos deberes*, es un hombre que lucha con su amor, con su amistad, con su interés y con su hidalguía, queriendo armonizarlo todo, como si esto fuera posible; y al verlo enamorado unas veces, agradecido otras, dispuesto, aunque momentáneamente, á todo, animoso cuando se cree herido en su orgullo, enérgico y elocuente al expresar sus pasiones, sus dudas y su desesperación, como todo esto ofrece una serie de contrastes genuinamente artísticos, y el autor maneja con habilidad suma los resortes de la intriga, el espectador, repetimos, se siente preso por las garras del león, y echando á un lado repulgos de teólogo y al otro resabios de egoísta, aplaude los rasgos más salientes del *Conflicto* y perdona con generosidad inverosimilitudes y extravíos.

Prescindiendo de toda lucubración filosófica, concretándonos á lo que son obras dramáticas y teatro, es forzoso reconocer que si no se trata de un verdadero conflicto moral, resalta, al fin y al cabo, una situación apurada y crítica. Los afectos tienen que reñir ruda batalla con los deberes; es necesario prescindir del amor y de la gratitud para acercarse á donde imperiosamente llama una obligación en mal hora contraída. Hay, pues, asunto, y muy interesante por cierto, en manos de ingenio tan privilegiado como el del Sr. Echegaray, para escribir un buen drama.

Y éste, en efecto, ha resultado digno de su autor. El primer acto es modelo de sencillez y naturalidad. En breves momentos se descubre la historia de tres familias y se dibujan con notable exactitud cinco caracteres, los más importantes, los que han de intervenir casi de continuo en la acción dramática. El acto segundo es admirable por el vigor y la grandeza de las situaciones. Los efectos se suceden con pasmosa rapidez, y el espectador apenas tiene tiempo de darse cuenta de las múltiples emociones que asaltan su espíritu. El final de este acto es objeto de general entusiasmo. Después, en el transcurso del acto último, el público se reacciona, y ¿por

qué no decir la verdad? se enfría, aunque en realidad, el autor, con muy escasa diferencia, se mantiene á la misma altura.

¿Cómo se explica este fenómeno? En puridad es difícil la contestación, porque hay algo misterioso, indefinible en el ánimo del público, que la mirada más experta, la atención más sutil no puede penetrar. Pero nosotros, no á modo de conclusión, sino á título de presentimiento, simplemente para buscar la clave de este enigma, nos atreveríamos á consignar algunas causas.

En primer término la dificultad propia de todo desenlace, y más si se trata de obras de este género. En tanto que el autor se concreta á dar colorido y viveza á las pasiones, su misión es relativamente fácil; pero cuando llega el momento de poner las cosas en orden (si vale la frase), de dejar á cada personaje en el lugar que le pertenece, de recoger todos y cada uno de los innumerables hilos que constituyen la madeja, la cuestión varía grandemente de aspecto. De aquí que con igual ó mayor cantidad de fuerza, el impulso no resulte tan vigoroso como en otras circunstancias.

No ha faltado quien haga observar que las primeras escenas del acto tercero son un tanto lánguidas y que la catástrofe se precipita sin la debida preparación, resultando brusco el contraste entre las primeras y las últimas situaciones, ni tampoco quien niegue la necesidad del duelo entre Raimundo y Baltasar, en el que este último resulta vencido; pero sea como fuere, estos son pormenores de crítica á los que no queremos descender, porque en último término, ¿quién sabe si desprovisto el drama de ciertos toques de sensación, hubiese resultado frío y de mal efecto en su desenlace?

Conviene sí consignar, por ser asunto en que interviene la lógica, que D. Joaquín tarda mucho tiempo en dar sus explicaciones á Raimundo, y que la escena que hay entre ambos en el acto tercero, en la que el banquero justifica en parte su proceder con Medina, debió tener efecto en el acto segundo. No creemos tampoco que gane nada la obra con el diálogo de los dos amantes en el acto último.

El donaire y la ligereza de carácter que hacen tan simpática la figura de Amparo, en los comienzos de la obra, resul-

tan aquí impropios y faltos de naturalidad. Aquella niña pensando irse á gozar de la luna de miel á Italia, ante el horroroso espectáculo que se ofrece en su hogar, no resulta inocente, sino sandia. Pero prescindiendo de estos ligeros, ligerísimos lunares, á los que, repetimos nuevamente, no damos importancia, la obra es bellísima, el asunto interesante, el vigor y la grandeza de las situaciones extraordinarios.

¡Lástima que, como padre de Raimundo, ente débil, apocado, irresoluto hasta la abyección, no pueda enorgullecerse el Sr. Echegaray de haber lanzado al mundo de la escena un hombre, un carácter, un héroe romancesco, cuyos arranques entusiasmen, cuyas desgracias acongojen, cuya suerte interese vivamente, sino un pobre muchacho, sin criterio fijo, sin creencias, sin principios, sin oriente en las cuestiones más elementales de la vida!

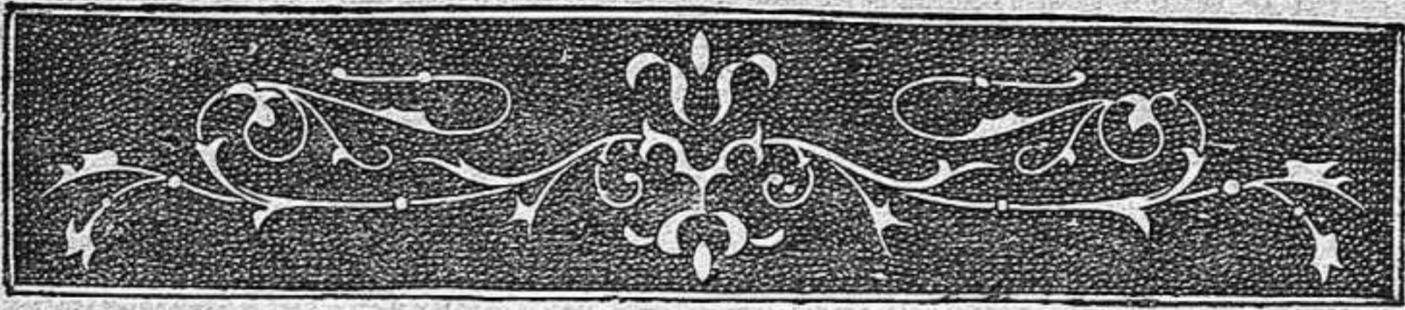
Hé ahí el principal defecto del drama; el pecado original de la última producción del matemático-poeta. Por eso el público no llega á sentirse arrastrado siempre en pos de las angustias del protagonista: la vacilación, la incertidumbre por factores de conducta y el pusilánime lacrimero por solución heroica, no fueron nunca elementos dramáticos capaces de conmover ó arrebatarse.

Bajo el punto de vista de la forma, es de sentir la incorrección y la desigualdad de los versos, alguno de los cuales son tan defectuosos y mal sonantes que oscurecen en parte las bellezas y los profundos pensamientos que encierran.

Deploramos que siendo esta una obra que, dramáticamente considerada, represente progresos en su autor, por la sencillez y la naturalidad con que se desarrolla el asunto, sobre todo en los dos primeros actos, no haya sido escrita con mayor detenimiento. Mas, prescindiendo ahora de todas estas consideraciones que en buena ley no podíamos omitir, nos felicitamos grandemente de que el Sr. Echegaray continúe recogiendo los aplausos que le tributa el público que acude al Teatro Español.

Nada más digno de elogio que hacer justicia al verdadero talento.

AUGUSTO CHARRO-HIDALGO.



HUMO

POR

J. TOURGUENEFF (1)



A sangre se le subió á Litvinof á la cabeza, y después poco á poco fué bajando á su corazón, donde cayó cual si fuera plomo candente. Volvió á leer la carta de Irene, y como anteriormente en Moscou, se arrojó sobre un diván. Un abismo sombrío le rodeaba y le contemplaba con un espanto estúpido. Era de nuevo juguete de un engaño y de una deslealtad. Su vida quedaba destruída, resultando todo desvanecido hasta en sus raíces, y la única rama que se había salvado se rompía en mil pedazos. «Ven con nosotros á San Petersburgo—repetía con sonrisa sardónica.—Allí te buscaremos una ocupación.» ¿Querrá convertirme en ayuda de cámara? ¿Qué quiere decir esto? Hay en ello algo misterioso y anómalo que desconozco, que Irene querría borrar, y hasta arrojarlo al fuego. ¡Así es este mundo de intrigas, de relaciones secretas; ese mundo de los Belsky y de los Dolsky! ¡Qué porvenir, qué magnífico papel me espera! Vivir cerca de ella, visitarla, participar de la corrompida melancolía de

(1) Véase la pág. 217 de este tomo.

la señora de moda, harta del mundo y que, á pesar de eso, no puede vivir sin él; ser el amigo de la casa y, naturalmente, del General... hasta que pase el capricho, hasta que el plebeyo pierda lo que pueda en él agradar, y le reemplace el grueso General ó Mr. Tinikof. ¿Es esto posible, agradable ni honroso? ¿Pues no habla de utilizar mis condiciones? Pero el proyecto dice que es fantástico...» Agitaban el alma de Litvinof movimientos diversos y violentos, semejantes á las ráfagas que preceden á la tempestad. Cada concepto de la carta de Irene aumentaba su cólera; sobre todo le molestaban las seguridades que daba sobre lo invariable de sus sentimientos. «Esto no puede quedar así—exclamó por fin;—no consentiré que con tanta crueldad se disponga de mi vida.»

Litvinof se puso de pronto en pie y cogió su sombrero. Pero, ¿qué iba á hacer? ¿Ir á casa de Irene? ¿Contestar á su carta? Se detuvo y dejó caer sus brazos. Sí; ¿qué era lo que iba á hacer?

¿No la había propuesto él mismo aquella disyuntiva fatal? ¿No se fijó en lo que ella quiso? Faltaba á su palabra, después de ser ella misma quien se brindó á abandonarlo todo y á seguirle; pero no ponía en duda su falta, se calificaba de mujer débil, no quería engañarle, pero se engañó á sí propia. ¿Qué podía contestarse á esto? Por lo menos no buscaba salidas; era franca hasta el punto de ser cruel. Nada la obligaba á explicarse tan pronto; le podía haber entretenido con promesas, é ir ganando tiempo, hasta el día de su marcha con su marido para Italia. Pero había amargado su vida, ó más bien dos vidas. Sin embargo, con respecto á Tatiana, no era ella la culpable, sino él, él sólo, y no cabía que rechazara la responsabilidad de su falta, que le tenía abrumado. Todo esto era cierto; pero ¿qué le quedaba que hacer?

Se arrojó de nuevo sobre una butaca, y sombríos y silenciosos, sin dejar rastro alguno, pero con vertiginosa rapidez, siguieron pasando los instantes.

«¿Y si por lo menos la creyese? dijo para sí de pronto. Me ama; ¿no hay algo inevitable, indomable cual una ley de la naturaleza, en esta inclinación, en esta pasión que por tantos años se ha conservado para estallar un día con tanta

violencia? Vivir en San Petersburgo... No sería yo el primero que se hallase en esta situación. ¿Á dónde me habría ido con ella?» Se puso á pensar; Irene se le representó en su imaginación tal como su recuerdo se le quedó grabado en sus últimas entrevistas; pero no duró esto mucho tiempo; volvió en sí, rechazó con doble cólera estos recuerdos y aquella imagen seductora. «Me presentas, dijo, una copa de oro, pero encierra un veneno, y tus blancas alas están salpicadas de lodo... ¡Déjame! ¡Quedarme aquí contigo, cuando he... despedido á mi novia... sería por demás infame!» Se retorció las manos, y otro semblante, con el sello del dolor en sus facciones, con mudo reproche en una mirada de despedida, surgió de pronto...

Por mucho tiempo continuó Litvinof molestando de esta suerte su pensamiento; por largo rato sus ardientes ideas siguieron agitándose como se agita un enfermo en el lecho. Se tranquilizó, por fin, adoptando una resolución que desde el primer instante se le había ocurrido, si bien como un punto apenas perceptible en medio del torbellino y las tinieblas de su lucha interior, y luego poco á poco fué tomando cuerpo, apoderándose de él, y acabó por fijarse friamente como una hoja de acero sobre su corazón.

Litvinof sacó su maleta del rincón donde la había puesto, empaquetó todos sus enseres, sin apresurarse y hasta con cierto orden; llamó al mozo, pagó la cuenta y envió á Irene una carta en ruso que decía como sigue:

«Ignoro si sois hoy más culpable conmigo que en otra época pasada, pero sé que este golpe es mucho más violento... Este es el fin. Me decís: no puedo; de igual suerte os digo: no puedo... Haced lo que queráis; ni puedo, ni quiero. No me contestéis. No sois capaz de darme la única respuesta que aceptaría. Me marcho mañana temprano en el primer tren. Adiós, sed feliz. Es probable que no nos veamos más.»

Litvinof no salió en todo el día de su casa. ¿Esperaba quizás alguna cosa? ¡Dios lo sabe! Á eso de las siete, una señora, cubierta con una mantilla negra, se acercó por dos veces á la puerta del hotel. Después de apartarse un poco y de observar, hizo de pronto una seña decisiva con la mano y

se dirigió resueltamente por tercera vez hacia la puerta.

—¿Á dónde vais, Irene?—dijo una voz con ahogo.

Se volvió súbitamente... Potoughine venía siguiendo sus pasos. Se detuvo, reflexionó un instante, fué hacia él, le cogió por la mano y le llevó consigo.

—Llevadme, llevadme—dijo Irene con gran agitación.

—¿Qué tenéis, Irene?

—Llevadme—repitió ésta con creciente energía,—si no queréis que me quede ahí para siempre.

Potoughine inclinó humildemente la cabeza y ambos se alejaron.

Al día siguiente por la mañana, muy temprano, estaba Litvinof á punto de ponerse en camino, cuando Potoughine entró en su cuarto. Se acercó á él y le dió la mano sin decir una palabra. Litvinof callaba también. Ambos tenían aspecto de estar violentos, y en vano se esforzaban por sonreír.

—He venido á despediros, deseándoos feliz viaje—dijo por fin Potoughine.

—¿Y cómo sabéis que me marchó hoy?—preguntó Litvinof.

Potoughine miró al suelo...

—Ya veis que lo sabía. La última conversación que tuvimos acabó por tomar un derrotero tan raro... No he querido dejaros marchar sin expresaros la sinceridad de la simpatía que os profeso.

—Ahora... cuando me voy... ¿tenéis por mí simpatía?

Potoughine miró á Litvinof con tristeza.

—¡Ah! Gregorio, Gregorio—dijo dando un gran suspiro,—ya no se trata entre nosotros de acudir á argucias ni á reticencias. Me parece que conocéis poco nuestra literatura nacional, y no habéis leído á Vaska Bouslaéf.

—¿Á quién?

—Á Vaska Bouslaéf, el valeroso Novogorodiense... en la crónica de Kircha Danilof.

—¿Quién es ese Bouslaéf?—dijo Litvinof un poco desconcertado por el giro que tomaba la conversación.—No sé.

—Lo mismo da. Hé aquí hacia lo que quería yo llamar vuestra atención. Vaska Bouslaéf, después de haber arrastra-

do á los Novogorodienses á que realizaran una peregrinación á Jerusalén, y después de haberse bañado con gran escándalo de aquéllos en el santo río Jordán, Vaska Bouslaéf se sube al Monte Thabor, pues en la cima de éste se halla una peña que las gentes de todas las naciones han intentado en vano derribar. Vaska quiere á su vez intentarlo. Al ir allá se encuentra con la cabeza de un muerto; la empuja con el pie. La cabeza le dice: «¿Por qué me empujas? He sabido vivir y sé rodar por el polvo; lo mismo te ocurrirá á tí.» Y con efecto, Vaska toma carrera, y casi había llegado á la roca, cuando enganchándosele un pie se rompe la cabeza. Debo aquí hacer notar á mis amigos los eslavófilos, que se hallan muy inclinados á dar con el pie á las cabezas de muertos y á las naciones «podridas,» que les convendría meditar esta leyenda.

—¿Pero á qué conduce todo esto?—interrumpió Litvinof impaciente.—Ya es hora de que me vaya, perdonadme...

—Con esto quiero deciros—contestó Potoughine, y sus ojos brillaron expresando benevolencia y amistad, de lo que Litvinof le creía poco capaz—que no habéis rechazado la cabeza de muerto, y que por lo mismo, en recompensa, acaso podáis derribar la roca fatal. No quiero ya deteneros, permitidme únicamente que os abrace.

—No trataré de derribarla—repuso Litvinof dando un abrazo á Potoughine, y á las tristes sensaciones que llenaban su alma vino por un instante á unirse la compasión por aquel pobre ser solitario. Pero precisaba marchar. Reunió su equipaje.

—¿Queréis qué os lleve algo?—dijo Potoughine.

—No, gracias; no os molestéis; yo lo llevaré todo.

Se puso el sombrero y cogió un saco.

—Así, pues, ¿decís—preguntó estando ya en la puerta—que la habéis visto?

—Sí, la he visto.

—Y... ¿qué hace?

Potoughine no contestó en el acto.

—Ayer os esperaba... Os esperará hoy.

—¡Ah!... Decidle... no, es inútil. Adiós... adiós.

Litvinof bajó rápidamente la escalera, se metió en un co-

che y se fué al camino de hierro, sin dirigir una sola mirada á la población en donde quedaba una parte de su propia vida... Parecía que se dejaba arrastrar por un torrente que se había apoderado de él, y se hallaba resuelto á no hacer esfuerzo alguno por librarse de su violencia.

Ya estaba tomando asiento en el vagón.

—Gregorio...—murmuró una voz suplicante detrás de él.

Se estremeció. «¿Es posible? ¡Irene!» Con efecto era ella. Envuelta en el chal de su criada, con un sombrero de viaje que apenas sostenía las trenzas de su cabello, estaba en el andén y miraba á Litvinof con los ojos casi cerrados. Vuelve, vuelve, he venido á buscarte, parecían decir aquellos ojos. ¡Y cuánto sin duda prometían! No se movió: no tenía fuerza para hablar, pero todo en ella parecía pedir perdón.

Litvinof tuvo que hacer un esfuerzo para no ceder y no lanzarse hacia ella, pero el sentimiento salvador á que se había entregado se sobrepuso. Se sentó en el vagón, y volviéndose, señaló á Irene un puesto que se hallaba vacío á su lado. Esta lo comprendió. Aun era tiempo. Un paso más, un movimiento, y dos seres unidos para siempre serían llevados á lo desconocido... Mientras Irene dudaba, un silbido resonó y el tren se puso en movimiento.

Litvinof se echó hacia atrás; Irene tambaleándose fué á dar en un banco en el que se dejó caer, con gran sorpresa de un diplomático cesante que por casualidad vagaba por allí.

Conocía poco á Irene, pero le interesaba mucho. Viendo que estaba como desmayada, supuso que tenía un ataque de nervios, y se creyó en el deber, como caballero atento, de acudir en su ayuda. Pero aun fué mayor su sorpresa al ver que cuando apenas hubo pronunciado una palabra, Irene se levantó de pronto, rehusó el brazo que le ofrecía, y saliendo á la calle, desapareció en pocos instantes en medio de la niebla, tan frecuente en Baden en los primeros días del otoño.

XXV.

Alguna vez me ha ocurrido entrar en la choza de una aldeana que acababa de perder á su hijo único, á quien con ternura amaba; con gran sorpresa la he hallado completamente tranquila, casi alegre. «No os asombréis, dijo el marido, que observó sin duda el efecto que aquel espectáculo me produjo; está ahora petrificada.» También Litvinof estaba petrificado; una tranquilidad parecida á la de aquella aldeana lo dominó durante las primeras horas de su viaje. Del todo anonadado, desesperado, respiraba sin embargo; respiraba después de los sobresaltos, de los tormentos de la última semana, después de los reiterados golpes que unos en pos de otros habían venido á caer sobre su cabeza. Aquellos golpes le conmovieron tanto más, cuanto que estaba poco hecho á semejantes tempestades. Ya no contaba con nada, trataba de no recordar nada; se iba á Rusia, preciso era ir á alguna parte; pero no era ya capaz de formular el más insignificante proyecto. No se conocía á sí mismo, no se daba cuenta de sus actos; había perdido su propia individualidad, le era ya todo indiferente. A veces le parecía ser portador de su cadáver: sólo el sentimiento de un dolor incurable le recordaba que aun conservaba vida. De vez en cuando le parecía incomprendible cómo una mujer, cómo el amor, pudo tener en él tanta influencia... «¡Vergonzosa debilidad! murmuraba al paso que componía sus abrigo y se instalaba en el coche más cómodamente. Hay que principiar una vida nueva.» Después de un instante se sonreía amargamente y se asombraba de sí mismo. Se puso á mirar por la ventanilla. El día estaba nublado; no llovía, pero la niebla continuaba y unas nubes muy bajas velaban el cielo. El viento soplaba de frente al tren; penachos de humo, á veces blancos, á veces negros, cruzaban por delante de él. Litvinof los contemplaba. Sin tregua ni descanso subían y bajaban, se enredaban en la hierba, en los arbustos, estirándose y disolviéndose en el aire húmedo, se agrupaban en torbellinos, siempre

nuevos y siempre iguales, revolviéndose en una especie de juego monótono y cansado. A veces cambiaba el viento por hacer el camino una curva, y toda aquella masa blanca desaparecía para presentarse en el acto por el lado opuesto y con su interminable rastro ocultar á los ojos de Litvinof el valle del Rin.

Litvinof miraba y callaba; una idea extraña se le ocurrió. Estaba sólo en aquel departamento del coche; nadie le incomodaba. «¡Humo! ¡humo!» repitió diversas veces, y de pronto todo le pareció que sólo era humo: su vida, su vida rusa, todo lo que es humano, y particularmente si es ruso. Todo no es sino humo y vapor, pensaba; todo parece constantemente estar cambiando; una imagen reemplaza á otra; los fenómenos suceden á los fenómenos; pero en realidad todo sigue lo mismo, todo se precipita, todo se esfuerza por ir no se sabe dónde, y todo se desvanece sin dejar rastro, sin alcanzar nada; el viento ha soplado de otra parte, y allí sin cesar se renueva el mismo juego calenturiento y estéril. Recordó cuanto había presenciado en los últimos años, que tanto ruido y estrépito produjo. «¡Humo! murmuraba, ¡humo!» Recordó las vivas discusiones, los gritos que oyó en el salón de Goubaref, disputas de personas de diversas clases, altas y bajas, progresistas y retrógrados, viejos y jóvenes. «¡Humo! repitió, ¡humo y vapor!» Se acordó por fin de la famosa gira, de los dichos y de los discursos de varios hombres de Estado y de cuanto asentaba Potoughine... ¡Humo! ¡humo! y nada más. ¿Y qué pensaba de sus propios esfuerzos, de sus sentimientos, de sus proyectos y de sus sueños? Su recuerdo provocó en él únicamente un ademán de desfallecimiento. Mientras tanto, el tren devoraba el espacio. Quedaban ya atrás Rastadt, Carlsruhe y Bruchsal; á la derecha las montañas se alejaban; volvieron otras á acercarse, aunque más bajas y con menos arboleda. El tren dió una vuelta y llegó á Heidelberg. Los vagones entraron bajo la cubierta de la estación; los vendedores ofrecían toda clase de periódicos, incluso rusos; los viajeros se pusieron en movimiento; algunos se pasearon por el andén; pero Litvinof no se movió de su rincón; allí permaneció sentado con la cabeza inclina-

da. De pronto oyó pronunciar su nombre; levantó la vista y se encontró con la cara de Bindasof en la portezuela, y detrás—¿sería una visión? No, era una realidad—se presentaron los semblantes conocidos de Baden, Mad. Soukhantchikof, Vorochilof y Bambaëf; todos se dirigieron hacia él, y Bindasof decía:

—¿Dónde está Pichtchalkin? Le esperamos; pero lo mismo da; salte, vamos todos á casa de Goubaref.

—Sí, hermano, sí, Goubaref nos espera; baja—repitió Bambaëf moviendo los brazos.

Litvinof se hubiera enfadado si no abrumase su corazón tan terrible peso. Miró, pues, á Bindasof, y se volvió sin decir palabra.

—Os decimos que Goubaref está aquí—exclamó madame Soukhantchikof saliéndosele casi los ojos de sus órbitas.

Litvinof no se movía.

—Pero oid, Litvinof—dijo Bambaëf volviendo á la carga,—no sólo está aquí Goubaref, sino que hay una colonia de rusos distinguidos, de talento, jóvenes; todos se ocupan de ciencias naturales, todos tienen las ideas más generosas. Por favor, quedaos. Está aquí, por ejemplo, un tal... ¡ah! he olvidado su nombre; es un genio.

—Pero dejadle, Rostislaf Ardalionitch —dijo madame Soukhantchikof.—Ya veis lo que es ese hombre; así es toda su raza. Tiene una tía; al principio me pareció una buena mujer, y vine aquí con ella hace dos días; apenas acababa de llegar á Baden, y ya se volvía. ¡Pues bien! vine con ella y me puse á hacerle preguntas. Figuraos que no pude sacarle una palabra á aquella orgullosa y odiada aristócrata.

¿Podía la pobre Capitolina Markovna figurarse que la habían de tildar de aristócrata?

Litvinof seguía callando, y de espaldas; se metía más y más la gorra. El tren, por fin, se puso en movimiento.

—¡Pero dinos algo por vía de despedida, hombre de peder-nal!—gritó Bindasof.—¡Ese no es modo de portarse! ¡Marmota! ¡Gorro de dormir!—añadió como insulto.

El tren aumentaba su velocidad, é impunemente podía ser grosero.

Litvinof volvió á decir: «¡Humo, humo, humo!»

—Por lo visto—añadió,—hay ahora en Heidelberg más de cien estudiantes rusos; estudian todos química, física, fisiología, y no quieren oír hablar de otra cosa. Pasarán cuatro ó cinco años, y no asistirán ya quince de éstos á las clases de los mismos célebres profesores... Cambiará el viento, y el humo se habrá ido á otro lado... ¡Humo, humo, humo!

Por la noche pasó por Cassel. Con la oscuridad, una insufrible angustia se apoderó de él; principió á llorar con la cabeza metida en un rincón del coche. Corrieron sus lágrimas mucho tiempo, sin aliviar su corazón, y aun destrozándole quizás más.

Mientras tanto, en una posada de Cassel se hallaba Tatiana tendida en una cama, víctima de una fuerte calentura; Capitolina Markovna la estaba velando.

—Tania—le decía,—por el amor de Dios, permíteme que ponga un telegrama á Gregorio; permítemelo, Tania.

—No, tía—contestó,—no debe hacerse, no te asustes. Dame agua; esto pasará muy luego.

En efecto, al cabo de una semana estaba buena, y ambas continuaron su viaje.

(Se continuará.)





CRÓNICA POLÍTICA

INTERIOR.



Los ministeriales atribuyen á los conservadores, sobre todo á su ilustre jefe, el Sr. Cánovas del Castillo, una participación importante, casi decisiva, en la formación de la izquierda dinástica.

No es así; mas si lo fuese, debieran tenerlo á grande honor, pues grande es, en efecto, haber contribuído á un movimiento político que da motivo á declaraciones tan terminantes en pro de la monarquía como las que acabamos de oír en ambas Cámaras.

Los discursos pronunciados por los más caracterizados personajes del nuevo partido representan la más completa derrota de los que siguen una política de suspicacias, en vez de inspirar ésta en una gran amplitud de miras. Esto último hizo el Sr. Cánovas cuando la Restauración: procuró atraer, y de hecho atrajo, elementos revolucionarios, los mismos que hoy ocupan las esferas del poder. ¿Qué hubiera sido de la Restauración sin esta política? Habríase formado un partido exclusivista, raquítico, enfermizo, y nada más.

El espectáculo que acaba de dar la izquierda dinástica es asimismo verdaderamente consolador para los amantes de la paz, del País y de la monarquía. Mientras por otras partes

las sociedades se agitan, la anarquía echa raíces y los poderes tradicionales se derrumban, en España, revolucionarios tan antiguos y caracterizados como los Sres. Becerra, Martos y Moret no tienen reparo en reconocer las ventajas del principio monárquico, las condiciones de la persona que lo representa, y cuán posible es armonizar la tradición con los principios democráticos á que rindieron culto.

Hoy tiene, por consiguiente, la monarquía española una gran fuerza, fuerza que no alcanzó entre los liberales en el anterior reinado ni aun en los tiempos de la guerra civil.

El dinastismo de los liberales que con más ardor defendieron entonces el trono de D.^a Isabel II tenía algo de rutinario. El dinastismo de los revolucionarios lo inspira hoy el convencimiento.

Tal es, en breves términos, el resultado del último debate político que ha ocupado á los Cuerpos Colegisladores. El Rey y el trono están de enhorabuena. Importantes elementos que militaban en las filas de la república han abandonado sus antiguos ideales para reconocer leal y honradamente la institución monárquica. En tan solemne ocasión las galas de la elocuencia, proverbial en nuestra tribuna parlamentaria, han exornado el pedestal de una causa tan patriótica como simpática para todos los amantes del orden y de la libertad; alianza únicamente posible en nuestro suelo, según han demostrado eficaces y significativas experiencias, bajo el reinado legítimo del egregio Príncipe á quien constitucionalmente está confiada la dirección suprema del Estado.

¡Qué triste papel el que han hecho, colocándose enfrente de ese plausible movimiento de concentración alrededor del solio y de la dinastía, los Ministros de S. M., hostiles al bautismo monárquico de muchos centenares de republicanos, antes adversarios y ahora decididos campeones de la forma de gobierno legalmente establecida!

¡Qué respetable, qué decoroso, qué elevado en sus procedimientos y en sus miras ha aparecido, por el contrario, el bando conservador, felicitándose, por órgano de varios de sus más distinguidos representantes, de la formación del nuevo partido liberal de la monarquía, robusto y vigoroso, con

bandera desplegada y medios y aspiraciones definidos!

En un lado el egoísmo intransigente, que teme la competencia, y á ese temor lo pospone todo: hasta el beneficio que habrían de reportar los principios de que el Gabinete se dice fiel guardador y de que está obligado á ser inquebrantable escudo.

En otro lado, la espontánea aprobación, el fervoroso aplauso á todo lo que tienda á dar solidez y arraigo á lo existente, aun á riesgo de retardar quizás el suspirado turno en el poder.

Es decir, los conservadores, incondicionales amigos del Trono, gozando con sus triunfos y dispuestos al sacrificio y á la abnegación por contribuir á ellos. Los fusionistas, avaros de mando, incompatibles con todo lo que pueda arrebatárselo ó mermárselo por derecho de conquista, regateando su monarquismo, flamígero mientras lo utilizan y explotan en su pro, helado y apagadizo y mortecino cuando dejara de ser escabel de sus anhelos.

Así se han mostrado pequeños, recelosos, exigentes, renegando de todas sus promesas, faltando á todos sus compromisos, antítesis viviente de sí mismos, desde el Presidente del Consejo hasta el Ministro de Ultramar, desde el Ministro de la Gobernación hasta cualquiera de los perennes aspirantes á Ministro, puntales los más sólidos de la mayoría, especie de candidatos fósiles, crisálidas sin capullo, destinados á servir de perpetuo ornamento externo al Ministerio, los señores Gullón y Núñez de Arce, nunca más desgraciados en sus discursos que en los que han pronunciado últimamente.

Que la Constitución del 76 es preferible á la del 69: lo contrario afirmaban desde los bancos de la oposición; que el cambio de Código fundamental puede atraer grandes perturbaciones: no las temían por cierto cuando amenazaban con otras más violentas é ilegales; que ya presentarían proyectos de reformas en sentido liberal: hace año y medio que, pudiendo haberlos formulado, han prescindido de ellos lastimosamente; que se encuentran á maravilla en las poltronas del presupuesto y no están propicios á dejarlas, lo cual se explica sin dificultad, dados sus gustos y aficiones... No

otro es el fondo de todas las réplicas opuestas desde el banco azul á las razonadas inculpaciones de los hombres de la izquierda.

Los Sres. Castelar, Carvajal y Labra, que mantienen sus tradiciones republicanas, apenas han hecho más que consignarlas.

El Sr. Navarro Rodrigo ha explicado un curso de consecuencia progresista en una sola lección, erigiéndose en fiscal del Gobierno y juez al mismo tiempo del nuevo partido. Los Sres. Romero Robledo y Cánovas del Castillo han demostrado una vez más la profundidad de sus conceptos y el inalterable amor que profesan á sus ideales.

El último de estos insignes oradores, abarcando con mirada de águila toda la transcendental importancia del problema político discutido, hizo observar, en períodos modelo de grandilocuencia, que si de veras se quiere que la Nación comparta con el Trono la soberanía, y mucho más si se pretende que la soberanía nacional resida sólo en los comicios sin el concurso del Rey, mientras por todos los partidos, mediante una altísima concordia, que ya no puede realizar el actual Ministerio por sus violencias y atropellos, no se fortifique el cuerpo electoral, dando á las elecciones una veracidad que no tienen, la soberanía nacional carecerá por completo de su órgano más indispensable, la sinceridad absoluta del sufragio.

Acerca de la conducta del partido conservador en el poder, si á él fuese llamado después de un Gobierno de la izquierda, declaró paladinamente que no se creería obligado á destruir por sistema la obra de sus adversarios; que ese mismo Jurado, tan antipático á las clases conservadoras, si lo encontraran establecido, sería por los conservadores aplicado con toda lealtad; que no se juzgarían compelidos á proponer su derogación, y que únicamente, si la experiencia, la opinión pública ó los votos del País condenaran la institución é hicieran ver que la modificación era indispensable, la propondrían á las Cortes; y si el Jurado puede ser respetado hasta ese punto, ¿por qué no lo ha de ser la Constitución de 1869, supuesto que reciba la sanción del Rey? De manera que el partido conservador, con-

secuente con sus principios, no reconocerá jamás nada que no haya recibido la sanción del Rey, sanción libre, sin presión ni amenaza; pero aquello que el Rey haya sancionado libremente, será ley perfecta para él, y no lo alterará jamás por motivos de amor propio, ni para dar el ejemplo de tejer y destejer que está dando este Gobierno.

El partido conservador no se creará en el caso de hacer una nueva ley de Ayuntamientos, ni de Diputaciones, ni de imprenta, aunque le parezcan fatales y funestas las que este Gobierno ha hecho. Esperará las consecuencias, estudiará con detenimiento los resultados de esas leyes, y si no las reforma, no se juzgará inconsecuente por haberlas combatido, no creará que forma parte de su programa el modificarlas. ¿No es esto conservador? ¿Ha hecho otra cosa el partido conservador inglés en la emancipación de los católicos ni en la cuestión de cereales más que dejarse llevar por la opinión?

En este sentido, añadía el Sr. Cánovas del Castillo que mientras sea oposición combatirá juntamente el espíritu y la letra de la Constitución de 1869; pero si se le habla de modificar esa Constitución, argüirá, en primer lugar, que el espíritu es peor que la letra, porque al fin esta última fué efecto de una gran transacción de varios partidos, y en segundo lugar, que si los principios de la Constitución del 69, contra su opinión y sus esfuerzos, han de regir, por fin, prefiere que estos principios pasen por el tamiz de un llamamiento á Cortes y por la sanción de la Corona en dos Cortes consecutivas, á que se vayan infiltrando en la Constitución del 76, sin que el País se haga cargo de la reforma y sin que el Rey la sancione.

«No quiero para nada, exclamaba, ni el espíritu ni la letra de la Constitución de 1869; pero si ha de venir, prefiero la forma en que la propone la izquierda dinástica, á la forma en que la quiere realizar ese Gobierno, que si se ha detenido á hacerlo es porque se encuentra enfrente de un partido que le ha tomado su bandera, y necesitando otra, quiere constituir la con jirones de la bandera del partido radical y con retazos de la del conservador.»

Á propósito del juramento parlamentario, que pretenden

anular los fusionistas, los mismos á quienes tantos escrúpulos asaltan cuando de tocar á la Constitución se habla, el jefe del partido conservador alegaba elocuentemente que tiene para él tal importancia el juramento, que aunque sólo esté consignado reglamentariamente, entre un régimen político en que se conserve el juramento ó la promesa por el honor obligatoria, y un régimen en que todo el mundo pueda legislar sin reconocer para nada la institución monárquica; entre la Constitución del 76 sin juramento y la Constitución del 69 con él, prefiere la Constitución del 69 como más monárquica.

Para terminar, decía á los amigos del Duque de la Torre:

«Proseguid en el camino que os dicte vuestra conciencia; marchad, organizaos, uníos todos los que tenéis una misma tendencia; formad frente al partido conservador un gran partido liberal; sed poder cuando la Corona lo quiera; el partido conservador no tiene ninguna impaciencia; nosotros lo que ganamos es no tener que luchar con una contradicción perpetua, que unas veces se nos adelanta por demasiado liberal, y otras veces se queda rezagada por demasiado conservadora. Nosotros lo que queremos es una bandera clara, para combatir con toda lealtad, con todo el interés que requiere la existencia verdadera y fecunda del sistema parlamentario.»

Así se expresa el hombre de convicciones propias, el monárquico, el patriota.

¡Cuánto tienen que aprender en esta escuela los desatentados usufructuarios de la fusión!

*
* *

Algo que ha surgido en el curso del debate político, algo que transpira en algunos escritos periodísticos, ha puesto nuevamente en evidencia una costumbre que va tomando alarmante desarrollo entre nosotros, ya desde las columnas de cierta parte de la prensa, ya desde los escaños de algún lado de las Cámaras; allí donde el interés supremo de la Patria, el prestigio de los poderes, la dignidad de los hombres, las necesidades mismas de las respectivas causas contendientes, todo

debiera contribuir á extirpar semillas perniciosas de bajos apasionamientos, miserables concupiscencias, odiosos antagonismos, sólo fecundos para el mal.

Buscar la celebridad á costa de infatigables trabajos en pro de la difusión de las ideas ó de los adelantamientos materiales, es noble empeño de la ilustración y de la inteligencia, que no á todos es dable realizar; conseguir la notoriedad que da el escándalo, es tarea fácil para la osadía, puesta al servicio de la intemperancia ó la calumnia. ¡Tristes glorias las que con tales auxiliares se conquistan: faltando á todos los respetos, quebrantando todas las conveniencias, pretendiendo hacer argumento del desnudo y erigir la dictadura de la fuerza sobre los hollados fueros del saber, de la elocuencia, del ingenio, de la razón y del derecho!

Contra esa tendencia contagiosa es preciso protestar, y protestar muy alto.

Cuando las mezquindades del personalismo absorbente, que lo invade todo, hayan profanado el templo y derrocado los altares y abatido los dioses, el ideal habrá perdido definitivamente toda esperanza de legítimo triunfo; las naciones quedarán relegadas á la categoría de hordas, cuya suerte depende de las alternativas de la guerra convertida en sistema de gobierno.

Hemos leído escritos en los que la procacidad de la frase competía lastimosamente con el ensañamiento del concepto; hemos presenciado incidentes en los que la sinrazón del insulto excedía á la audacia de la agresión...

¿Puede consentirse semejante espectáculo sin que de todas las conciencias se levante indignada una voz de reprobación y anatema general?

Desbordadas las pasiones, es harto difícil contenerlas. El bajo imperio fué la tumba de la orgullosa Roma.

¿A qué se aspira, por otra parte, desde las encrucijadas de la provocación rastrera? ¿Qué se pretende por el camino del baraterismo político?

Imposiciones de cierto género resultan á la postre contraproducentes. El tipo del matón parlamentario, del discutidor impudente y violento, alcanza en breve la justa aversión de

las almas honradas, de la opinión serena, del concepto público, juez inapelable, contra el cual no hay recurso ni vindicación posible.

Hagamos votos por una reacción rápida y saludable, que traiga consigo el restablecimiento de las buenas prácticas, momentáneamente pospuestas ú olvidadas. Y en último término, sepan los que por tales derroteros persistan en marchar, contra las exigencias del decoro propio y del ajeno, que el desprecio será la sanción inevitable con que la sociedad castigue sus punibles desenfrenos. Frente á frente del matonismo político, que trata de imponerse y dominar, ha surgido ya desde el fondo de todos los hogares, desde el núcleo de todos los partidos, una sentencia condenatoria, firme y ejecutoriada, que relega al desdén de la repulsión más enérgica á los traficantes de la injuria, á los apóstatas de la buena fe, á los pretendidos explotadores de la fuerza.

*
* *

El Padre Santo ha dicho solemnemente que su predecesor Gregorio XVI alabó á la Nación española, porque perseveraba, en su *inmensa mayoría, en su antiguo respeto á los Obispos y pastores inferiores, canónicamente establecidos*. Pero ahora, habiéndose puesto de por medio las pasiones de partido, se descubren huellas de desuniones, que dividen los ánimos como en diferentes bandos y perturban no poco *aun las mismas asociaciones fundadas por motivo de religión*. Sucede á menudo que los que investigan cuál es el modo más conveniente para defender la causa católica, no hacen de la autoridad de los Obispos tanto caso como fuera justo. Aun más: á veces, si el Obispo ha aconsejado algo, y aun mandado según su autoridad, no faltan quienes lo lleven á mal ó abiertamente lo reprehendan, interpretándolo como si hubiese querido dar gusto á unos haciendo agravios á otros.—Bien claro está, pues, cuánto importa conservar incólume la unión de los corazones. Tal es el objeto de la última encíclica, acto admirable de la sabiduría del Pontífice, que, en opinión del Sr. Cánovas del Castillo, corona un movimiento mediante el cual para siem-

pre se ha apartado de nosotros la era tristísima de la guerra civil.

En punto á las mutuas relaciones entre lo religioso y lo civil, afirma Su Santidad que muchos se engañan por dos clases de errores opuestos. Porque suelen algunos, no sólo distinguir, sino aun apartar y separar por completo la política de la religión, queriendo que nada tenga que ver la una con la otra, y juzgando que no deben ejercer entre sí ningún influjo.

«Estos ciertamente, dice, no distan mucho de los que quieren que una nación sea constituida y gobernada sin tener cuenta con Dios, Criador y Señor de todas las cosas; y tanto más perniciosamente yerran, cuanto que privan desatentadamente á la república de una fuente caudalosísima de bienes y utilidades. Porque si se quita la religiosa, es fuerza que flaquee la firmeza de aquellos principios que son el principal sostén del bienestar público, y reciben grandísimo vigor de la religión; tales son, en primer lugar, el mandar con justicia y moderación, el obedecer por deber de conciencia, el tener domeñadas las pasiones con la virtud, el dar á cada uno lo suyo y no tocar lo ajeno.

»Empero como se ha de evitar tan impío error, así también se ha de huir la equivocada opinión de los que mezclan y como identifican la religión con algún partido político, hasta el punto de tener poco menos que por separados del catolicismo á los que pertenecen á otro partido. Esto en verdad es introducir malamente las facciones políticas en el augusto campo de la religión; querer romper la concordia fraterna y abrir la puerta á una funesta multitud de inconvenientes. Por tanto, lo religioso y lo civil, como se diferencian por su género y naturaleza, así también es justo que se distingan en vuestro juicio y estimación. Porque las cosas civiles, por más honestas é importantes que sean, miradas en sí, no traspasan los límites de esta vida que vivimos en la tierra. Mas, por el contrario, la religión, que nació de Dios y todo lo refiere á Dios, se levanta más arriba y llega hasta el cielo. Pues esto es lo que ella quiere, esto es lo que pretende, empapar el alma, que es la parte más preciada del hombre, en el conocimiento

y amor de Dios, y conducir seguramente al género humano á la ciudad futura, en busca de la cual vamos caminando. •

»Por lo cual es justo que se miren como de un orden más elevado la religión y cuanto de un modo especial se liga con ella, haciendo callar por un momento los pareceres diversos en punto á política, *los cuales, por otra parte, se pueden sostener en su lugar honesta y legítimamente.* Porque *la Iglesia no condena las parcialidades de este género,* con tal que no estén reñidas con la religión y la justicia, sino que, lejos de todo ruido de contiendas, sigue trabajando para utilidad común y amando con afecto de madre á los hombres todos, si bien con más especialidad á aquellos que más se distinguieren por su fe y su piedad.

»El fundamento de esta concordia es en la sociedad cristiana el mismo que en toda república bien establecida, á saber: la obediencia á la potestad legítima que, ora mandando, ora prohibiendo, ora rigiendo, hace unánimes y concordes los ánimos diferentes de los hombres.»

Acerca de este extremo añade la encíclica:

«Así como el Romano Pontífice es maestro y príncipe de la Iglesia universal, así también los Obispos son rectores y cabezas de las iglesias que cada cual legítimamente recibió el cargo de gobernar. A ellos pertenece en su respectiva jurisdicción el presidir, mandar, corregir, y en general disponer de todo lo que se refiera á los intereses cristianos. Ya que son participantes de la sagrada potestad que Cristo Nuestro Señor recibió del Padre y dejó á su Iglesia; y por esta razón nuestro predecesor Gregorio IX dice: «No nos cabe duda que los Obispos llamados á la parte de nuestra solitud hacen las veces de Dios.»

»Y esta potestad ha sido dada á los Obispos para grandísimo provecho de aquellos con quienes la usan: puesto que por su naturaleza tiende á la edificación del cuerpo de Cristo, y hace que cada Obispo sea como un lazo que una con la comunión de la fe y de la caridad á los cristianos á quienes preside, entre sí y con el Supremo Pontífice, como miembros con su cabeza. A este propósito es de gran peso aquella sentencia de San Cipriano:

«Estos son la Iglesia, la plebe unida con el sacerdote, y la grey arrimada á su pastor;» y esta otra de mayor peso: «Deben saber que el Obispo está en la Iglesia y la Iglesia en el Obispo, y si alguien no está con el Obispo, no está en la Iglesia.»

»Tal es la constitución de la república cristiana, y está inmutable y perpetua; y si así no se conserva religiosamente, forzoso es que se siga sumo trastorno de derechos y deberes, viniendo á romperse la trabazón de los miembros convenientemente unidos en el cuerpo de la Iglesia, «el cual, fornido y organizado por sus ligaduras y coyunturas, crece en aumento de Dios.» Por donde se ve que es necesario tener á los Obispos el respeto que pide la excelencia de su cargo, y obedecerles enteramente en las cosas que tocan á su jurisdicción.»

Finalmente, el Papa recomienda la fundación de asociaciones como la Unión Católica, por ejemplo, dedicadas á procurar el mayor brillo de la fe. Pero advierte, así en cuanto á esas asociaciones como respecto de los escritores católicos, que, alejadas las discordias con blandura y mansedumbre, mantengan entre sí mismos y en la muchedumbre la unión de los corazones. Y como quiera que no hay nada más contrario á la concordia que el desabrimiento en el hablar, la temeridad en sospechar y la malicia en acriminar, «es preciso, observa, evitar todo esto con suma precaución.» «Las disputas en defensa de los sagrados derechos de la Iglesia, añade, no se hagan con altercados, sino con moderación y templanza, de suerte que dé al escritor la victoria en la contienda, más bien el peso de las razones, que la violencia y aspereza del estilo.»

Todo lo contrario que se observa en los periódicos pseudo-religiosos.

*
* *

En la Real Academia de Jurisprudencia se ha verificado un ensayo de la nueva forma que la ley de enjuiciamiento criminal, últimamente sancionada, da á los juicios criminales.

El salón de la Academia estaba dispuesto tal y como deben instalarse, según la ley, las nuevas Audiencias.

El tribunal, formado por los Sres. D. Francisco Lastres, D. Lorenzo Moret y D. Javier Ugarte, frente á la balaustrada central que separa el estrado de los bancos destinados al público; á su derecha dos abogados defensores, los señores D. Enrique García Alonso y D. Mario Navarro Amandi, cuyos defendidos ocupaban un banco delante de su tribuna; á la izquierda del tribunal el fiscal Sr. D. Rafael Soriano Bernar; en otra tribuna el Sr. D. Francisco Ramonet, defensor de otros dos procesados que ocupaban un banco delante de esta tribuna, y en el centro el secretario, D. Alejandro Bustamante.

La causa, instruída en la sección de práctica forense, referíase á un delito de duelo, del que resultó la muerte del que le provocara.

Los combatientes fueron D. Angel Allende Salazar y don Enrique Rodríguez de Castro, este último víctima del lance.

Los demás procesados, padrinos y testigos del duelo.

Las declaraciones, las preguntas y repreguntas y las decisiones del presidente del tribunal fueron discretísimas y oportunas en alto grado. Los informes de acusación y defensa revelaron también las brillantes aptitudes profesionales de sus autores.

En el desarrollo del juicio se procuró plantear muchos de los incidentes que pueden ocurrir, que seguramente ocurrirán, con el nuevo procedimiento.

Un incidente fué como sigue: tratábase del examen de un testigo que, sometido á la fórmula ordinaria de juramento que la ley señala, manifestó que, no teniendo religión alguna positiva, no podía declarar como testigo en aquella forma. La ley no dice si las declaraciones de un testigo pueden hacerse jurando por su honor, y este vacío dió lugar á distintas interpretaciones, prevaleciendo por decisión del tribunal la opinión de los que creían que podía admitirse el juramento por el honor.

Otro incidente planteó la cuestión de si un auto admitiendo una prueba puede ser revocado en el acto del juicio, y si un procesado puede figurar como testigo en el proceso.

Otra duda se suscitó sobre si al testigo le es permitido valerse de la lectura de notas para prestar declaración.

Con razón argüía uno de los letrados defensores: «Hace dos horas que estamos aplicando la nueva ley, y ya han surgido numerosas complicaciones que acusan sus deficiencias: ¿qué no sucederá cuando se lleve á la práctica de los tribunales encargados de interpretarla?»

Deploremos que así se elaboren las leyes en estos desdichados tiempos que alcanzamos.

R.





REVISTA EXTRANJERA



MIENTRAS en Francia siguen los pujos de ateísmo puestos en boga algunos años hace por Ministros de circunstancias, sin talla y sin nombre, los ingleses, como los americanos, como todos los pueblos del Norte, sienten cada vez más vivo el sentimiento religioso y lo manifiestan.

Otra antítesis. Mientras se declaran en Francia adversarios del parlamentarismo, no precisamente los afiliados á los antiguos partidos que aun guardan fidelidad á ideales autoritarios, sino individuos de la mayoría republicana, hombres como Andrieux, Clemenceau y Naquet, hombres como el publicista Boinvillers, tan conocidos por sus trabajos históricos y de economía política, Inglaterra demuestra que la obra verdaderamente patriótica no está en demoler, sino en mejorar el sistema parlamentario, que tan excelentes resultados da á orillas del Támesis, donde sinceramente se practica ese régimen de la libre discusión, ese régimen representativo mediante la acción combinada y armónica de sus dos Cámaras y sus dos partidos.

Es que los ingleses son muy amantes del *self government*, sin que se crean por esto dispensados, como sus vecinos, de creer en Dios. Muy amigos de sus libertades, no han podido todavía conciliar las ideas de honradez y de ateísmo, ni desprenderse de aquel fondo religioso que forma una de las bases de su gran carácter.

Los días en que escribimos nos traen á la memoria la fiesta *Christmas-Eve*, que forma hoy parte de las instituciones de la raza anglo-sajona, y es el aniversario conmovedor y poético que ningún inglés olvida, ya se halle en las Indias ó en el Canadá, en la Australia ó en cualquiera de las grandes ciudades europeas donde el escepticismo conspira á helar el corazón y matar todos los bríos del alma.

Sabido es que *Christmas-Eve* es una fecha nacional, fiesta que ha penetrado en las entrañas mismas de un gran pueblo y que se diferencia esencialmente del aturdidor bullicio, del mareo y algazara de otras partes. Ya cubra la nieve tejados y casas, ya presente la noche un cielo con azul mate y brillantes estrellas, todo buen inglés se halla aquella noche tradicional *at home*, celebrando en familia con el *plum-pudding* legendario el feliz aniversario de la Noche-Buena. Hay allí algo más patriarcal y menos mudable que en los demás pueblos; hay algo de más aplomo, y ese algo que causa admiración, como toda constancia y fijeza de ideas, da una superioridad que se traduce en afortunado éxito, tratándose de individuales tareas, y suele también llamarse diplomacia y previsora y alta política en los actos públicos.

Sus condiciones morales duplican la materialidad de sus fuerzas, y si ayer hundió en Egipto la influencia francesa, no serán de extrañar tampoco otros triunfos á que aspira con su ordinaria persistencia; pues no hay que perder nunca de vista que, á pesar de las buenas cualidades del inglés, Inglaterra se distingue siempre por su ambición y orgullo.



El problema egipcio está resuelto; la espada del General Wolseley cortó el nudo gordiano de los tiempos modernos, y sólo faltan disposiciones parciales, complicadas sin duda, pero de solución prevista.

Inglaterra, sin olvidar el objeto capital de la expedición británica á orillas del Nilo, se prepara interiormente á las modificaciones que la opinión exige en la marcha gubernativa de Lord Gladstone; y este importante hombre público ha completado su Gabinete con la discutible personalidad de Lord Derby, antiguo miembro del partido tory, que se separó de Lord Beaconsfield precisamente la víspera del Congreso de Berlín de 1878. Atribúyense al nuevo Ministro tendencias conciliadoras y planes pacíficos. Parece natural y muy probable que así sea.

Desde luego, la embajada de Madagascar, recibida en Londres con gran agasajo, no consiguió que el Gobierno inglés tomase ostensiblemente partido en esta cuestión contra los franceses. Y es que la anexión de Egipto obliga también á la Gran Bretaña á ciertas concesiones. *La Revista Británica*, en una correspondencia atribuída á un diplomático autorizado, confiesa que Madagascar puede llegar á ser para Francia cierta compensación por la pérdida de su influencia en Egipto.

Esto halaga los deseos de engrandecimiento colonial que de algún tiempo á esta parte se acentúan entre los hombres del Gobierno de la vecina República, y así como primero pensaron ensanchar las fronteras de la Argelia á costa de la Regencia de Túnez y del Imperio de Marruecos, y han pensado también en ocupar el centro de Africa, y en último término hasta el Valle de Andorra, en nuestra frontera, sueñan hoy ver realizadas sus esperanzas con la posesión de la gran isla del Este de Africa.

Creen fundar en Madagascar un nuevo centro de población francesa con extensión de territorio bastante para aumentar y enriquecerse, á cambio de las magníficas colonias insula-

res que tuvo Francia en el antiguo camino de las Indias. Y creen que Inglaterra no querrá disputarles ahora este derecho, ya por la mayor dificultad que tienen sus hijos en aclimatarse en las regiones tropicales, ya porque no puede tener interés en disputar países que no sean estaciones navales estratégicas de alguna importancia para la defensa de su imperio en las Indias. Los ingleses prescindirán por el momento de Madagascar, á cambio de guardar las llaves del istmo de Suez, que con malos ojos mira también entre sus manos el Gobierno ruso. Tal es el estado de esta cuestión.

*
* *

Lord Derby ha inaugurado su entrada en el Ministerio con una medida plausible, referente al País de los zulús. Sabido es que el Gobierno inglés, restituyendo á Cetywayo en el trono del Zululand, quería, sin embargo, dejar á un jefe de tribu llamado Jhon Dunn la parte del territorio zulú de que se habían posesionado las fuerzas británicas con ocasión de la guerra. Se quería, pues, restituir á Cetywayo una parte solamente de su antiguo territorio. Lord Derby ha desechado por peligrosa semejante combinación, resolviendo hacer una restitución completa á Cetywayo de los Estados que antes de la guerra le pertenecían. La restauración del exrey de los zulús se halla, pues, en vías de hecho, con el consentimiento, por supuesto, y bajo la presidencia de las autoridades británicas.

*
* *

La prensa política de Europa se ha preocupado y aun sigue preocupándose por antiguos arreglos que se suponen acordados entre los Gobiernos imperiales de Austria y Prusia, alianzas ofensivas y defensivas que se dicen renovadas entre las casas reinantes de Hohenzollern y Hapsburgo.

En Italia, Rusia, Holanda y Turquía están en la creencia firme que entre Prusia y Austria existe un tratado á fin de garantizarse respectivamente todas sus posesiones actuales y principalmente la Alsacia y la Lorena á Prusia, y el Tyrol y la Istria al Austria. Dícese que este tratado afecta directamente á Francia é Italia, en el caso en que la primera intentase reconquistar algún día la Alsacia y la Lorena, y en que Italia tratase de invadir revolucionariamente el Trentino y Trieste; pero á quien más terrible aunque indirectamente afecta es al Imperio ruso.

Desde que el nihilismo ha venido á ser un elemento con el que es preciso contar en la política europea, Austria y Prusia, que forman en el continente la reserva de las huestes monárquicas, prevén sin duda dos eventualidades de un grave conflicto con Rusia.

Puede suceder que la guerra llegue á ser necesaria á consecuencia del triunfo de la revolución sobre la autocracia, en cuyo caso el pueblo ruso, privado de sus naturales jefes, se vería llevado á guerreras aventuras por una aristocracia inconsecuente; y también puede la guerra ser inevitable, sin llegar aquel caso, como resultado de las dificultades que se ofrecen á la dinastía reinante en el Imperio moscovita, dinastía que puede verse obligada á jugar su porvenir en un momento dado. Hace presumible este último trance el incremento que han tomado las ideas y la propaganda panslavistas en la corte de Rusia desde la trágica muerte de Alejandro II.

Años hace que parece prepararse al Este de Europa una guerra de raza, para la que sobran por desgracia elementos, y quizás esté condenado nuestro siglo á presenciar los más terribles horrores, viendo á un lado la raza eslava con su entusiasmo religioso, el sentimiento de su misión política, la necesidad de emancipación que sienten pueblos eternamente oprimidos y sistemáticamente dispersos, la amenaza de audaces empresas revolucionarias, y la virilidad de las ma-

sas que se extienden desde los montes Urales al mar Adriático, y enfrente y á otro lado, á los poderosos germanos, sin más contrariedad para su desarrollo gigantesco que el escepticismo científico que se predica en sus universidades.

Asusta pensar en la posibilidad de tan espantoso choque, en que Europa entera se conmovería á la poderosa voz de Bismarck, empeñado en asegurar la perennidad de su obra de conquista, á costa de peligros múltiples y horrores sin cuento.

S.



MADRID, 1882.—Imprenta de Manuel G. Hernandez,

Libertad, 16 duplicado.

INDICE DEL TOMO XLII

15 DE NOVIEMBRE DE 1882.

	<u>Páginas.</u>
Los yankees y los indios, por XX.....	5
Historia contemporánea (continuación), por el Excmo. Sr. Teniente general D. Antonio L. de Letona.....	22
El primer Marqués de la Victoria y su proyecto general de reformas en 1747 (conclusión), por D. A. Rodríguez Villa.....	34
Estudios sobre Longfellow, por D. V. Suárez Capalleja.....	48
La juventud dorada (continuación), por D. Adolfo Mentaberry....	74
Humo, novela (continuación), por M. J. Tourgueneff.....	86
Boletín bibliográfico, por H.....	105
Crónica política, por R.....	109
Revista extranjera, por S.....	119

30 DE NOVIEMBRE DE 1882.

Progresos de la electricidad.—La exposición de Munich, por D. Ricardo Becerro de Bengoa.....	129
Moallakas, por D. Vicente Tinajero.....	143
Curso de Historia (tercera conferencia), por D. Eduardo Saavedra..	157
Los yankees y los indios (conclusión), por XX.....	186
En la Real Academia de Jurisprudencia, por D. José de Liñán y Eguizábal	207
Humo, novela (continuación), por M. J. Tourgueneff.....	217
Boletín bibliográfico, por H.....	226
Crónica política, por R.....	231
Revista extranjera, por S.....	245

15 DE DICIEMBRE DE 1882.

	Páginas.
El paso de Venus, por D. Ricardo Becerro de Bengoa.....	257
Situación económica de la Francia, por D. Servando Ruiz Gómez..	280
Estudios sobre Longfellow, por D. Víctor Suárez Capalleja.....	303
Arte y patriotismo.—Gayarre y Massini, por D. Antonio Peña y Gofí.....	324
Crónica política, por R.....	360
Revista extranjera, por S.....	374

30 DE DICIEMBRE DE 1882.

Cuestión Psicológica, por D. C. Soler Arqués.....	385
Situación económica de la Francia (continuación), por D. Servando Ruiz Gómez.....	404
La juventud dorada (continuación), por D. Adolfo Mentaberry.....	426
Ecos de Andalucía, por D. Rafael González Janer.....	436
Rolla (Poema de D. Alfredo de Musset), por D. Luis Alfonso....	444
<i>Conflicto entre dos deberes</i> (drama del Sr. Echegaray), por D. Augusto Charro-Hidalgo.....	448
Humo, novela (continuación), por M. J. Tourgueneff.....	482
Crónica política, por R.....	492
Revista extranjera, por S.....	505

